

Marco Antonio Campos (compilador)

El viajero que solía volver

Aproximaciones críticas
a Hugo Gutiérrez Vega

AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR

Marco Antonio Campos (compilador)

El viajero que solía volver

Aproximaciones críticas
a Hugo Gutiérrez Vega

AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR

El viajero que solía volver

Aproximaciones críticas
a Hugo Gutiérrez Vega



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

Cátedra
Hugo Gutiérrez Vega
El Periodismo Cultural y Las Letras
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA





Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Jorge Souza Jauffred
Cátedra Hugo Gutiérrez Vega

Missael Robles Robles
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2019

Coordinación editorial
Jorge Souza Jauffred

Compilador
Marco Antonio Campos

Textos

© Jorge Alfonso Souza Jauffred, Rafael Alberti, Juan Gelman, Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis, Guillermo García Oropeza, Fernando Curiel, Evodio Escalante Betancourt, Francisco Hernández, Marco Antonio Campos Álvarez Tostado, Eduardo Hurtado Montalvo, Víctor Manuel Cárdenas, Leandro Arellano Reséndiz, León Guillermo Gutiérrez López, Pedro Francisco Enrique Serrano Carreto, José María Espinasa Yllades, José Ángel Leyva Alvarado, Juan Domingo Argüelles, Carmen Villoro Ruiz, Guillermo Vega Zaragoza, Luis Antonio Tovar Soria, Jorge Alberto Moch Zamora, Alonso Arreola Velasco

El viajero que solía volver: aproximaciones críticas a Hugo Gutiérrez Vega / Marco Antonio Campos Álvarez Tostado, (Comp.); Jorge Souza Jauffred... [et al.]. -- 1a ed. - Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara: Editorial Universitaria: Letras para Volar. Programa Universitario de Fomento a la Lectura: Cátedra Hugo Gutiérrez Vega, 2019.

1. Poesía mexicana 2. Gutiérrez Vega, Hugo, 1934-2015 3. Autores mexicanos-Siglo XX I. Souza Jauffred, Jorge, Prólogo

862.092 .G9 .V59 CDD
PQ7298.17 .U82 .V59 LC

Para esta edición hemos intentado localizar, por diversos medios, a todos los titulares de los derechos de autor; sin embargo, en algunos casos nos fue imposible encontrarlos. Hacemos patente nuestro compromiso de realizar la acreditación correspondiente dado el caso en la primera oportunidad.



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

D.R. © 2019, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Col. Lomas de Guevara
44657 Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

Septiembre de 2019

Hecho en México
Made in Mexico

Distribución gratuita

Todos los derechos de autor y conexos de este libro, así como de cualquiera de sus contenidos, se encuentran reservados y pertenecen a la Universidad de Guadalajara; por lo que se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes. Queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, sea en el pasado, en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y texto y, en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitando a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y/o en alguna de sus partes. Cualquier acto de los aquí descritos, o cualquier otro similar, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar alguna de esas conductas sin autorización puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Índice

El viajero que se quedó con nosotros para siempre	9
Jorge Souza Jauffred	
Buscado amor	15
Rafael Alberti	
Aunque	17
Juan Gelman	
Hugo Gutiérrez Vega	18
Elena Poniatowska	
La cornucopia sobre los zapatos	27
Carlos Monsiváis	
Hugo Gutiérrez Vega: bajo el signo de Acuario y de Laurel y Hardy.....	37
Guillermo García Oropeza	
Celebración (I) seguida de posdata (II)	51
Fernando Curiel	
Notas sobre la crisis del estatuto del poeta.....	59
Evodio Escalante	
¡Gutiérrez Vega, a escena!	70
Francisco Hernández	

Hugo Gutiérrez Vega: las dualidades fructuosas	75
Marco Antonio Campos	
Lagos de Moreno en Grecia.....	85
Eduardo Hurtado	
Polvo nuevo de la palabra antigua.....	93
Jorge Souza Jauffred	
Otras voces, otros ámbitos.....	103
Víctor Manuel Cárdenas	
Los minutos del paraíso	107
Leandro Arellano	
Hugo Gutiérrez Vega, poética del peregrino	117
León Guillermo Gutiérrez	
Cordel en el abismo	125
Pedro Serrano	
Tradición y literalidad: peregrinaciones del deseo	127
José María Espinasa	
Hablan por mí los sentidos	135
José Ángel Leyva	
Canonicemos a Hugo Gutiérrez Vega	152
Juan Domingo Argüelles	

Sobre dos bazares de asombros 161

Carmen Villoro

Pasiones del peregrino 168

Guillermo Vega Zaragoza

Hugo Gutiérrez Vega y la primera persona 181

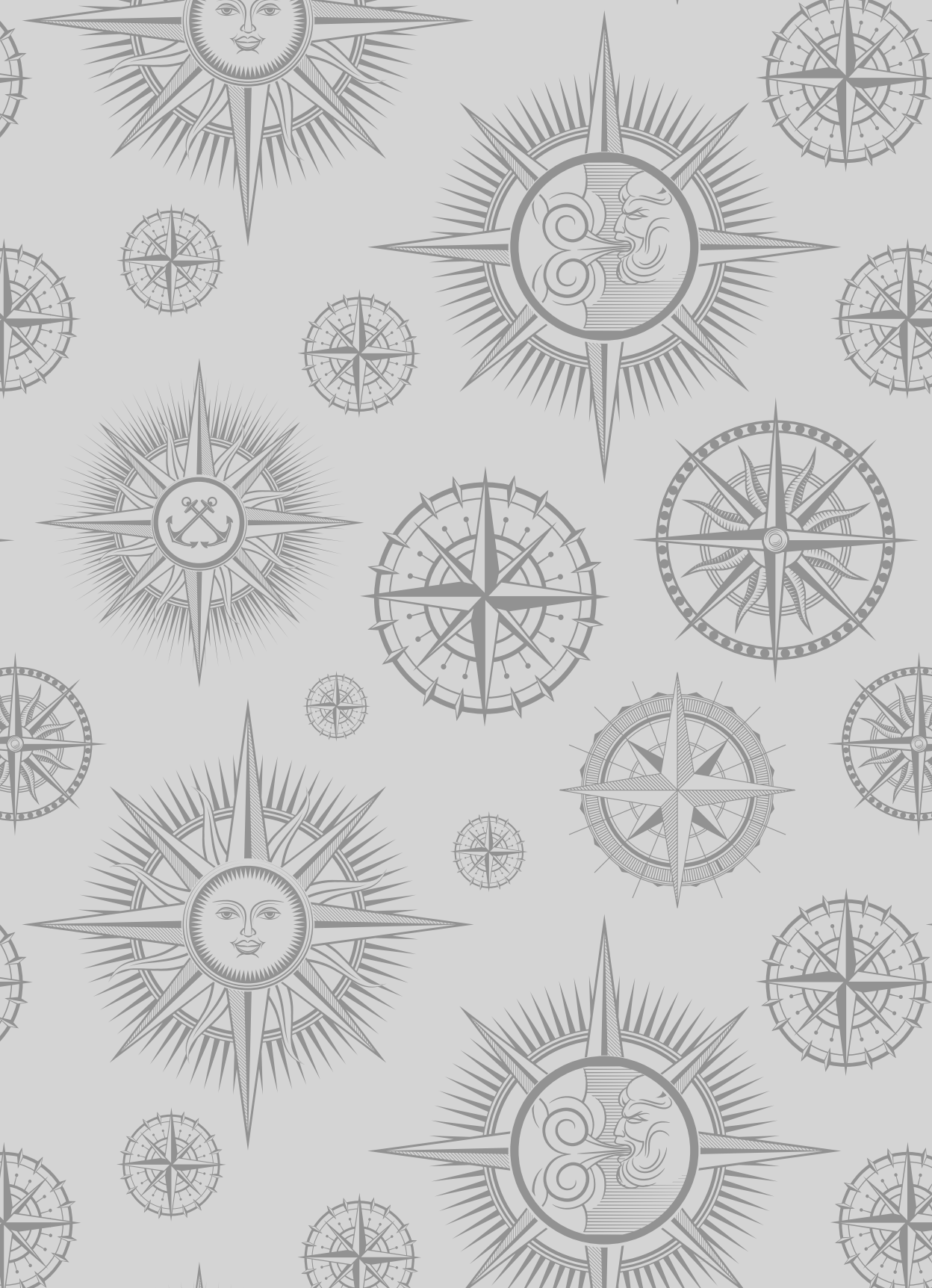
Luis Tovar

Gracias, poeta 185

Jorge Moch

Bemol sostenido 188

Alonso Arreola



El viajero que se quedó con nosotros para siempre

Jorge Souza Jauffred

Su voz, finamente delineada sobre la senda de una existencia profunda, supo descubrir, en el bosque de la poesía, las palabras exactas para tocar nuestros corazones; por ello se quedará siempre, en múltiples formas, con nosotros.

Hugo Gutiérrez Vega cultivó una vida de numerosas ramas, vinculadas todas al tronco delicioso y amargo de la poesía. Fue actor, poeta, ensayista, periodista cultural y académico; y a lo largo de la jornada supo sembrar amistad, dignidad, valor, cariño. En todo se desempeñó con acierto y sus pasos dejaron huellas memorables. Fue por el mundo (*una gran llanura vigilada por el ojo de Dios*) para dar testimonio de que es más amplio y portentoso de lo que se supone; y para constatar que, en las imágenes que de él se desprenden, abunda la poesía. Hugo ahondó en su consciencia para decirnos que hay paisajes secretos, interiores, que pueden ser iluminados por el esplendor de la palabra.

La metáfora de su existencia fue el peregrinaje. Los libros que reúnen su poesía llevan ese nombre: *Peregrinaciones*, y en sus páginas se despliega una rica bitácora de aquello que sus ojos encontraron en numerosos recorridos, tanto por los estratos de la geografía como por los recovecos y parajes del alma.

Un entrañable Hugo, a quien no nos cansaremos de extrañar, nos enseñó que un ser humano puede vivir al servicio de la poesía y puede morir también abrigado por

sus alas. Amigo cálido, maestro amable, escritor ilustrado, se alejó deliberadamente del acartonamiento y de las poses; su voz brotaba de la fuente sincera del corazón y modelaban espacios luminosos donde la palabra, clara, directa, transparente, se manifestaba. El lenguaje cotidiano, piedra fundamental de sus textos, se transformaba entonces en oro entre sus manos, en *polvo nuevo de la palabra antigua*, y descendía sobre nosotros llenándonos de ensueños, de visiones innombrables.

Mariano Azuela, al referirse a don Agustín Rivera, escribió que son poquísimos los verdaderos, grandes conversadores. Qué no lo hubiera dicho de Hugo. El poeta tapatío, con raíz familiar en Lagos de Moreno, fue de esos pocos tocados por la gracia cautivante del carisma; su presencia y su conversación construían, quizá sin proponérselo, una aura de cercanía, confianza y hasta complicidad. Sus exposiciones atrapaban a sus escuchas con la suave sabiduría de un lenguaje envolvente y clarísimo; su tono se adentraba justo en el centro del corazón; su humor, siempre dispuesto, disipaba cualquier sensación de vana formalidad. Su mirada, transparente y cálida, era por momentos la de un maestro sabio y por momentos la de un chiquillo irreverente. El amor y un erotismo fino, nunca apagado, solían agitarse en la magia y la ironía de sus frases. Entre palabras y más palabras, Hugo dirigía a su auditorio hacia espacios que sólo a él pertenecían y en ellos encendía el fuego acogedor de la poesía; un juego mutuo: quien escucha participa y le otorga sentido al discurso del poeta.

Era, como escribió Machado, un hombre, *en el buen sentido de la palabra, bueno*. Y generoso. Así lo conocí. Gracias a Ernesto Flores, su amigo y mi maestro, a quien pedí un prólogo para uno de mis libros, *En las manos la niebla*,

casi al final del siglo xx. Ernesto me indicó que lo pidiera a Hugo y, aunque difícilmente me atreví, él fácilmente aceptó. A partir de entonces tuve el placer de estar cerca de él y considerarme su amigo, principalmente cuando, por 2006 o 2007, comenzó a viajar a Guadalajara con mayor frecuencia.

Muchas veces le escuché hablar en público. Nunca solemne, siempre mesurado, soltaba innumerables referencias cultas como si cualquier cosa; ilustrado hasta el extremo, rompía, no obstante, cualquier intento de solemnidad con anécdotas chistosísimas y narraciones inauditas. Luego, de pronto, dejaba caer, como si nada, un poema, un verso, unas palabras, de autores entrañables. Una frase certera, un aforismo ajeno, un pasaje delicioso, hilados sabiamente en su discurso, dejaban la sensación de estar escuchando a un poeta verdadero.

En un acto de presentación de su libro *Buscado amor*, en el auditorio Adalberto Navarro Sánchez de la Universidad de Guadalajara, una chica apenas veinteañera, tras pedir la palabra, le confesó muy seria, ante unos doscientos estudiantes, que lo amaba desde hacía tiempo. “Yo leo todo lo que se dice de usted y todo lo que usted escribe desde hace años —le confesó—. Estoy enamorada de usted”. Hugo miró a la hermosa y le respondió con suavidad: “Qué bueno que me lo dices ahorita, cuando aún no ha llegado mi esposa”. El recinto soltó la carcajada.

Hugo, en fin, el poeta, el hombre de letras; pero, ante todo, el intelectual comprometido, sensible al dolor ajeno, solidario ante la miseria creciente, crítico de un sistema que ha condenado a millones de mexicanos a la pobreza; Hugo, el maestro digno, tolerante, sincero; el amigo dispuesto a dar la cara; el hombre que juega entre la textura de la voz poética y la serena amabilidad de la cercanía;

Hugo, el hombre múltiple que extrajo del lenguaje cotidiano el material primario para construir un largo, larguísimo poema, será recordado siempre por nosotros.

*

Pieza importante en la construcción de su memoria es este libro. En sus páginas, el lector encontrará las voces de muchos sus amigos, semejantes a veces, discípulos otras, construyendo, con sus propios renglones, la imagen del poeta que hasta el fin de su vida fue solidario con los abatidos por un sistema descarnado; con los marginados por los movimientos del “mercado”, con los abatidos por la inequidad y la injusticia social.

Ha sido Marco Antonio Campos uno de los más cercanos amigos de Hugo y de Lucinda Ruiz (†), su esposa, quien realizó esta estupenda labor de búsqueda y compilación para ofrecernos, en una serie de textos (algunos de ellos magistrales), la posibilidad de encontrar aspectos poco conocidos de la vida y de la obra del autor de Guadalajara, así como interpretaciones valiosas y atinadas de su trabajo literario.

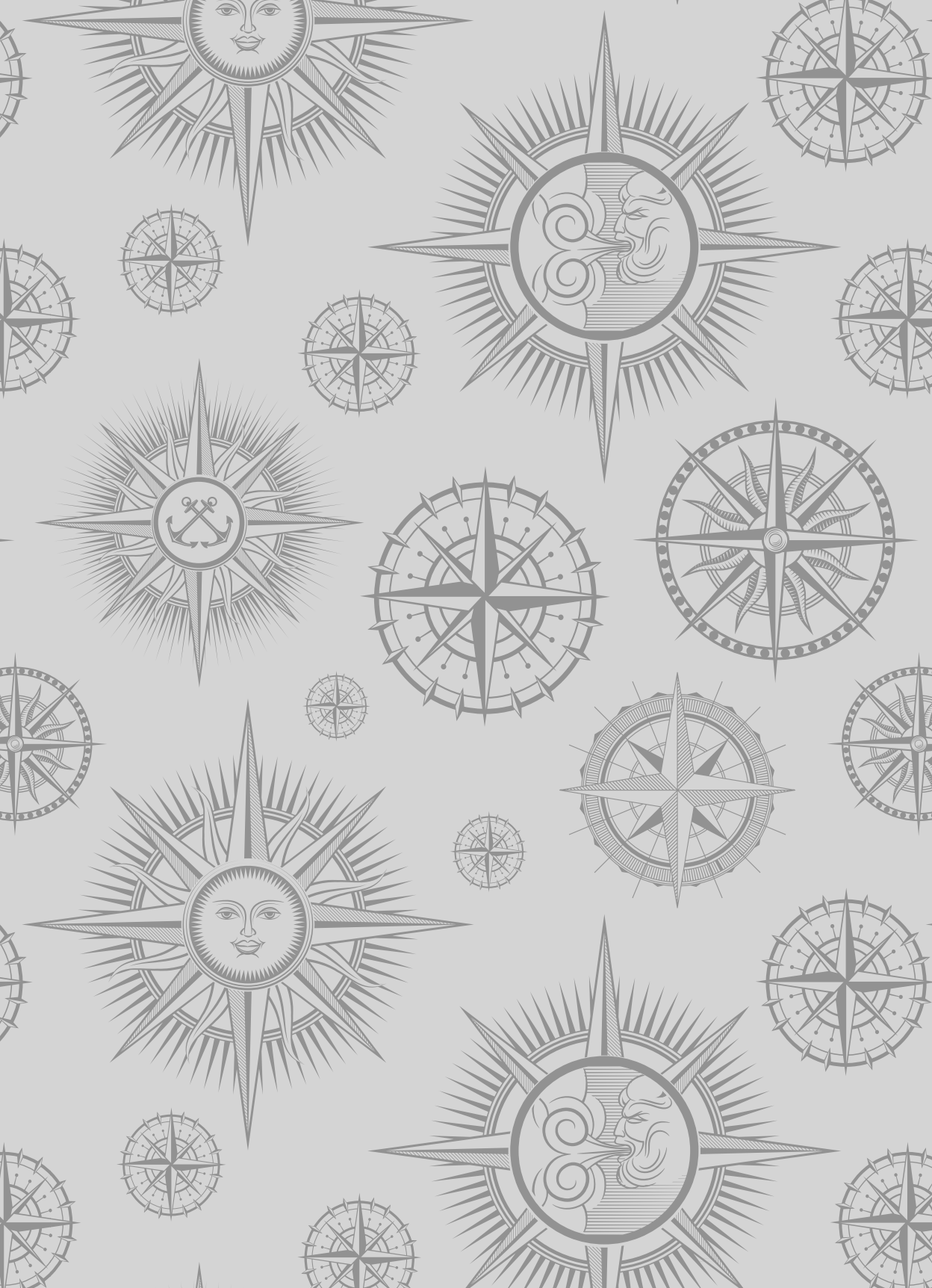
Hay numerosas coincidencias entre estas miradas que nos permiten re-descubrirlo; pero, no las mencionaré. Será el lector el que, sin duda, las encontrará al adentrarse en las páginas de este libro.

*

Hugo, tras su viaje por los terrenales territorios, se encuentra ya en la otra orilla, *al otro lado del abismo*, como bien lo presintió en sus poemas. Preguntaba en uno de ellos: *¿No terminará nunca la galería del sueño?* Ahora, el querido poeta ya tiene la respuesta. Cada uno de los sue-

ños de aquella galería se han convertido en puertas abiertas a senderos inescrutables de la conciencia. Ese tránsito por sueños y veredas, con la mirada puesta en la poesía, fue la piedra de toque que lo convirtió al fin en un poeta interminable, punto de referencia de una época; lo que lo convirtió en el hombre que supo esperar y recibir con una enorme dignidad el beso luminoso de la Muerte.

Por eso, el viajero que fue aún no ha partido. Por eso, el viajero que fue se quedará hasta siempre con nosotros.



Buscado amor*

Rafael Alberti

Aquí en Roma, mi amigo, primavera,
es aquí en Roma, donde te conozco
y oigo cantar tu personal acento
tejido entre las dulces
sílabas de otros aires
tan lejos de los tuyos,
es aquí en Roma donde al fin me llegan
estos latidos de tu amor insomne,
de tu buscado amor,
de tu amor no escuchado entre las sombras
o desaparecido
en esa cuarta noche ya imposible.
Hermosa voz, a veces desolada
y a tientas, aunque siempre
capaz de volver clara, pura y joven
del más hondo desierto.
Raro es en estos días,
en estos tiempos ásperos, de hombros
que se encogen impunes ante la injusta muerte,
cuando parecería
que el turbión de la sangre y los escombros
segase al hombre de todos los sentidos,
raro es ver que el poeta en alta noche
puede oír el temblor de un corazón desnudo,

* Prólogo a *Buscado amor*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1965.

construir el amor a la distancia,
decir esas palabras que se llevará el viento...
a la vez que escuchar el gemido del toro,
la espantada agonía del caballo tundido,
el grito de la madre
con la boca sin vida del niño entre los senos
o el gran ojo de Dios,
gloriándose, impasible, de sí mismo,
en tanto que hacia él asciende de la tierra
el descompuesto vaho de una nada ya inerte.
Que el buen amor, amigo, y la esperanza,
nunca jamás te dejen de la mano.

Roma, primavera de 1965

Aunque*

Juan Gelman

a Hugo Gutiérrez Vega

Presente y encubierto
se siente el Bien a la carta
que se escribió a sí misma. Un árbol
claro le daba sombra cuando
la pluma se movía
en representación del corazón.
Ahí está el hombre frente
a la sintaxis de su espíritu
y su pesar y calla
para que hable la belleza.
Entre él y él hay una
dura verdad.
Los ojos se cierran ante
el fulgor de su estar que maniata
a los tiempos caídos.

* Del libro *De atrásalante en su porfía*, Editorial Visor, Madrid, 2010.

Hugo Gutiérrez Vega*

Elena Poniatowska

Lo primero que llama la atención es la modestia de la casa de Hugo y Lucinda en Copilco el Bajo, número 178, edificio 21, departamento 203. El de Hugo Gutiérrez Vega es un conjunto habitacional bonito con unos árboles bonitos y espacios para estacionar el coche, pero uno pensaría que un hombre que ha sido embajador, rector, académico de la lengua, detentor de puestos de gran envergadura viviría en una casa también de gran envergadura. Y no. Este es el mismo conjunto de edificios casi de interés social en el que vine a entrevistar a Germán List Arzubide, el comunista, el estridentista a quien Tina Modotti le sacó una buena fotografía. Que un líder comunista haya vivido aquí me parece lógico, pero ¿Hugo y Lucinda? No.

“Nuestra casa provisional / tiene cinco ventanas, dos puertas, / veinte cuadros, quinientos libros, / un gato precursor y caudillo / de los movimientos independentistas, / cuatro o cinco maletas siempre listas, / mesas, sillas, discos, una escoba / y un aire permanente / de casa abandonada.”

¿Por qué no quisieron Hugo y Lucinda tener todo lo que los demás atesoran? ¿Por qué viven tan sin alardes? ¿No sería lógico que tuvieran una residencia en Las Lomas, un carrazo, una cuenta en el banco, una caja fuerte para las condecoraciones y las legiones de honor?

* *La Jornada Semanal*, núm. 1074, 4 de octubre de 2015.

A lo largo de toda su obra, a lo largo de toda su vida, Hugo escribe: “Voy haciendo los días / y ellos me van haciendo / y deshaciendo; / finjo resignación / y me contento / con las luces del alba / (me gusta más la noche).”

Su casa es de una sencillez apabullante, los cuartos son como camarotes de barco o gabinetes de tren, alineados a lo largo de un corredorcito. Nada hay de ostentoso. A Guillermo Haro le encantaría porque le avergonzaba su casa de amplios ventanales abiertos a la noche frente a la modestia del departamento en Moscú de Viktor Ambartsumián, director del Observatorio Astronómico de Byurakan, en Armenia.

Observo los muebles, busco en qué objeto colgar alguno de los poemas de Hugo, qué destapar para saciar mi curiosidad. “Hoy, al abrir el cajón del buró, / un sueño rezagado / me mordió la mano”. La poesía de Hugo es su única casa y la única casa de Lucinda, su mujer.

“El hombre necesita / un techo firme sobre su cabeza / y algunos lo aseguran, ese techo / tiene que ser tan suyo / como lo son sus manos, / sus ojos, su tristeza... / Yo no estoy tan seguro / de que la propiedad / tenga origen divino, / pues me invento una casa / todas las madrugadas; / una casa con hiedras, con ventanas y muros; / con hijas, con amigos, / con la suave mirada / de una esposa que huye / pero siempre está aquí. / La casa que no existe / o que vive en el sueño, / la que ha sido y será, / que no es refugio / sino una puerta abierta / para irnos.”

Hugo insiste en “Arquitectura volante”: “Con diez cuadros, / mil libros, una cama, / los amores ausentes, / la cercanía del mar, / con un amor pequeño / como la raza humana, / con pedazos de vida, / con sombra y claridad, / formamos esta casa. / Con cimientos tan leves / la casa va flotando / y puede establecerse / en cualquier latitud.

Y vuelve a lo mismo: “Como un señor de nada / visito mis terrenos / todas las mañanas, / como buen campesino / voy a arar en el mar.

Su casa me conmueve. Ahora miro a la pareja, la primera, la de a de veras, Hugo y Lucinda, el uno al lado del otro, hombro con hombro, los dos frente a mí, Lucinda, Hugo, el hombre y la mujer que forman “la familia del hombre”, la multitud que de ellos descende, la que viene atrás, ellos son esa multitud de seres esperanzados, Hugo y Lucinda encabezan la manifestación y me pregunto por su amor y por lo que han vivido, sus largas misiones diplomáticas en Roma, Londres, Washington, Madrid, Atenas, Río de Janeiro, San Juan de Puerto Rico. ¡Con cuánta gallardía han representado a México! Mi mamá exclamaría: “¡Tienen muy buena facha!” y los consideraría “gente decente” y más si supiera de la religiosidad de Lucinda que sabe que los viajes interiores resultan más aleccionadores que los de las grandes embajadas. Hugo se ha de haber visto muy guapo con su *top hat*, o su *jacquet* y paraguas entrando al Palacio de Buckingham.

Hugo es un conversador extraordinario. Diserta con una enorme libertad acerca de su familia, su madre que falleció cuando él era tan pequeño que su abuela fue quien lo educó, como a Sergio Pitol lo educó la suya, en Córdoba, Veracruz. Ilumina su relato con la liviandad de sus palabras. “Estar de paso / es la mejor manera / de desprenderse de las cosas / sin hacer demasiados aspavientos”.

Hugo y Lucinda me tratan con una “cortesía esmeradísima”, característica de Hugo tanto en la redacción de *La Jornada* o de *El Semanario* como en las reuniones de Morena, en la casa “de película” de la autora de *Como agua para chocolate* (Laura Esquivel). Supongo que lo mismo ha de suceder en las largas sesiones de la Academia de la

Lengua: Hugo es siempre un Quijote. Lucinda, providencial, ofrece café o té o galletitas o refresco o algún remedio para el alma. ¿Qué te doy? ¿Qué necesitas? ¿Qué quieres? La voz de Lucinda es tan sonora como la de Hugo. Alta y delgada su presencia es igualmente poderosa.

¡Cómo se aman!

Me basta con abrir *Peregrinaciones. Poesía reunida* (1965-1999) para que su amor me caiga encima como una lluvia bienhechora: “Da risa habernos querido tanto. / Tenemos los brazos cansados, / las piernas destrozadas. / Esto da mucha risa. / Hemos levantado una casa pequeña; / aquí los cuadros, / los objetos comparados en las ferias, / el ojo del dios de los huicholes / que va a todos lados con la casa”.

Al amor de Lucinda, Hugo nunca lo abandona, lo canta desde que amanece, a través de él, conoce el mundo: “Se me han subido / estos años de gozo a la cabeza. / Nadie dudaba / al mirarme pasar por esas calles / que una felicidad casi insultante / me brincaba en el cuerpo. / Pero gran parte del goce sin medida/ no dependía de mí. / Me lo habían dado. / Y nunca supe cómo conservarlo. / Hoy, sin mover un dedo, / algo que es imposible distinguir/ entre las luces de la madrugada, / me tumbó de la cama. / Aquí estoy, sublimemente bobo, / sentado al lado del buró. / Cuento mis dedos y las horas, / mientras espero que regrese / lo que habrá de pasar.”

¿Qué quieres, Elena? ¿Qué te doy?

“Cómo viajé en sus brazos, gacelas de piel fina, / y descubrí en sus ojos la forma de los astros; / cómo amaba la vida a través de los labios; cómo el viento del norte ya sólo abría la puerta a un goce sin medida, sin límites, / sin sombra del miedo de acabarse. / Nombrar las cosas era apoderarse de ellas, / hacerlas formar parte de nuestro propio cuerpo. / Lo que pasó después no es parte de esta

historia; / el amor no termina, / la furia no lo borra / y sigue sucediendo... / ese río nunca para.

Líder juvenil del PAN, con su primer amigo Manuel Rodríguez Lapuente, su capacidad oratoria lo hizo destacar de inmediato. Entonces, el PAN era decente y Efraín González Luna, su fundador en Jalisco, un intelectual que introdujo a Claudel y a Peguy en México, así como a Jacques Maritain. Tradujo *La Anunciación hecha a María* y, dato curioso, a James Joyce. González Luna tuvo una enorme influencia en Manuel Gómez Morín, rector de la UNAM y fundador del Banco de México. El joven Hugo hizo su primer discurso sobre los ejércitos aliados en la Segunda Guerra Mundial en un México germanófilo que no apoyaba a los aliados y ganó el concurso. Siempre supo enfrentarse al micrófono y, por lo tanto, a los oyentes. Con sus primeros poemas “El niño y el mar” ganó a los 18 años los Juegos Florales de Sahuayo, Michoacán y recibió 500 pesos. ¡Una fortuna!

Su primer gran amor poético fue el padre Alfredo Placencia y hoy por hoy habla largamente de ese sacerdote tapatío con todo e hijo quien asombra a todos al interpelar a Cristo: “Así te ves mejor, crucificado. / Bien quisieras herir, pero no puedes. / Quien acertó a ponerte en ese estado / no hizo cosa mejor. Que así te quedes”.

Otra de las constantes en su conversación es Carlos Pellicer que yo tuve la fortuna de conocer tanto en Tepoztlán como en México porque viajó a Jerusalén con Francisco Iturbe, hermano de mi abuela. Hugo me cuenta que cuando Pellicer fue senador de la República, un reportero le preguntó en tono de denuncia: “Maestro, ¿por qué no va a las sesiones del Senado?” y Pellicer le respondió: “Ay, mi señor, es que no sé dónde está”. También pondera la fidelidad de Pellicer “por la América española, sus luchas libertarias y la búsqueda de su identidad cultural”. Recuerda

al poema “Piedra de sacrificios”: “Agua de América, agua salvaje, agua tremenda, / mi voluntad se echó a tus ruidos / como la luz sobre la selva”. Y finalmente Hugo dice en voz alta con su voz de barítono el poema de Pellicer dedicado a Juárez: “Un nopal de paciencia por tu vida responde/ y detrás de unos robles se escuche siempre el mar.

Sus recuerdos más sentidos y personales son para el Actor’s Studio de Elia Kazan, que en Nueva York lo convirtió en actor, para Ionesco y su *La cantante calva*, que Hugo montó en su presencia en el Teatro de la República en Querétaro, para Rafael Alberti, quien le hizo un poema; Félix Grande, especialista en flamenco; don Alfonso Reyes, Carlos Fuentes, Rita Macedo y Cecilia —que vivieron con él en Londres—; José Carlos Becerra, el joven tabasqueño que salió de una curva en su coche camino a Brindisi y encontró la muerte; Sergio Pitol, Manuel Puig y su madre Male en Río de Janeiro; Carlos Drummond de Andrade y João Cabral de Melo Neto, y, sobre todo, para su gran, gran amigo Carlos Monsiváis.

“La inteligencia universal enriquecida por una memoria verdaderamente prodigiosa” de Carlos Monsiváis es la que más falta le hace. Hugo y Lucinda albergaron a Monsi en la Inglaterra de John Lennon “Give peace a chance”, “All you need is love”, lo cuidaron, consintieron, aguantaron y llevaron al cine durante meses. A José Gorostiza “yo lo quise mucho”, como hoy busca a sus amigos en la Academia de la Lengua, Margit Frenk, Eduardo Lizalde y Jaime Labastida. También en Puerto Rico, Hugo hizo una muy buena amistad con Luce y Mercedes López Baralt y Carmen Dolores Hernández, así como con Rosario Ferré y su prima Olga Nolla, quien por desgracia murió.

Como es un extraordinario actor y sigue pareciendo un personaje chejoviano, igualito al tío Vania de *El jardín*

de los cerezos, el polaco Ludwig Margules sigue siendo para él una presencia. Con él montó *Lástima que sea una puta*, así como participó en *Roberte ce soir* de Klossowski, una obra que causó escándalo y ahora podría figurar en *Flores de la infancia* de María Enriqueta.

Dos grandes mujeres: Clarice Lispector, su Macabea brasileña en *La hora de la estrella*, y Melina Mercouri, quien le enseñó las islas griegas a l'Ambassadeur du Mexique, todavía son figuras recurrentes en sus sueños.

* * *

Angélica María Aguado Hernández y José Jaime Paulín Larracochea entrevistaron con la excelencia que da el respeto y la admiración al personaje, a don Hugo Gutiérrez Vega a través de varias sesiones e hicieron un amoroso trabajo de recuperación de su vida, su obra y, sobre todo, su experiencia griega. Supieron interrogarlo sin cansarlo con preguntas preparadas con anticipación y conocimiento de causa. Ni lo atosigaron ni pesaron sobre él y jamás interrumpieron el flujo de su pensamiento. Sacaron a flote sus memorias y sin presionarlo devanaron el hilo de una vida apasionante y apasionada. Lo único que les faltó quizá fue hablar más del discurso de Hugo al recibir el Premio Nacional de Literatura 2013.

Cuando Rafael Tovar y de Teresa invitó a Hugo Gutiérrez Vega a hablar ante el presidente Peña Nieto como vocero de los Premios Nacionales 2013, Hugo, hombre de izquierda, militante activo de Morena y partidario de Andrés Manuel López Obrador, le respondió: “Con todo gusto, Rafael, pero yo diré lo que pienso. Toda la vida lo he hecho, no tengo por qué callarme ahora”. “Claro, tienes absoluta libertad”, respondió el director del Conaculta.

Hugo no quería escandalizar ni jugarle al radical, pero sí condenar a la actual política de México regida por el PRI. Almeida Garrett, el escritor favorito de Saramago, un constitucionalista portugués de mediados del siglo XVIII, llamó “barones” a todos los miembros de la política capitalista. Los barones son los jerarcas católicos, los banqueros, los empresarios, los senadores y diputados (que ahora reciben 225 millones de pesos por “subvención especial”). “Gobierno que deja comer de más a sus barones es mal gobierno”, dice Almeida Garrett. El gobierno mexicano no sólo deja comer de más a sus barones, sino que se alía con sus socios empresarios y políticos para despojar al país de sus bienes.

Hugo habló de todas las reformas constitucionales, sobre todo de la energética y de la necesidad de un debate con científicos e intelectuales para aprobarlas. Hasta la fecha, Peña Nieto ni siquiera ha respondido a las 10 preguntas del mejor director de cine de México, Alfonso Cuarón, ni ha mostrado respeto por el acto de ciudadanía de nuestro único ganador del Oscar.

La lista de premios que Hugo ha recibido no tiene fin y hasta aburre. ¿Dónde guardar tantas preseas, tantas copas, medallas, galardones y diplomas? Entre todos, el único que conserva a la vista es el de su hija Mónica, que en Londres tuvo que ir al dentista. Como se portaba muy bien, no gritaba ni le mordía el dedo al dentista, al término del tratamiento, el médico inglés le dio un diploma de letras doradas: To Mónica Gutiérrez Ruiz, for distinguished conduct on the dental chair. Hugo se enceló y reclamó: “Yo también quiero un diploma así”.

Hugo siempre fue un jefe alto y hermoso, un rebelde al que expulsaron del PAN. Desde entonces, lo tachaban de comunista (como tachan a cualquier joven idealista) y lo corrieron por tener ligas con la Revolución cubana y por

apoyar al líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo en su huelga de 1959. De la cárcel en Mérida tuvo que exiliarse a Belice. Y de ahí en adelante, joven fogoso y lúcido, siguió desafiando al sistema de prebendas y al tejido de corrupciones que caracteriza al México actual como lo hizo en Querétaro, frente a los latigazos del todavía incomprensible y absurdo Diego Fernández de Cevallos.

Quien lo condujo por el camino de la diplomacia fue el gran poeta José Gorostiza, su amigo y compañero poeta. “Ponga tierra de por medio, Hugo, la derecha nunca es inventada” —le dijo el entonces presidente, Adolfo López Mateos. “Una frase muy sabia, muy certera”, reflexionó Hugo en esos días de persecución y cárcel.

A sus 81 años ejemplares, Hugo Gutiérrez Vega asegura que las mayores alegrías de su vida han sido sus nietos: verlos crecer. “Tengo uno que ya anda por los 18 años y es muy buen rockero, Bruno, hijo de Lucinda, y tengo a Rita, hija de Mónica, mi hija que murió a los 44 años. Rita anda por los 15 años. También tengo a los tres de Fuen-santa que viven cerca de Nueva York: Gabriel, un futbolista muy exitoso, y los gemelos, Nicolás y Fiona, esta última dedicada al baile. Por cierto, Nicolás es un filósofo. Gabriel también lo es y me ha enseñado muchas cosas. Una vez lo vi pasar a mi lado y le pregunté: “¿A dónde vas, Gabriel?”

—Voy a mi cuarto a encerrarme para ver si entiendo.

Le respondí: “Voy a hacer lo mismo que tú. Voy a mi cuarto a encerrarme para ver si entiendo”.

La cornucopia sobre los zapatos*

Carlos Monsiváis

De la anécdota como posposición momentánea del comentario

Conocí a Hugo Gutiérrez Vega en Aguascalientes, en julio de 1955. Yo era un adolescente, no muy seguro de las devociones liberales y un tanto fastidiado con los manuales soviéticos, en cuya verdad creía, sin embargo, a falta de mejor proposición totalizadora. Un compañero de estudios nos invitó a verlo ganar estrepitosamente un certamen de oratoria (¡El Concurso Nacional de *El Universal!*) y fuimos con sonrisa triunfadora a conocer la entonces *provincia gentil* mientras nuestro paladín ensayaba en el camión metáforas aladas (aptas para cualquier tema). El día del concurso fue fácil advertir el escaso impacto de las expresiones buriladas de nuestro campeón y el entusiasmo que concitaban los desplantes de un joven delgado, pelado a la *brush*, de ademanes tajantes y desdeñosos. Rápidamente averiguamos su nombre y su filiación: HGV, de Guadalajara, presidente del Consejo Juvenil del Partido Acción Nacional. “¡La reacción pura!”, advertimos instantáneamente y redoblamos los vítores a favor del gélido defensor de las instituciones laicas y priistas. Gutiérrez Vega se impuso a las porras cívicas con discurso que yo

* Prólogo al libro *Cantos de Tomelloso y otros poemas*, UNAM-UAQ, colección Al Alimón, México, 1984.

califiqué “de plazuela” y frases que fustigaban a los jóvenes “de calcetines de rombos, camisas amarillas y pensamientos del color de las camisas”. Irritado por tal victoria ultramontana, discutí con Hugo en el vestíbulo de un hotel, le recordé la vigencia de Juárez, él me citó los derechos del alma (por lo menos así evoco la escena) y nos separamos convencidos mutuamente (supongo) de haber adquirido un enemigo ideológico para toda la vida.

Fin de la anécdota.

Se inician los comentarios suspendidos

De Gutiérrez Vega seguí informándome. Abandonó el PAN, contribuyó a un fallido intento de un partido demócrata-cristiano y estuvo en Roma de agregado cultural. Allí escribió su primer libro *Buscado amor* (Editorial Losada, 165, con prólogo-poema de Rafael Alberti). No muy convincente juzgué, entonces, demasiado traspasado por la estrategia de darles una vuelta prosificadora a las lecciones de los poetas Alfredo Placencia y Francisco González León. Con todo, *Buscado amor* defraudaba mi noción adquirida de Gutiérrez Vega, nada de estridencias levantiscas y, por lo contrario, una evidente lectura de clásicos y modernos.

De Roma, Hugo regresó a Querétaro a regir la universidad estatal, a la que quiso modernizar, poner al día, darle salida al exterior, vincularla con el jazz y la poesía de Pellicer, Novo y Becerra. A mediados de los sesenta, la empresa no era concebible y pronto la reacción (que finalmente nunca es inventada) difamó el proyecto, calumnió al joven rector y lo acosó del modo más físico posible enviándole una pequeña turba de beatas irritadas por la presencia del Demonio... De nuevo el servicio exterior, en Londres, y a una reanudación más sistemática del trabajo

poético, continuando y ampliando su ambiciosa proposición: el equilibrio entre la efusión lírica y la distancia irónica (“Aunque no lo parezca de verdad no quiero nada”):

A mi invitación al juego contestas
con una declaración escrita.
A mis saltos chaplinianos
respondes con tu cara de discurso.
A mi tristeza de Buster Keaton
opones tu deseo de subir.
Te saco la lengua amigablemente.
Yo seguiré representando mi farsa.
Quédate en la tribuna aquilina
y que una trompeta ronca
te despida del planeta.
Desde la fosa común te saludaré con mi corbata.
Hasta tu mausoleo llegarán mis proyectiles:
pasteles de crema,
helados de frambuesa.

¿Cómo se produce el salto de un romántico-que- no-se-avergüenza-de-serlo y que escribe: “Estaré junto a tu voz pasada / escuchando tu voz presente. / Leeremos nuestra historia / en el libro cerrado / de tu vientre” (*Buscado amor*). El caso de Gutiérrez Vega no es el de Nicanor Parra: no hay el uso pesimista del prosaísmo, el humor que es hartazgo y desencanto ante la realidad; tampoco hay vínculos con el prosaísmo enumerativo y descriptivo de Ernesto Cardenal y su cauda de (bienintencionados) seguidores. Más bien, Gutiérrez Vega responde al salto en la poesía mexicana de un lirismo progresivamente abstraído de realidad y que en inútil homenaje a José Gorostiza devasta la década de los cincuenta, a una liberación de

la idea poética. Él es de los primeros en percibir el triste error de fijarle a la poesía temática y vocabularios *consagrados*. Él renuncia al despliegue de los recursos heredados del saber neoclásico (común a nuestra generación, así se use en tono de burla) y de la tradición rápidamente determinada por la obra del grupo de Contemporáneos. No acepta la intensidad versicular ya instalada y prefiere “correr el mundo”, abandonar seguridades y pruebas instantáneas donde la poesía certifica que lo es desde el uso de ritmos aplaudibles y palabras “profesionalmente poéticas”, incluso al margen de su contexto.

De modo que parece insólito, Gutiérrez Vega no elige desolaciones, incursiones para un yo espectral, extravío en el laberinto de las metáforas o cultos por la muerte propia y ajena, y se decide por un *tono* de confianza intimista, de pesimismo circunstancial que es exaltación de las nuevas posibilidades poéticas de lo cotidiano.

Finale

Il poeta chiude el becco

Debería callarme el hocico
y evitar las calles adyacentes.
Voy exhibiendo la cabeza rota,
los agujeros de los pantalones,
el corazón que por barroca vanidad
espero que algún día sea trasplantado
a un negro de Sudáfrica.
Debería callarme el hocico
y escribir solamente en los retretes
alumbrado por fósforos,
hacer grandes grafittis con carbón

y terminarlos con la punta de la nariz.
 Yo nací en un mundo tan solemne,
 tan lleno de conmemoraciones cívicas,
 estatuas,
 vidas de héroes y santos,
 poetas de altísimas metáforas
 y oradores locales;
 en la ciudad que tiene siempre puesta
 la máscara de jade y de turquesa,
 y como ahí nací
 debería callarme el hocico
 y pintar solamente en los retretes.

Declaración de una “poética” y ajuste de cuentas con el pasado. Al rechazar el peso hierático y funerario de la tradición que le corresponde (“Alta, enjoyada, / dueña de los días / hechos polvo en el tiempo...”, la describe en “Meridiano 8-0”), Gutiérrez Vega se rebela también contra una costumbre: silenciar la presencia de ese fantasma triturador que es el pasado que nunca termina de irse, y lo incorpora al poema como el hecho cultural que desafía la validez del poema mismo. El personaje tan deliberadamente puesto a circular (cuyas “cabriolas de cine mudo” y cuyo gusto por la síntesis lógica de Laurel y Hardy revelan una vez más la presencia del cine como fuente literaria de primer orden) no es el único posible o visible en la obra de Gutiérrez Vega, pero sí era el indispensable para el tránsito de un ejercicio poético a otro, y para la flexibilización de un idioma. A lo largo de su trabajo, Hugo volverá una y otra vez a esa “renuncia y denuncia de la gravedad” que es personaje poético y actitud cultural, que es desistimiento-de-estatua y búsqueda de espacios expresivos:

Escribo estos poemas para qué.
 Tal vez para evitar el triunfo aletargado de las polillas,
 para acumular palabritas
 en la caja fuerte de color violeta,
 para conjurar,
 eso es, qué pedante certeza,
 para conjurar.

Especialmente para conjurar soluciones prefabricadas, y para ir de un estilo a otro sin traicionarse y sin renunciar al gozo de la burla en sí, *Resistencia de particulares* (Ediciones Era, 1974), resumen de las experiencias anteriores y declaración de amor por la poesía arábica, culmina con un poema algo o una elegía satírica, como se prefiera, “México-Charenton”, donde Gutiérrez Vega combina su desolado acento bíblico, las lecciones de la poesía amorosa, el placer por la ironía que neutraliza los riesgos del patetismo, el apasionamiento discursivo, la vehemencia lírica. En el manicomio que es el país, la protagonista es Tiburcia, una loca profética y desolada, que palpa y enciende visiones, que viene de la cultura tradicional y atraviesa la falsa y verdadera modernización donde se mezclan y suplantán alternativamente los nahuales y los hijos de millonarios ataviados por los héroes. En “México-Charenton”, la intensidad contenida por el sarcasmo y el choteo redimido por la ira se conjugan en la pesadilla circular donde la locura describe a la razón y la razón despoja a la locura de su sentido cartesiano:

Los domingos sale una luna de papel
 entre las jacarandas
 no es la luna
 es la cara del rey o la del virrey

es el señor de las flagelaciones
 que siempre ha vivido aquí
 que no se va
 que vive en lo alto del valle
 sentado sobre el vientre de la mujer dormida
 agita su penacho de plumas preciosas
 golpea su yelmo coronado
 no precisamente de ilusión
 deja que vuelen las palomas blancas
 de su tricornio napoleónico
 da golpecitos en su chistera de luces
 se arrisca el texano a la Sam Houston
 juguetea con la cadena dorada de su reloj francés
 levanta el kepí con el águila entre laureles inmortales
 el casco de la primera guerra
 el stetson del take off to development
 y de nuevo el penacho de la guerra florida
 el yelmo no coronado de ilusión
 el casco de dios está conmigo
 y ese sombrerito lleno de cascabeles
 con que adormece adormece
 igual que el péndulo plateado del doctor
 que el brillo de la luna entre las jacarandas
 el zumbido se nos viene del corazón a la boca
 los ojos del sapo constante
 la noche que se devora todos los sortilegios
 y se queda para siempre
 en el aire gris
 de la ciudad con las tripas abiertas

Ecos de Rubén Darío y de T. S. Eliot, de Artaud y del
 bolero romántico, de las metáforas que un niño escuchó
 en la población de Lagos de Moreno en los años cuarenta

y de nostalgias imprecisas de secuencias olvidadas. En “México-Charenton”, el humor es claramente el dique impuesto por el autor para no dejarse avasallar por un estilo único, y es el hilo conductor de la salida del laberinto, de “esta infancia de todos y de todo”. Y el vigor con que estalla la obsesión es posible porque Gutiérrez Vega se ocupa en *Resistencia de particulares*, y en cada uno de sus libros, de armonizar los elementos, de no ceder a ese letargo inaudible de la monotonía. No hablo de la vanidad que multiplica registros formales a modo de auto-homenaje, sino de la necesidad de adecuar la expresión del tema y el tema a la expresión, de la concepción, de la poesía como un gusto movable que localiza perspectivas, estados de ánimo y géneros.

Madinat Al Zahra

a Abbas ben Nasilu

En Madinat Al Zahra la luna en el estanque seco.
 Catalogada la torre del muecín brilla en el polvo.
 En los naranjos la niña muerta a los quince años
 hace sonar su pulsera de plata.
 Se va por el camino que ya no lleva a Córdoba.

Es inútil, en lo que refiere a la obra de Gutiérrez Vega, la pesquisa policial de influencias. Se ubican muchas y no se precisa hegemonía alguna. En sus libros escritos en España (*Cantos de Plasencia*, *Meridiano 8-0*), aparte del estímulo de las jarchas, no se advierte siquiera consideración por el propio pasado poético. Más bien, un empezar de nuevo a partir esta vez de los juegos y envíos del paisaje, del afán de traducir de lo que se ve a lo que se dice, lo que se dice

a lo que se verá. Se evaporan casi todas las cargas irónicas y sólo queda la decisión de nunca abandonar el exceso, de evitar el fatalismo del ritmo galopante. Ceñido, escueto, elocuente, Gutiérrez Vega marca en “Meridiano 8-0”, un olvido del personaje y una resurrección del adolescente que leyó a Gabriel Miró, Antonio Machado, Juan Ramón y Carlos Pellicer, y que aprendió de ellos a leer el paisaje para mejor leer los poemas, y a escudriñar en los poemas algunas claves de la contemplación (“La madrugada en Vigo”):

Ritual de la luz

Para que el día se haga necesario
mantener bien cerrada la ventana
y pensar en el sol.
Así, el trivial milagro se repite,
las barcas abandonan el puerto,
el olor del pan levanta el día,
las calles corren hacia el mar,
el viento niño juega a las banderas
y el esquilón convoca velos negros.
El mar recompone sus rostros,
se abren los ojos del primer trabajo.
Tres o cuatro no hacemos nada:
debemos ser testigos del parto de la luz
y alzar los brazos para que se quede.

Dos grandes divisiones (entre otras posibles) en la poesía de Gutiérrez Vega: apresamiento de sensaciones finísimas y desarrollos de golpes irónicos, registro de lo circundante (luz, viento, ríos, valles, rostros) y exaltación de una psicología que jamás considera a la vida un paréntesis entre el nacimiento y la estatua. Quizás tal diversidad

confunde a la crítica, que aún no sitúa esta obra en el *corpus* de la poesía mexicana. Pero de esa capacidad de albergar y patrocinar contradicciones se nutre la fuerza de Hugo Gutiérrez Vega, un escritor nómada arraigado en la provincia mexicana, un deturpador de sí mismo que cede sus reticencias malignas ante una estampa visual, un discípulo de Harold Lloyd que demanda de la poesía la inmovilidad en el tablón sobre el abismo, un orador de prosapia que desearía ser otro “abuelo instantáneo de los dinamiteros”.

Porque soy un señor domesticado
que escribe versos
y gesticula en los parques,
digo que nada pido.
La vida ha derramado su cornucopia
sobre mis zapatos,
tengo un auto, dos trajes,
diez pañuelos, y me puedo comprar
nuevas corbatas.
Me inquietan las jornadas submarinas.
Sé volar y lo hago raras veces.
Aquí paré mi tienda. Sólo espero
esa fiesta nocturna. Me moriré
cuando el placer termine.

Hugo Gutiérrez Vega: bajo el signo de Acuario y de Laurel y Hardy*

Guillermo García Oropeza

I

*... the conscious impotence of
rage at human folly, and the
laceration of laughter at what
ceases to amuse.*

Eliot

En un país donde los poetas siguen siendo lo que siempre fueron, románticos adictos al tono mayor, donde poesía se escribe con mayúscula de bronce oficial, donde sólo se permiten dos variantes del mismo eterno tema literario (“Mi dimensión es la grandeza”, lo dijo Yáñez) y se puede ser grande y culto *traduit du francais*, obseso por cósmicos sentimientos, seguidor de terrenales ritmos, poseído por erotismos sísmicos, floreciente de sutiles alusiones que sólo los amigos entenderán y publicarán en cerradas hermenéuticas, orador de verbo oscuro y brillante al mismo misterioso tiempo, heredero de Horacio y Góngora y Lautréamont, artífice del idioma, colmado árbol de signos y depósito infinito de metáforas.

O, segunda alternativa, se puede optar por la bélica melena combativa, por la crónica y gástrica indignación profesional, por el bombo y el grito, por la cuidadosa-

* *Poemas de viaje*, presentación del disco *Voz Viva de México*, UNAM, México, 2003.

mente calculada brusquedad, por la policial tortura del idioma, por el placer de ser hirsuto fauno de un sexo que desconoce la decadencia del jabón, por ser Testigo de la Historia, liberador de Iberoamérica a lanzadas de verso libre, esgrimidor temible de firmas en manifiestos multitudinarios, opositor del régimen, poeta de la política en un país donde todo, totalmente todo, es política, pero donde la política no sirve para nada y es perfecto ejercicio de frustración, aunque para algunos la política sea continuación de la poesía, es decir, eclosión del ego, íntima dulzura del poder y... alimentos terrestres. En este país se puede intentar ser el Gran Poeta Sabio, el Gran Poeta Indignado y nada más.

Y Hugo Gutiérrez Vega, ante tal opción, ante tan telúrica encrucijada, ha preferido quedarse con la nada, es decir, con el tono menor y con la suprema herejía mexicana del humor. Ha preferido como poeta la no existencia, el margen, el destino de exiliado aristocrático e irónico como aquel personaje de Bulgakov que domaba cucarachas en Constantinopla. HGV así se acepta y así se nos presenta:

Para que se enteren de lo fácil que es
manipularme, obligarme a decir
y a hacer cosas,
que en el fondo
no quiero
ni decir
ni hacer,
les diré:
mi signo es Acuario,
he profesado
por lo menos
cuatro ideologías y dos religiones,

he tenido nueve trabajos diferentes
y no acostumbro
hacer huesos viejos
en ninguna parte.

Desusado poeta que en México, *of all places*, nos confiesa haber tenido cuatro ideologías, todas, presumiblemente, equivocadas. Pero HGV va más allá y al definirse como poeta, como Poeta, nos dice:

Porque soy un señor domesticado
que escribe versos...

Quizás la humildad de HGV frente al oficio esconda una pequeña desconfianza mordaz frente a esos poetas que pueblan nuestro desolado Ateneo:

Los poetas dijeron versos
y agitaron sus plumas en el gran salón.
Al día siguiente varias sirvientas
lucieron plumas de pavo real
en sus sombreros viejos.
Ellas opinan que los recitales son útiles
a la República.

Esos poetas que se atacan con puñales de utilería, y que tan perceptivos son a todo, menos a lo obvio. Esos poetas, flor y canto de nuestro subdesarrollo, con el ego en carne viva, con la mente rumiando siempre y transformando lecturas para por fin dar a luz a otro prodigioso roedor.

¡Qué aburrimiento!
Los poetas

asestarán al pueblo sus lamentos,
 su fingida protesta,
 sus metáforas tersas,
 las catorce gacelas del soneto,
 tres palomas azules
 iguales a otras tres
 que fueron en el tiempo.

Qué lejos estamos aquí del arquetípico poeta, del Bardo de nuestro modernismo, del vidente, del oráculo, de esa alma privilegiada fuente del sentimentalismo colectivo. Del poeta cuyos efluvios sublimes se transforman, acompañados al requinto, en la lírica de la cantina y de la serenata. (Ver “Amor perdido”, obituario de tantos Méxicos).

Y sin embargo, la ironía de HGV no se dirige contra todos los poetas, quizá tan sólo contra aquellos cuyas palabras son sólo palabras.

A los verdaderos, al viejo Apollinaire, a Pavese, HGV escribe palabras devotas pero jamás retóricas. Una tristeza íntima anima “Nota roja”, el poema que despide a Pavese, y una gran medida el “Homenaje” al poeta soldado (“Estás ahí / solo ante la guerra / rompiendo tu retrato...”), medida tan opuesta a los arrebatos que, en nuestra poesía, sacuden a las filiaciones poéticas.

Incluso frente a una ocasión abiertamente trágica como lo fue la muerte de un joven poeta amigo, HGV no abandona su muy personal mezcla de humor y reticencia:

“No exagero, poeta. No hago tu elogio fúnebre. (La oratoria te daba desconfianza, bien lo sé). Digo todo esto dando una cabriola de cine mudo, saludándote con mi vieja corbata.”

El mismo respeto le inspira la poesía cuya definición busca:

La poesía entonces
tiene que contar algo,
describir los reflejos
de la luz del gran canto
en los espejos interiores.

Y como todo poeta cree que “El corazón del mundo es de palabras”. HGV delata su poesía en una literatura, no es un poeta espontáneo de inspiraciones congénitas, sino un viejo y empecinado lector de muchos libros, aunque pocos sean los decisivos: Eliot, Montale, Pavese, Catulo y los más transparentes poetas del 27. Y quizá los árabes andaluces, maestros de un sensualismo total que incluye el sensualismo supremo de las cosas simples. Pero sus aficiones literarias no le impiden burlarse de ciertas debilidades y excesos de la literatura. Dos breves poemas transparentan esta burla:

De algunas traducciones al español se desprende que los poetas mayas pasaron gran parte de su vida lloriqueando.

A treinta poetas sajones
y a tres poetas árabes
que nunca existieron
sus traducciones son particularmente fieles.
Se espera que muy pronto
otro estudioso del tema le proponga
algunas rectificaciones.

Poeta en guerra civil con la poesía, atraído y repelido por ella, este “señor domesticado que escribe versos” tiene

sobre sí la maldición adicional de los intereses múltiples. Porque HGV también es actor perpetuo, diplomático en nuestro desolado Servicio Exterior, abogado de causas perdidas, entre otras, la Cultura Universitaria, periodista algunas veces, conversador siempre, y en sus juventudes ya lejanas culpable de lamentables excesos y equivocaciones como la Oratoria, la Oposición y, de nuevo, la Cultura Universitaria encarnada entonces en una rectoría que-retana que terminó a palos, como buena farsa española.

Olvido una afición adicional de este poeta ya tan disperso: la de viajar (como Marco Polo, en viajes reales ornamentados con ciertas imaginaciones). Todo parecería conocer HGV minuciosamente, incluyendo ciertos países de la más lejana Europa, poblados por magníficos condes vampiros ya domados por el socialismo, así como una Samarcanda asiática y andaluza que le inspira una serie de novísimas jarchas.

Pero dos países, quizá tres, le demandan lealtades supremas. Uno de ellos, inevitablemente, es Italia: la de Montale, la de Pavese, pero también la de D'Annunzio y de esa oratoria poética rica como cremosa repostería, sostenida por voces, que como la de HGV han escapado de la ópera.

II

Questo viaggio chiamavano amore.

Dino Campana

Italia se le da, envidiablemente, en una estancia prolongada y febril. Representa a México como agregado cultural y con ese pretexto puede leer a sus anchas el gran texto italiano. Esa literatura que fue, hasta hace unos años, tan

distante a nosotros que sólo podíamos acercarnos a ella a través de malas traducciones argentinas o de buenas traducciones cinematográficas, le da a HGV una sorpresa permanente.

Allí encontrará múltiples identidades: el intimismo bajo las barrocas superficies, la difícil sencillez, el sensualismo solar, la supervivencia obsesionante de la historia, la inevitable mezcla de las artes, el sentido teatral de la existencia.

Sin poder evitarlo, HGV se convierte en adicto de esos poetas que a menudo traduce quizá con libertades perdonables por sus entusiasmos: Montale, Quasimodo, Pasolini, Ungaretti.

Esos poetas que le van explicando historia, paisaje, gentes, caminos, iluminaciones. En ellos descubre la esencia solar de la vieja cultura que Montale plasma en un terso símbolo: *il girasole impazzito di luce*.

Y HGV nos va dejando sus notas del viaje italiano, de ese “gran tour” que según los patricios británicos era indispensable corona de toda buena educación.

La tarde en el Ponte Vecchio,
ese canto de Pound
en las orillas del crepúsculo,
la melodía de Puccini
en el piano de la casa ruinosas.

Ese íntimo *travelogue* donde se mezclan palabras, imágenes, doncellas de Lippi, las arquitecturas convulsas del Barroco, los *putti* de mármol corroído por los ácidos, los pinares cercados por los horrores del *week end*, el mar manchado por las exudaciones del continente, la organizada estulticia del turismo, la inconsciencia de esa Ita-

lia que se divierte con el suicidio, la autopista como una herida, los campanarios y las chimeneas, las mujeres que ya en otra vida han posado para el Veronese, la cocina con riqueza de bodegón, los recuerdos embarazosamente cercanos del fascismo y de la Abisinia negra y lúbrica... esa Italia que exalta como la carnalidad y como la poesía:

Todos los sentidos despiertos
viejo fauno voraz,
toda la vida al alcance de los ojos.

De esos ojos que en Italia es pecado mortal tener cerrados:

Lo que importa
son las iluminaciones,
el movimiento de la sangre
en el tumulto de las venas,
y los ojos abiertos.

En Roma, HGV encuentra en Rafael Alberti un “maestro de palabras” y un compañero de nostalgias y andanzas. Alberti prologará con un poema el primer libro de HGV: *Buscado amor*, que publica Losada, y que está dedicado a un entrañable amigo, Nacho Arriola, última invención de Valle Inclán.

Pero Italia sólo será un acto hermoso y breve en el aprendizaje poético de HGV. Después vendrá Inglaterra como una lluvia que, tenazmente, asesina al verano. Una Inglaterra triste y magnífica como un hotel de pretérito lujo poblado por los fantasmas de Huxley y de Forster y de un Eliot demasiado frecuente. Con esa Inglaterra, HGV es a veces poco comedido:

Turbas de italianos, turcos, griegos y franceses,
 entran a saco en las tiendas de Oxford Street.
 Eduardo VII los atiende con una sonrisa resignada.
 Ay vieja isla convertida en tienda.

Los mongoles han consumado su conquista.
 Estás ahí vendiendo corbatas
 y ofreciendo los cuerpos desolados
 de tus strip-teasers.

Pero gradualmente, como una dama casta y silenciosa, Inglaterra seduce al viajero. Después de todo aún tiene mucho que ofrecerle en su alacena de memorias; como aquel perfecto romanticismo victoriano. Como Italia le dio el sol y el arrebató, la isla le hace el regalo maravilloso de sus fantasmas. Un largo poema llamado “Una temporada en el viejo hotel”, dedicado a “Stan Hardy, viajante de comercio, vendedor de corbatas, sombra sonriente y destructor de pianos” es una visita a un íntimo museo de cera donde los muertos sólo tienen la consolación absoluta de la nostalgia; este hotel que “navega en las aguas del río” hospeda imponentes espectros literarios encabezados por la pasión de Auden y la irreverencia de Noel Coward que acompañan a viejos veteranos coroneles del “Raj” y damas que ostentan improbables modas mientras escuchan, en el aire muerto, melodías y Youmans.

En éste, como en otros poemas de la estancia inglesa, la nostalgia y la sorda melancolía son los sentimientos dominantes, que no excluyen la ironía ni la irreverencia.

Poemas que, sin embargo, me parecen extrañamente frustrados. Sentidos que ese espléndido tema de la decadencia británica y de su nostalgia trufada por el humor se desperdicia en palabras perdidas en la estación de trenes de

las múltiples vías poéticas. HGV le debe aún a Inglaterra su poema.

Y pienso que lo hará inevitablemente porque sus afinidades británicas son profundas. A HGV le seduce ese universo perdido de los treintas melancólicos y patricios donde, en vísperas del final del mundo, florecen bellamente la frivolidad, la tristeza y la autodestrucción. Es el mundo de F. Scott Fitzgerald, de la voz inmemorial de la Dietrick, del ingenio demasiado lúcido del ciego Aldous, de las pirotecnias mentales de Russell y de Chesterton, de la neblina iluminada que conduce al faro woolfiano, del sarcasmo de Waugh, de la amargura católica de Greene. Es el Savoy y son los trajes perfectos de Seville Row y son las plazas del Londres elegante deliciosas en su blancura desdeñosa, y es la pareja que danza, que gira en el negro-blanco del *smoking* y del vestido aéreo, sabiendo que todo morirá mañana. Es el *gentleman* que va a su ejecución con sombrero de copa.

*I get no kick from champagne.
Mere alcohol doesn't thrill me at all,
So tell me why should it be true
That I get a kick out of you.*

III

Cuando la tosca llave enmohecida
tuerza la chirriante cerradura...

López Velarde

España, años después, le dará el boleto de retorno a una intimidad y a una sencillez donde el poeta se puede curar de literatura y cosmopolitismos. En *Cantos de Plasencia*, HGV alcanza de nuevo la tersura y la contenida emoción

de los primeros poemas. Muy lejos de las plazas barrocas y de Roma y de los náufragos hoteles londinenses, se encuentra el campo de España que lleva al poeta a una reminiscencia de sus propios paisajes esenciales.

Ser de un país, tener memoria propia,
una infancia en el campo y en el alma,
los olores del heno y de la lluvia.
Ser de una tierra, conocer su viento,
saber la hora en que se levantan las estrellas.

En su nostalgia e invención de España, HGV regresa a una literatura familiar como el habla propia, como el propio temperamento. Es España y es México y las gentes cercanas, la abuela y los amigos. El diplomático se queda en mangas de blanca camisa para compartir el pan y la sal de las memorias comunes.

Yo te soñé, Ciudad,
formé tus calles,
disipé tus ruinas,
levanté catedrales en el viento
y coloqué tus piedras inmortales.

De esa ciudad extremeña que tanto se parece a la ciudad de la abuela y de la infancia del poeta, aquel Lagos de González León, vespéral y monástico.

El aire de Plasencia, seco, austero,
nos impidió escuchar las voces quedas
de tu piedra dorada.
Pero yo percibí entre la tormenta
una voz que decía todo el secreto
de la ciudad callada.

Es en esta ciudad de piedra y de silencio donde el poeta quisiera encontrar el reposo elusivo: “Yo sueño que mi vida retirada / apacienta las tardes en tu orilla”.

Poemas donde la lengua es solamente el castellano y no la traducción inglesa o italiana; una lengua cotidiana y transparente que sirve para expresar las cosas menores y el amor, que en HGV es claro y contenido como la amistad. A esta sencillez pertenecen poemas jóvenes y tardíos en un tema constante.

Tendidos en la hierba
esperamos el momento
de la siega.
No hay más realidad
que esta pálida espera.

Sencillez que condensa en poética concisión:

El aire es la materia
que suple tus ausencias.
¿Qué hacer, Señor,
con esta media alma?

Porque HGV, tan proclive a las elocuencias fluviales y abundantes erudiciones, es también un poeta de lo inmensamente breve:

Hoy me despierto y la desolación
pequeña como flor,
ya en la almohada.

El amor de HGV está siempre atemperado por la nostalgia y por la amistad. Contra la adicción tan nuestra

por las grandes pasiones, por los erotismos desbocados, el amor aquí participa del tono menor, de la mesura y del constante sentimiento del tiempo:

No olvides que hay memorias
 más fuertes que un orgasmo.
 Tendidos en la cama
 viajamos en sentido contrario
 y vivimos en el tiempo más verdadero.
 Y si nos empeñamos en el ejercicio,
 lograremos que el pasado y el futuro
 vivan, mueran y revivan
 en un instante del presente.

Un poema a la abuela, sin embargo, traduce su emoción mayor siempre a través de la simplicidad y la ternura:

Un polvo limpiísimo, casi más fino que el aire de esta mañana,
 se levantó cuando abrimos la tumba de la Abuela,
 la caja se deshizo, y el cráneo que tenía aún su blanca trenza
 cayó con tanta gracia, que la tierra se negó a entrar en él.
 ¡Quién lo dijera!; tú que tanto temías morirte sola
 has pasado diez años en la tumba hablando con tus ángeles,
 percibiendo las voces de tantas insolentes primaveras.

A la abuela, a los amigos, a la mujer que se parece demasiado a una esposa irónica y dulce, HGV dedica sus mensajes emotivos, pero jamás olvida la sonrisa y la burla que exorcisa pasiones y solemnidades. Después de todo son Laurel y Hardy sus santos personales. En un poema que dedica a Ernesto Flores (cruza esencial de Oliver Hardy y de González León), HGV nos deja un autorretrato psicológico, un testamento:

A mi invitación al juego
contestas con una declaración escrita.
A mis saltos chaplinianos
respondes con tu cara de discurso.
A mi tristeza de Buster Keaton
opones tu deseo de subir.
Te saco la lengua amigablemente.

Yo seguiré representando mi farsa.
Quédate con la tribuna aquilina
y que una trompeta ronca
te despida del planeta.
Desde la fosa común te saludaré con mi corbata.
Hasta tu mausoleo llegarán mis proyectiles:
pasteles de crema,
helados de frambuesa

El poeta nos deja su burla tierna y acrobática y, *com-
media finita*, una banda de músicos fellinescos va dejando
en el aire sus estruendos y melancolías.

Celebración (I) seguida de posdata (II)*

Fernando Curiel

I

México, D.F., a 13 de agosto de 2015

Marco Antonio Campos

Presente

Caro amigo:

Te agradezco la oportunidad de ocuparme (así sean unas cuantas líneas) de una figura de los talentos, el histrionismo, la apostura, la versatilidad, el encanto, la disposición memorial, las mudanzas, el mimetismo, la erudición de lo grave y lo menudo, el contentillo, la charla, la habilidad con ollas y sartenes, las contradicciones, la facundia, el fraseo (¡uf!); en suma, la inteligencia y la sensibilidad a flor de piel de Hugo Gutiérrez Vega. Amigo de lustros y lustros y mi jefe en Difusión Cultural en temporada tormentosa. Amén de un rasgo que ganó mi instantánea simpatía. Me —nos— identificó.

Cosmopolita y todo; del gran mundo diplomático (vía “Chanel”, no vía “Baygon verde”); políglota y toda la cosa; personaje de cancillerías y de recepciones copetudas; Hugo conserva y exalta, elogia y mitifica el terruño, el lar de origen. La patria chica que luego complementarán, sazonarán, Roma, Moscú, París, Nueva York, Buenos

* Inédito.

Aires, Edimburgo. Desde sus años mozos, ya no digamos ahora, es el Notable del Pueblo que en la tertulia (de preferencia en los Portales o en un café con ventanas que miran a la Plaza Pública, escenario), preside la memoria, comunal, parroquial; sus episodios identitarios y personajes característicos —la quedada a vestir santos, el Fifi, el loco, el vate, la chismosa, el cacique, la trotatemplos—; su habla inconfundible; sus vivos y sus muertos, sus aparecidos y almas en pena. Comedia Humana de bolsillo. ¿No escribió André Malraux, quien anduvo por mexicalpan en la comitiva poderosa pero pequeña (no que aquí) de Charles de Gaulle y se entrevistó con Torres Bodet, sobre “La condición humana”? Pues hablemos de la condición pueblerina; la que, por ejemplo, descubrí en Luis Donaldo Colosio en comida convocada por José Narro, viejo amigo, en su casa de San Miguel Chapultepec. Pan y sal, y planes culturales, compartidos con el político por Mari Carmen Serra, Lichita García Barragán, Rodolfo Rivera y el dicente; tatuados en el alma del invitado de honor camino al sacrificio de Estado —nadie sabe, todos saben—, su natal Magdalena, Sonora, y los años de joven locutor provinciano. “¡Figúrate!” —oigo exclamar a Hugo.

¿Cómo y cuándo conocí a Gutiérrez Vega, alto privilegio? Informe puntual: en las estribaciones de los setenta, en Londres, en la Embajada patria, él Consejero Cultural de lujo. Con sendas cartas de presentación (se estilaba, se estilaba) signadas, si la memoria no me falla, por José Emilio Pacheco y Tito Monterroso. Mis editores, respectivamente, en la Biblioteca del Estudiante Universitario (*Páginas escogidas* de Lorenzo de Zavala) y en *Poemas y ensayos* (“Introducción” a *La casa verde*, perdón, a *La vorágine*, de José Eustasio Rivera); colecciones pumas beneméritas. Yo huía de la cooptación generacional efebocrática

desplegada por Luis I El Desquiciado; me daba una tregua antes de abandonar la Suprema Corte de Justicia e internarme en el laberinto universitario. Flechazo. Flechazo ahondado, a poco, al conocer a Lucinda y a las niñas salidas de las páginas y fotografías de Lewis Carroll (ese pre Navokov).

Entre las postales sentimentales de aquel año dichoso: mis visitas constantes al consejero cultural Gutiérrez Vega; el mapa de restaurantes con menú hindú en los alrededores de la Embajada; la *tourné* internacional de su queretano grupo teatral Cómicos de la Legua; las comidas sibaritas en su departamento de ¿Paddington? ¿Wembley?; las charlas sápidas con dispensa papal de la merecida difamación que asestábamos a algunos colegas; los “gags” de Stanley y Laurel. La presencia virtual de Sergio Pitol. Y, entre otros lugares de la memoria, la casa de los Durán generosamente compartida en Chelsea, a dos cuadras del Támesis; la frecuentación de Jean Franco (¿me la mal dispuso luego Monsi?); los brincos al Canal de la Mancha (que cuando se anegaba de niebla hacía exclamar a los ingleses: “¡Europa estaba bloqueada!”) del parisiense Fito Peralta; las borracheras de celuloide en el London Film Festival; la impresionante Lupe Marín, invitada de los Salvat (en agua de borrajas quedó una reposada entrevista, de vuelta ambos, en su departamento de Reforma); la planeación con el entrañable Luis Guillermo Piazza (de paso por L’Ondon) de Vida en Londres. Mi primer best-seller.

Una impresión que perdurará: la sorda pero crónica queja de Hugo, más que por la distancia de México (y, dentro de México, Lagos de Moreno, Querétaro), por el menosprecio de los pares. Condescendientes. Díscolos. Perdonavidas. Merecidamente, en los últimos años, se han prodigado los homenajes y los premios y las Sillas

Académicas. Siempre pensé, MAC, que en un medio lírico forzado por la Modernidad pos Modernista, la Poesía Pura, el Surrealismo autoritario, el Vanguardismo descafeinado, la lealtad fervorosa de Gutiérrez Vega —fervorosa mas novedosa, original— a López Velarde y a González de León, principalmente, se decretaba anticuada, impresentable, fuera de foco, “demodé”...

Pero te dije, cuando tuviste a bien invitarme a este ágape, que me gustaría referir dos momentos definitivos de mi amistad huguiana. Mi iniciación a Grecia, gracia que le debo; y escenas en el Décimo Piso de la Torre de Rectoría, a la sazón poderoso, influyente, simbólico espacio de la Dirección General de Difusión Cultural. Tú también lo habitaste, qué te cuento. Va, pues.

En el rodar, radar (¿radar? ¡háganmela buena!), de nuestra Cancillería, la flecha apuntó, para los Gutiérrez Vega, al Consulado General en Brasil. Creo que verían de Washington. Lucinda convoca a un café —marcharían pero para pronto—, en la vieja librería Gandhi (a la que sigo acudiendo en recuerdo del gran Achar, prócer de la democratización del libro entre las huestes pos68; aunque no compartía mi sentencia compensatoria: “Ya que no tomamos Palacio Nacional, tomamos los tres tomos de *El Capital* con todo y moño rojo”). Suelo llegar con antelación a mis citas. Observas, escuchas, descubres. Los ventanales me proyectaron un Gutiérrez Vega ya caracterizado de “Our man in Rio”. Traje de lino blanco, sombrero Panamá (¿había un Fedora para las noches?). Planes a porrillo. Pero veía difícil, en mi caso, viajar a su nuevo destino (ya me comería mis palabras ante el deslumbramiento que no cesa, de Río de Enero, lustros después).

Pero, también, abrupto radar, rodar, de la Cancillería. De la noche a la mañana, el NO del gobierno griego

al Embajador designado (Hugo me comentará el motivo extra diplomático del rechazo), decide que la pareja, veterana de tantos destinos diplomáticos, debiera aproar a la tierra de Platón. Hugo Embajador emergente. Por supuesto que yo iría a Grecia, los visitaría, las habas se me quemaban. *Motu proprio* y en representación de mis estudiados ateneístas (Reyes y pandilla), helenos del DF que jamás pisaron ni el Partenón ni las playas del Pireo; o los atenienses barrios de Plaka y Monasteraki. Ni ascendieron al escarpado oráculo de Delfos (nada auguró de mi pasado). Ni imaginaron contemplar, en Sounion, a unas brazas de su templo, a Poseidón, posando —emerge, se sumerge— para las cámaras de los turistas (a mí me tocaron, sobre todo, norteamericanos). Menos aún navegaron entre las islas garapiñadas de blancura. Y a Grecia fui, repetidamente. Vía una Barcelona todavía catalana y española. Otra ocasión, al modo de mis “Postales griegas” (véase Navaja), blandiré una pluma morosa sobre aquellos viajes. Y no, como ahora, porque corre prisa, esta Harley-Davidson color verde hecha la mocha.

Te digo que bajo la guía de Gutiérrez Vega, Grecia me transfiguró (“Helena, llena eres de Grecia”). En las notas sentimentales de aquel entonces perduran: un embajador vespertino enfundado en pijamas de seda, leyendo y escribiendo; una embajadora tejiendo (innecesarias las artimañas de Penélope); los gatos; mis giras en turibuses puntuales, babélicos; las parejas enamoradas camino a Santorini; las navegaciones mediterráneas; Venus en persona en la cola de un banco, cerca de la horrible plaza Onfalos (¡cuándo me iba a imaginar los tumultos de los últimos meses!); el fracaso de Hugo para ganarme a la causa José Carlos Becerra, muerto a la vista de Brindisi (me lo había encontrado en el taller de Arreola, ni fu ni

fa); la receta de la albahaca en aceite de oliva, refrigerada, fraguando el aromático pesto; los gatos; los “shoppings” con Lucinda —compañera maravillosa— y sus marchantes; el chofer de la Embajada, por derecho propio en la lista de los inolvidables faetones que me deparó el azar burocrático; la luz de Atenas, hermana de la Ciudad de México, luminosidad ática. Y, curso de posgrado, el viaje inolvidable con Hugo y Leticia por el Peloponeso sin turistas: los comedores bucólicos y su pan y su vino y sus pámpanos de uvas al alcance de las manos; las hermosas iglesias ortodoxas, recoletas, casi íntimas (no sabía que las velas que yo encendía eran por mí), la fea Esparta pero el Monte Taigeto; Monenvasía, Isla o Continente (según la hora, la marea).

¿Difusión Cultural? Va. Hugo director, yo sub. A la vista la explanada de CU, sus espectaculares crepúsculos, inventamos, acierto/desacierto, un número de *Revista de la Universidad* con el tema “Literatura y pornografía” (ponzoña pura el comentario de Batis). Inventamos, también, acierto/acierto, no sin dejar de tener presente la experiencia de *Deslinde* que dirigí un tiempo, la colección Material de Lectura. ¡Ah!, y me encomendó la coordinación, en horas aciagas, de la que devino primera programación matutina del Canal 11: Revista Cultural. Después me fui (regresé) a Radio Universidad, ya escindida de la Dirección General de Difusión Cultural.

Los tiempos nacionales se emponzoñaron. Salinas, furioso con su dedo por haber señalado en dirección de Colosio. Los asesinatos políticos. La guerrilla posmoderna de Chiapas (Fuentes y su previsible chascarrillo: influencia de Karl, pero no Marx sino Monsiváis). Los devaneos de Manuel Camacho. La clase política delincuencia organizada. La polarización. Hugo se jubila y resurge al frente

de *La Jornada Semanal*. La tersa comunicación se deslíe. Posiciones opuestas. Agua y aceite. Gracias a ti, MAC, ocasional reencuentro que no llegó a más.

Pero tengo a Hugo, a Lucinda, a las hijas, en mi sobrio corazón.

II

Cuernavaca, Mor., a 27 de septiembre 2015

Querido MAC:

El viernes 25 de septiembre, muy de mañana, viajé a Taxco. Por la prensa y la radio locales —ya estaba harto de la prensa y la radio nacionales— me apliqué a las informaciones sobre la noche nazi de Iguala, a media hora de distancia de mi pueblo. 26/VIII/14. Ahora sí que “verdad histórica” —crimen de Estado, vergüenza nacional—, que se ha conseguido enmarañar con pistas falsas, evidencias cojas, rumores, tropel de comisiones (locales, federales, internacionales, diputadiles, “oenegeras”). Y resulta que aquí, en Guerrero, todo se sabía (sabe). Los ardides para la defección priista de Ángel Aguirre y su elevación perredista a la gubernatura (para cumplir la única política pública que desvela a Chilpancingo: la plena ocupación hotelera de Acapulco). La prosperidad y blindaje de los sembradíos de marihuana y amapola y de los laboratorios de drogas sintéticas. Quién era Abarca, quién su mujer. Su enriquecimiento por la protección del cartel Guerreros Unidos en Guerra a muerte con Los Rojos. La grafitada Ayotzinapa del Palacio Municipal. La planeada sucesión conyugal. Y la zona oscura de la noche y madrugada con los 43 en manos de los narcos, encapsulados primero, entregados después, por los “polis”.

El domingo, de regreso, paro en Cuernavaca para desayunar con mis dilectas Liliana Mercenario y Priscila Pomeroy. Para variar, llegó antes. Curioso de las reacciones, fuera de Guerrero Mártir, sobre el primer aniversario Iguala-Cocula, para obviar, adquiero *La Jornada*. No sin sorpresa —aunque sabía de su delicada salud—, y desasosiego, me impongo del fallecimiento de nuestro amigo insustituible, ocurrido dos días atrás. Vertedero de recuerdos. Leo su último, ¿o penúltimo? *Bazar de asombros*, en la línea infrecuente de los *Inventarios* de Pacheco. De regreso al búnker de Copilco, doy con algunas cartas suyas. Una, fechada en San Juan, Puerto Rico, expresa su preocupación por el estado de cosas de su país; augura su empeoramiento; pero anticipa la esperanza del viaje a su primer nieto. Voy a la misa nocturna en el CUC, que sigo, ensimismado, junto a Cristina Barros. Empiezo a buscar a Lucinda.

Notas sobre la crisis del estatuto del poeta*

Evodio Escalante

El problema de la “tonalidad” aquejó durante mucho tiempo a los poetas mexicanos modernos, acaso desde que, a principios del siglo xx, el dominicano Pedro Henríquez Ureña dictaminó que, dado el toque crepuscular que en ella dominaba, la poesía mexicana tendría que definirse como una “poesía de tonos suaves, de emociones discretas.” El suyo sería, en todo momento, un modesto tono menor al que le vendrían bien el color gris y las atmósferas melancólicas. Aunque es cierto que la preponderancia, primero de Pellicer, “el poeta del sol”, y luego de Paz en la cultura mexicana de los últimos cincuenta años parecería haber vuelto obsoleta la idea de Henríquez Ureña, de tarde en tarde el asunto del “tono menor” dizque característico de nuestros bardos parece regresar por sus fueros. Un poema de Hugo Gutiérrez Vega en el que éste “contesta” una observación de su amigo el editor y también poeta Alí Chumacero, que lo instaba a incorporar en sus versos un “tono mayor”, podría servir de ejemplo para ilustrar este intermitente retorno. Escribiendo desde la “sombra sarcástica”, y rodeado como lo está de seres “coludos, cornudos y variopintos”, a pesar de que intenta aclararse la garganta, Gutiérrez Vega confiesa que no alcanza a lograrlo: “Lo intento y se me cae, / me gana la risa / y la auto-compasión lo gana todo, / pues es una oronda señora / de

* *La Jornada Semanal*, núm. 1074, 4 de octubre de 2015.

narices violáceas / y enorme culo morado.” Este escarnio del pretendido tono mayor impone, tal como se ve, un exabrupto, una “salida de tono” que me parece más que sintomática. En efecto, ¿cómo sabe el poeta que la señora gorda del tono mayor tiene un enorme culo morado, que acaso no es sólo poco atractivo, sino repugnante? ¿O es que la susodicha se pasea “en cueros” delante del poeta y deja que éste la inspeccione? El exabrupto me interesa porque saca a la luz un rasgo de veracidad que estriba en lo siguiente: no hay “compasión” ante el objeto externo, en este caso un objeto denigrado; lo que hay es autocompasión, lo que quiere decir que también el poeta mismo se encuentra inmerso en el ridículo.

¿El poeta, el dueño de las palabras, en ridículo? Sí, y me parece que ésta es una señal que tiene que ver con un asunto más general, lo que yo llamaría la crisis del estatuto general del poeta. El poeta no se siente bien en su piel, le parece que debería guardar silencio, o que usurpa un lugar que no le pertenece. La crisis a la que aludo, tal y como se manifiesta en la poesía de Hugo Gutiérrez Vega, no tiene nada que ver con la famosa muerte del autor que promovieron los estructuralistas franceses (Barthes, Foucault), ni mucho menos con el eclipse de la imagen del poeta tal y como llegó a plantearla Octavio Paz en *Los signos en rotación*: “La figura del poeta corre la misma suerte que la imagen del mundo: es una noción que paulatinamente se evapora.” Con ello quiero decir que el asunto no está vinculado a posiciones teóricas derivadas de modas literarias.

Se trata de otra cosa, ubicable en el temperamento del poeta y en su consecuente actitud ante el mundo y ante la poesía como arma otorgadora de identidad. Hay indicios de esta peculiar problemática en muchos de los textos de nuestro autor. El primero que me viene a la mente es “Geor-

getown blues”. Este poema algo refiere de lo anterior cuando nos deja leer: “Sólo se puede hablar como lo hacía Wallace Stevens: / hablando como el que no quiere hablar / y sabe que el silencio y la oscuridad valen a veces mucho más / que todas las palabras y las luces de los hombres.”

Primer movimiento, expansivo: alabanza de un poeta admirable a quien haríamos bien en imitar. Segundo movimiento, de retracción: siempre que lo hagamos como él lo hace, o sea, hablando como el que no quiere hablar. Stevens escribe poesía, es cierto, pero lo hace como si no quisiera escribirla, como si hubiera preferido callar. Este presupuesto negativo vulnera la soberanía del poeta: su voluntad creativa queda condicionada por una cláusula no escrita, pero no por ello menos efectiva. El escritor debe partir de un reconocimiento que contextualiza su palabra y la pone, por decirlo así en segundo lugar, en una situación no prioritaria. Más valor que la palabra misma lo tienen el silencio y la oscuridad. Reconocer que el silencio y la oscuridad valen a veces mucho más que todas las palabras dichas y por decir, introduce un elemento que puede resultar escalofriante en tanto que vulnera en su médula misma el mito del poeta creador.

Hugo Gutiérrez Vega no se la cree, y sin embargo, escribe. Pero lo hace no desde la mitografía de los llamados “espiráculos del dios”, como diría Alfonso Reyes, que reciben la inspiración de las regiones superiores, sino desde un lugar pagano y terrestre carcomido por la reserva crítica. Esta reserva, en un descuido, puede llegar al escarnio. Lo vemos en un texto como “Las ineptitudes de la inepta cultura”, que despliega un abanico de situaciones en la que el supuesto poeta es el protagonista. Sea el poeta chino Li Po, que se deja arrastrar por la corriente y naturalmente fallece; sea Píndaro, que aquí emerge como un experto al que

sobornan los poderosos. Sabe, de tal suerte, que es posible escribir “poesía por encargo” sobre todo si “el patrocinador no se da cuenta de la burla”. Sea el poeta en diálogo público con ese antípoda suyo que es el crítico. Al final, el crítico recoge su tiara y se retira satisfecho y hasta contoneándose, acaso porque sabe que ha ganado la pelea. El poeta, en cambio, tuvo que permanecer sobre el escenario: “y procedió a comerse sus poemas / con una lentitud que denotaba revanchismo, / y lo que es más grave, delectación.” La escena, me parece, es de un escarnio pocas veces visto en la poesía mexicana. El poeta no sólo se come sus palabras, sino que lo hace lentamente y como disfrutándolo, supongo que como un colmo de su proverbial narcisismo.

Por si lo anterior dejara alguna duda acerca de la burla como método literario, el fragmento final del poema que lleva por título “Recitales” confirma la situación ridícula del poeta que pretende triunfar en sociedad. No quisiera transcribir el texto de Hugo Gutiérrez Vega sin antes mencionar la irónica dedicatoria que dice así: A la poeta Ladislalia de Montemar. ¿Es que tal persona existe? Por supuesto que no. La dislalia es la afección o dolencia de esos poetas manirroto que no alcanzan a pronunciar bien las palabras que utilizan, incurriendo en incorrecciones al por mayor. Dislálidos, poco falta para decir disléxicos. Esos casos clínicos no pertenecen propiamente al campo de la poesía, sino al de los simuladores. Por eso, observa Gutiérrez Vega:

Los poetas dijeron versos
y agitaron sus plumas en el gran salón.

Al día siguiente varias sirvientas
lucieron plumas de pavo real

en sus sombreros viejos.

Ellas opinan que los recitales son útiles
para la república.

El tono epigramático lo dice todo. Por supuesto que los recitales de poesía tienen una utilidad que podría llegar a ser estratégica, pues proporcionan plumas de fin calidad que sirven para adornar los sombreros de las asistentes. Sean sirvientas, sean señoras, lo mismo da. En ambos casos pertenecerían a la casta de la ralea.

La figura del poeta no desaparece, como escribía Paz, y tampoco se disuelve en el aire como otro componente de la modernidad, como quizás sugeriría Marshall Berman, pero sí se convierte en un objeto risible que es posible poner a distancia. Esta enunciación en la prestigiosa primera persona no me deja mentir: “Porque soy un señor domesticado / que escribe versos / y gesticula en los parques, / digo que nada pido.” Así inicia la tercera y última sección del poema “Suite doméstica”. Este autorretrato en negativo no solicita nada, es acaso tan poca cosa que le basta con sobrevivir sin pedirle nada a nadie. Se trata de un personaje casero, domesticado, quiere decir, un ser inofensivo, de buenas maneras y que no le ladra a las visitas. Escribe versos, asunto inocuo, ¡vaya *hobbie* con el que se entretiene! El siguiente rasgo redondea la imagen: y gesticula en los parques. Sí, eso es, para que lo vean y acaso para que se apiaden de él.

En uno de sus textos más impresionantes y descarnados, “Por favor, su currículum”, Gutiérrez Vega de plano se asume como un expulsado de la fiesta comunitaria: “No pertenezco a nada [...], mi vida es un recuento de expulsiones.” El despojamiento, la desnudez impúdica, aunque igualmente se podría decir, la degradación en verso, pro-

sigue: “ya no tomo café, / fumo tabaco, / hablo menos que antes, / me desvelo / y escribo confesiones.” La cuerda denotativa de esta confesión en voz baja produce un efecto de verdad que puede poner los pelos de punta: “la primera persona me preocupa, / pero sé que no es mía.” ¡Tremendo!

El estatuto del poeta lírico, justamente el poeta que siempre habla en primera persona, sufre un embate frontal y para el que no existe escapatoria. En efecto, el poeta habla, o mejor dicho, escribe en primera persona. Es la enunciación que se dispara desde el “yo” la que le confiere verosimilitud y eficacia a lo escrito, pues el “yo” del poeta es muy fácil que resuene con el “yo” del lector que en cada caso deletrea el poema y lo hace suyo. Pero esta declaración cínica nos desprotege a todos, lo mismo a críticos que a lectores: “la primera persona me preocupa, pero sé que no es mía”. ¿Entonces? ¿De quién demonios es ese “yo” que creíamos responsable del dificultoso proceso de la enunciación? Si el poeta no es ni siquiera dueño de su primera persona, ¿cómo darle validez a su dicho?

¿No está desautorizando el poeta todo lo que escribe cuando llega a esta confesión inesperada? Por supuesto que sí. Diré más: está despojando al poeta lírico de su autoridad de poeta. El poeta puede seguir escribiendo, es más, lo seguirá haciendo, esto es seguro, dislógico como es, pero lo hará desde un estatuto ingrátido y a la vez carente de sustento. Sus palabras serán sin arraigo y sin peso. Pura vejiga inflada. Globos de aire que se disolverán en la atmósfera sin que nadie lo note. *Flatus vocis*, como decían los antiguos.

No sólo la gallardía y el magisterio del poeta sufren una deposición violenta. Se abre, mucho más que eso, un abanico de posibilidades cuyo punto de arranque es la no significatividad de la persona del poeta. La máscara del

poeta lírico, en la medida en que decía “yo”, construía textos de los que una tradición poética podría enorgullecerse. Un insólito acento, acaso de procedencia beckettiana (no se olvide la larga asociación de Gutiérrez Vega con el teatro), interrumpe esta secuencia y se abre a un territorio inexplorado que también podría ser calificado como un desierto. Cuando leemos: “la primera persona me preocupa, pero sé que no es mía”, las certezas y los hábitos lingüísticos que dábamos por buenos se desmoronan como por un conjuro. Si la primera persona no es del poeta, ¿debemos entender que no habla a través de ella? ¿Que el “dueño” de la primera persona es un sujeto anónimo y acaso colectivo, a quien no conocemos, esto es, una suma de voces mostrencas a las que podría ser que el verso articulara y otorgara unidad?

Se conoce la admiración irrestricta que Gutiérrez Vega le profesa a Ramón López Velarde, a quien ha llamado “el padre soltero de la poesía mexicana”. En este punto específico, sin embargo, me parece que Gutiérrez Vega asume una convicción literaria que se ubica en las antípodas del poeta zacatecano. La puesta en crisis beckettiana de la primera persona nada tiene que ver con las convicciones que expresaba López Velarde cuando de forma enfática escribía en su poema “Todo...”:

Si digo carne o espíritu
 pareceme que el diablo
 se ríe del vocablo;
 mas nunca vaciló
 mi fe si dije “yo”.

He aquí el quid del asunto. No es que Gutiérrez Vega haya dejado de recurrir a la primera persona: es que la emplea sabiendo bien que ella no garantiza nada, y que ni

siquiera puede presumir que es suya. La fe en el “yo”, en este orden de pensamientos, pertenecería ya a una escala superior. Lejos de plantearse esta credulidad primaria, al contrario, Gutiérrez Vega deja muy claro que le preocupa.

¿De dónde le viene este toque escéptico respecto a la primera persona? ¿A qué genealogía responde esto que podemos llamar una crisis del estatuto del poeta? Quiero pensar que se trata en el fondo de una contestación histórica, o mejor dicho, de una protesta en contra de la historia. La historia nos ha hecho, somos los hijos de la historia, esto pertenece a nuestra vulgata. Después de la Revolución francesa y de Marx no podemos ignorar este vínculo con los acontecimientos colectivos. Pero la historia, que nos ha formado, y a la que debemos lo que somos, también ha dejado atrás, como cosas caducas, reliquias que duermen en el fondo de nuestro imaginario, y que animan poderosos impulsos de nostalgia. La idea de la inocencia perdida resume lo que intento decir. Perdimos el paraíso original, la edad de la inocencia, lo que había en nosotros de niños felices extraviados en algún rincón de la eternidad. Sospecho que Gutiérrez Vega tiene plena conciencia de ello, y que es esta conciencia la que le da derecho a no sentirse a gusto con la poesía: esa materia que mantiene ocupados a los adultos. Me parece altamente indicativo de ello lo que acontece en la “Canción de las cosas cercanas”. El poema presenta dos épocas contrapuestas y que están en conflicto: la época de los plenos poderes, que es la época de los niños, y la época de la decadencia, o sea, de la historia, que es la época de los poetas. Así lo ve Gutiérrez Vega:

Antes de que nacieran los poetas
todas las cosas eran de los niños,
los niños reinaban sobre una tierra indisputada.

Después llegaron los poetas épicos,
 los líricos dramáticos, los calvos amorosos,
 los profetas gruñones, los asoleaditos,
 los telúricos, los gorditos tiesos.
 Llegaron y ocuparon los terrenos del misterio
 y de las voces que no dicen nada.
 Hoy luchan los poetas con los niños...

Adviértase, de paso, la ironía que campea en el fragmento. Los poetas son, ante todo, un motivo de escarnio. Salvo acaso los antiguos, los que cultivaban la épica (como Homero), todos los demás aparecen como sujetos risibles. Los “líricos dramáticos”, los “telúricos”, los “gorditos tiesos”... La galería podría aumentar hasta el infinito. La lucha queda claramente planteada: de un lado, los poetas (esos ridículos), del otro lado, la inocencia que vuelve por sus fueros (y que será de todos modos derrotada).

Este es, a mi modo de ver, el conflicto originario que recorre, no siempre de manera explícita, los parajes de la poetización de Gutiérrez Vega. Aunque esta vez asociado al problema del poder, representado por la temible figura del César-poeta, este conflicto es el que articula uno de sus textos más ambiciosos y abarcadores, los *Cantos del Despotado de Morea*. Así vemos esta reconstrucción histórica en la voz del rey que ha perdido Bizancio: “Estoy seguro de que nadie me recordará / y esto significa que fui un Déspota eficiente, / un político que cubrió su trecho de viaje / y entregó la estafeta en buenas condiciones. / No tuve tiempo de ser feliz / y así lo consigné en mis poemas más sinceros.”

Se habla desde el trono, pero también desde una incommo-
 didad final, pues al rey lo aqueja la nostalgia de la figura insignificante del pastor. No el pastor de la iglesia, al

fin otro hombre de poder, sino el humilde campesino que conduce su rebaño de cabras por las peripecias del monte. Habla el señor que una vez fue todopoderoso: “Cierro los ojos y pienso en mis informes, / en esos documentos que fueron mi historia / y que ahora flotan despintados en el río del olvido. / Pienso en mis poemas más suntuosos y los siento vacíos / como si fueran el producto de una floración artificiosa.” La conclusión de este razonamiento es la nostalgia pura: “Pido a Dios que me permita pasar inadvertido. / Si es así, me iré al Taigeto y me convertiré en pastor.”

Sic transit gloria mundi, podríamos añadir. Hugo Gutiérrez Vega, con una larga carrera diplomática, sabe de lo que habla.

Pero todo lo que sabe lo sabe mejor el poeta que aliena en su interior. Ahí mismo, en otra sección de su *Canto del Despotado de Morea*, vuelve a abordar el espinoso asunto del *métier* literario. ¿Cómo concibe a la poesía? ¿Cómo procede? ¿Qué es lo que le solicita al verso? Después de la suntuosidad bizantina, a la que acabo de referirme, se impone un regreso a lo riguroso, a la economía ática: “Me exijo claridad. / Nada me dice / el turbio soliloquio.” En tres breves versos, la formulación de una ética. El poeta no es nadie si no está al servicio de la poesía, si no se vuelve un obediente fiel de lo que le dictan las palabras del hipotético poema, quiero decir, del poema que se está formando en él y que habla a través de él: “El poema, conjunto de palabras, / no se cumple / hasta que algo lo aliena. / ¿Y qué es ese algo? / ¿de qué fuente secreta / brota el agua / que va a fertilizarlo? / Todas estas preguntas palidecen / cuando tomo el papel. / El poema solo / se juega su aventura.”

Se equivocaba Vicente Huidobro: el poeta no es un pequeño dios. No es esa voluntad soberana que decide crear imágenes y metáforas insólitas con el fin de sorprender al atento auditorio. El poeta no es sino el sirviente fiel de las palabras. ¿Hacia dónde va el poema? ¿Qué es lo que se propone? El mismo poeta no lo sabe: “Todas estas preguntas palidecen / cuando tomo el papel.” ¿Por qué? Porque más allá del poeta, y a través del poeta, que queda reducido a la función de un intermediario, de un intermediario sin voz, “el poema solo / se juega su aventura”. La única y final soberanía, podría decirse, es la del lenguaje. Con esta hermosa lección de despojamiento quisiera terminar esta evocación de la poesía de Hugo Gutiérrez Vega.

¡Gutiérrez Vega, a escena!*

Francisco Hernández

Acto primero

Un jardín. Un sendero arbolado que viene de un bosque. Bajo un tilo de 500 años, la mesa para el té. Bancos y sillas. Sobre uno de los bancos, una guitarra. Al fondo se alcanza a distinguir un columpio. Son las 5 de la tarde.

Única escena

El profesor Serebriakov (Hugo Gutiérrez Vega), disfrazado de malabarista, entra por el lado derecho del jardín, creando un sistema planetario con las palabras migraña, reumatismo, celos y envidia, escritas en pelotas luminosas de colores distintos. Aparece, por el lado contrario, Alejandro Aura, que hace el papel del tío Vania. Lo sigue Macrosfilio Amílcar, caracterizando a Teleguin, quien de inmediato comienza a tocar una polka con la guitarra.

El intento de crear música y bailar es interrumpido por Sofía Alexandrovna, hija del profesor Serebriakov. Ella, a punto de llorar, suplica que se callen, por la fiebre altísima que su madre padece en su habitación. No hacen caso. Teleguin cacarea, salta y hace tropezar a Gutiérrez Vega, quien cae al césped logrando, sin querer, que las esferas golpeen el rostro, con visibles huellas de acné del

* *La Jornada Semanal*, núm. 1069, 30 de agosto de 2015.

joven Aura. Éste se derrumba, pegándose en el borde de la mesa. Sangra profusamente, aunque no pierde el conocimiento. Inmóvil como está, diríase momificado, alcanza a pronunciar algo que al parecer le urgía:

—Sé que soy un antipático profesional, además de un extravagante. Sé que la poesía ha tocado a mi puerta con verdadero ímpetu y que la repugnante vejez prolongará mi vida para encarnar al demonio de la destrucción, con el fin de arrasarlo con bosques, pájaros, mujeres y manantiales...

(Pausa. Aura comienza a toser y a dar muestras de ahogo.)

El profesor, Sofía y Teleguin tratan de reanimarlo, de levantarlo, pero nada consiguen, paralizados por el miedo de que el tío Vania deje de respirar.

Entran a escena Marina Timofeerna y el Dr. Astrov.

Él, tembloroso, pide a un criado una copa de vodka. Ella piensa en el hartazgo que vivir significa y se desmaya. Al advertirlo, todos abandonan al tío Vania y cargan a Marina, llevándola hacia el interior de la casa. (Pausa.)

El cuerpo de Aura queda abandonado en el jardín. Del bosque salen cuatro pájaros negros que intentan picotearlo. En ese momento aparece Elena Andreievna, esposa del profesor Serebriakov, quien ahuyenta a los pájaros con sus gritos. Éstos se internan en la sala, mezclándose con los espectadores. Furiosa, Elena les lanza sus zapatos.

Después, comienza a mecerse en el columpio.

Telón

Acto segundo

Noche a orillas del río Grijalva, cerca de una iglesia. Van de un lado otro botes repletos de pasajeros. Luna llena.

Faltan 10 minutos para las 9.

Única escena

El poeta Hugo Gutiérrez Vega contempla el movimiento de las aguas. Viste ropa ligera, propia de climas cálidos y mira pasar, con nostalgia, un par de garzas. Estamos en Villahermosa, sudando a cada insinuación y a cada pensamiento. Al fondo del escenario se desmoronan las casas natales de José Gorostiza, Carlos Pellicer y José Carlos Becerra. Este último se acerca a Gutiérrez Vega por la espalda, con la intención de sorprenderlo. Viste guayabera y pantalones de cera, y su rostro, sin perder los rasgos originales, es similar al pabito de un cirio. El poeta tabasqueño le dice al de Lagos de Moreno:

—Hugo, tal vez la única realidad sin fisuras sea la del sueño.

Gutiérrez Vega no se sobresalta, al contrario, sonrío para después darse la vuelta y responder con serenidad:

—Mis colmillos, cada vez más agrietados, ya no sirven de nada, José Carlos, han pasado de moda. Ahora mírame con mi boca desdentada, con mis sangrantes y dulces encías que ya no puedo ocultar.

—Tus colmillos están ahí, como soportes o columnas sagradas, similares a las de Patmos o Atenas. En cambio, las curvas de aquella carretera de Brindisi me hicieron destrozarme por completo, fundiéndome con una piedra de tropiezo y un hervidero de gusanos.

(Pausa. Algunas nubes ocultan a la luna. Los poetas caminan callados, contemplando a las embarcaciones que llegan del otro lado del río.)

—Las vejaciones del tiempo nos instalan en el más solemne de los melodramas, exclama el poeta de Jalisco. Chéjov lo intuyó de maravilla cuando en *El tío Vania*, Serebriakov señala lo siguiente: “Dicen que a Turgueniev,

a causa de la gota, se le produjo cáncer en el pecho. Temo que yo tenga lo mismo.” Y Elena Andreievna le comentó: “Hablas de tu vejez como si todos tuviéramos la culpa de que seas un anciano.” Gracias a tu accidente, José Carlos, viviste únicamente 33 años y te libraste de llegar a ser algo así como... ¡un primitivo fósil súper chocho!

La risa de Becerra no se hace esperar. Abre tanto la boca, que se traga un enorme abejorro, sin que Hugo se dé cuenta.

Después, el tabasqueño cambia de rumbo con un par de preguntas:

—¿En qué sitio, en qué jadeo el sueño recorre el apetito reconcentrado de los dormidos? ¿En qué juego de frases has puesto el oído, sin olvidarte de José Emilio, de Zaid, de Paz o de Lezama Lima?

Casi en silencio, Hugo trata de responderle a su acompañante:

—Más que a alguien, he procurado acercarme a Ítaca, a sabiendas de que es una isla donde yo me espero con los ojos cerrados. Ahí tuve algunos instantes de dicha y ahí también fui perseguido por déspotas de la hipocresía, o cuando menos por sus tormentos.

(Pausa)

La luna vuelve a brillar intensamente. Un viento frío hace temblar a José Carlos. Las palabras salen con dificultad de sus labios:

—Yo he tratado de recorrer los caminos que recorrió Seferis y he leído páginas tuyas y de Kazantzakis allá en La Venta, donde la tempestad pesa como un dios que va haciéndose visible. Tú lo sabes: fui publicista por un tiempo, pero nunca me gustó la corona de hierro del engaño.

Adiós, Hugo. Tengo que despedirme. He practicado los movimientos para mover el escenario y he visto al sol iluminando a los asesinos y a quienes los protegen. Sube mejor al viejo ferry. Espera el sonido de la sirena. Ya los pejelagartos vuelven estúpidamente la cabeza hacia una nube de gordas moscas de alas azules...

Becerra desaparece, dirigiéndose hacia donde la vida sabe lo que ignoramos. Las peregrinaciones de Gutiérrez Vega son esparcidas por los vientos teatrales, como serenas advertencias.

Telón

Hugo Gutiérrez Vega: las dualidades fructuosas*

Marco Antonio Campos

Salvo excepciones como Marco Antonio Montes de Oca (1932), José Carlos Becerra (1936) y cierto Juan Bañuelos (1932), que tendieron al ornamento barroco o a una poesía con zonas oscuras, los poetas nacidos en la década de los treinta —Thelma Nava (1932), Gabriel Zaid (1934), Hugo Gutiérrez Vega (1934), Guillermo Fernández (1934), Óscar Oliva (1937), Jaime Augusto Schelley (1937), Jaime Labastida (1939), José Emilio Pacheco (1939), Homero Aridjis (1940)— buscaron más una poesía directa, coloquial, hecha de la madera múltiples de los árboles diarios, donde no está excluida en momentos la crítica, la protesta y el testimonio políticos. De éstos, en los casos de Gutiérrez Vega y Pacheco, la leve diferencia sería acaso que su poesía es aún más conversada que la de los otros, quizá influidos en buena medida por las lecciones de la poesía en lengua inglesa, que ambos conocen muy bien. Gutiérrez Vega no se ha cansado públicamente de señalar fronteras y marcar distancias con los poetas que “metaforean”, o contra los que se divierten, creyendo que el lector también lo hace, con la juguetería de vértigo de las palabras. Partamos de un hecho: existe una diferencia abismal entre el compromiso poético y existencial que hay en poetas cuando realizan en sus poemas fracturas lingüísticas y estructurales, como en Saba, alma espinosamente com-

* Prólogo al libro *Peregrinaciones*, FCE, México, 2002.

pleja, o en Apollinaire, gran abridor de caminos, o en el Ungaretti de *La Alegría*, o en el Vallejo de *Trilce* y *Poemas humanos*, o en el Artaud de los textos eléctricos y desquiciantes, o en el Celan del linaje despedazado, donde la calculada desintegración verbal se iguala a las destrucciones del alma, y la de aquellos poetas vanguardistas, decorados con ismos, de las décadas de los diez, veinte y treinta del siglo XX (futurismo, cubismo, orfismo, unanimismo, creaciónismo, ultraísmo, dadaísmo, surrealismo), y los neovanguardistas capitaneados en nuestros países desde hace algún tiempo por embaucadores sudamericanos. Vallejo (a quien estos últimos han tomado como alto modelo), en su “Autopsia del surrealismo”, denostó contra tales escuelas que se multiplicaban más rápido que los peces en las manos de Cristo, contra una poesía prefabricada y contra una espuria actitud ante la vida y la literatura. El surrealismo, dijo, era “una receta más para hacer poemas sobre medida, como lo son y serán todas las escuelas literarias”.

Salvo su primer libro, *Buscado amor*, la poesía de HGV se lee como una larga conversación que ha sostenido con las personas que conoció en sus numerosos viajes y numerosas estadias por las cuatro orientaciones de la Tierra, hasta delinear y colorear en el corazón, como querían los mexicanos antiguos, un libro de pinturas. Una conversación donde abundan, o tal vez sobreabundan, las referencias literarias, y en segundo término, las teatrales y cinematográficas.

Y precisamente aquí surge una de las varias dualidades en su obra, que siempre, de una u otra manera, tenue o intensamente, se acaban reconciliando: el poeta libresco y el poeta desparpajado. Por una parte, el poeta que deja correr el oleaje de sus muchas lecturas, y que, quizá con Eduardo Lizalde, es el poeta mexicano contemporáneo que

más referencias librescas tiene en sus libros: en títulos, en epígrafes, como citas directas o indirectas, como desarrollo de poemas, y por la otra, una poesía que reivindica el no tomarse en serio, y donde caben, por qué no, el desmadre, el cotorreo, la chacota, no excluyendo la burla hacia sí mismo. Por una parte, homenajes a los artistas admirados, entre otros —entre muchos—, Rafael Alberti, a quien hace una visita en Roma, o Malcolm Lowry, a quien recuerda melancólicamente en una de sus últimas fotografías bajo la ventana, o Wordsworth, en momentos cuando parecía muerto o ya lo estaba, o Pier Paolo Pasolini, de quien visita la playa donde fue asesinado, o el brasileño Manuel Bandeira, a quien recuerda en su enfermedad y en la palabra de sueño de sus poemas, y luego, Yeats y Darío y González León y López Velarde y García Lorca y Cernuda y Pavese y Genet y Brecht, y por la otra parte, la intención de desolemnizar a la poesía, de bajarse de las nubes de la gran cultura, y hacer citas, demasiado en la tierra, por ejemplo del Chama-co Domínguez, bolerista, y de José Alfredo Jiménez, gran compositor y cantante popular, o titular, atreverse a titular un libro *Poemas para el perro de la carnicería*, o escribir un poema —imitando el lenguaje de la historieta— a la familia Burrón, o recordar las melcochadas y torpezas de una tarde en el cine con una muchacha mientras oían la voz de Doris Day y agotaban las palomitas.

Está asimismo la dualidad del poeta que se encanta, por un lado, con el teatro y el cine, que actúa a veces como actor secundario en modestos escenarios, y actúa también, con otros maquillajes y una variación de voces, en el vasto escenario del mundo, quien ríe y llora con el cine mudo, y da saltos chaplinescos y pone su cara de niño regañado a lo Stan Laurel y su cara de perplejidad triste a lo Buster Keaton, pero que de pronto descubre que detrás

de la gansada hay un drama insospechado hasta entonces. Sin embargo, en la otra parte, está su reverso figurado: el hombre de formas, que ha ejercido la diplomacia por cerca de cinco lustros, el que sabe comportarse a la altura del protocolo en una recepción ante el rey de España o sostener una conversación con el patriarca de la Iglesia ortodoxa, aquel que goza los detalles de fililí y ribete de las fiestas de gran gala y que acepta con gusto las membresías de las Academias, de los Ateneos y los Seminarios, todo lo cual, si se ve bien (lo diría el mismo Gutiérrez Vega), es otra obra de teatro, y como en las obras de teatro, el gesto a veces se petrifica, el parlamento nos traiciona, y de pronto el hombre queda desnudo ante el público en su desprotección y fragilidad. ¿Cómo no recordar sobre esto líneas de su poema a la memoria del joven amigo José Carlos Becerra, muerto en la carretera a Brindisi a los treinta y tres años de su edad?: “No exagero, poeta. No hago tu elogio fúnebre. La oratoria te daba desconfianza, bien lo sé. Digo todo esto dando una cabriola de cine mudo, saludándote con mi vieja corbata”. Y el lector que lee esto o el espectador que lo oye comprenden que el llanto comienza a recorrer el maquillaje.

Pero está asimismo la dualidad del poeta que, por una parte, ve los hechos y las cosas del mundo con el asombro y el deslumbramiento de un niño, y por la otra, el poeta que observa con tristeza y desencanto el paso de los años en los objetos, en los elementos de la naturaleza, en las personas y en él mismo y quien sabe que la experiencia sólo enseña a que nos resignemos ante nuestros nuevos errores y la repetición de nuestras acciones negativas. Por un lado, el poeta que tiene la seguridad de que “todo es pasmo” y de que hay “magia en todo” y de que si dos amantes se besan “la vida se apunta una nueva victoria”, pero

también, del otro lado, está la visión del poeta del todo consciente de que el río de los años corre incesante, de que disminuyen las “mañas y ligereza y la fuerza corporal de juventud”, de que mientras los hijos crecen nuestros cuerpos se afean y desmedran, de que son cada vez más inanes las palpitaciones del corazón en los asuntos amorosos, de que las generaciones nuevas aprenden lo que no aprendimos y nosotros olvidamos lo que mal aprendimos, de que “burla burlando el tiempo nos amansa”, y el placer, que el poeta anunciaba (sabía) de su terminación, en efecto, acaba en devaneo, y las cosas, que dieron tanto disfrute, son ya solamente verdura de las eras y rocío de los prados.

Pero está asimismo la dualidad del poeta emblemáticamente sedentario y la del poeta numerosamente viajero. El que dejó sus huellas en las calles del mundo y el que en el fondo nunca salió de la casa del pueblo donde vivió en años de la infancia y al que regresó numerosas veces en los meses de vacaciones. Hay dos poemas célebres de Cavafis que tal vez ilustren la experiencia en la tierra de Hugo Gutiérrez Vega: “La ciudad” e “Ítaca”, los cuales, pese a diferencias menores, envían el mismo recado. El primero versa sobre un hombre que anhela irse de su ciudad, donde está condenado de antemano y donde ha malgastado su vida, pero una voz admonitoria, una suerte de sombría conciencia moral, le señala que el viaje será inútil, porque adonde vaya andará por calles y barrios de su ciudad y su vida la echará a perder de la misma manera. El segundo trata sobre un hombre que escucha también una voz admonitoria —tal vez la misma—, la cual le recomienda abandonar la isla y viajar y sortear miles de peligros y vivir toda suerte de experiencias y buscar que el viaje sea lo más prolongado posible: al final comprenderá que Ítaca le dio el viaje, es decir, sin la isla natal no habría emprendido ni comprendido el viaje.

Me parece que en ambos poemas, como en un espejo, Gutiérrez Vega vería su rostro. En entrevistas ha declarado que en el fondo no ha salido de la casa de la abuela en el ultramontano pueblo de Lagos de Moreno, Jalisco, y que, pese a todos los viajes, se ha sentido, para utilizar una expresión con sabor antiguo, maceta en el corredor de esa casa, la cual el poeta ha querido ver —no la natal Guadalajara— como su pequeña y verde Ítaca. No en balde la preferencia, o más aún, la devoción acendrada de HGV por los poetas mexicanos del cambio de siglo, el laguense Francisco González León y el jerezano López Velarde, o mucho más cerca, el zapotlanense Juan José Arreola de *La feria*, que labraron sus piezas líricas y sus poemas en prosa en deslumbrante marquetería y dejaron instantes inolvidables, con su “majestad mínima”, de la vida diaria de sus solares nativos. El orbe de imágenes y sueños de Francisco González León se integra naturalmente a las experiencias vividas en Lagos por Gutiérrez Vega en los años treinta y cuarenta, la cual, la más vívida, la más insistente, es la de ese viento que dispersa las escasas nubes del cielo que prometían la esperada lluvia. En ese pueblo, en ese paraíso inmóvil, en esa tierra prometida donde la lluvia no llega, en ese paisaje de encanto que los años roen, el poeta evoca con nostalgia definitiva a la abuela y a los lugares que se inventaba a los siete años en la calle del río:

Las mañanas doraban
 las alas de los canarios
 y las plantas recién regadas
 nos hablaban del día.

Pero en el lado opuesto, o aparentemente opuesto, está el hombre que ha conocido innumerables ciudades y

pueblos por los cuatro rumbos de la tierra: mexicanas, italianas, francesas, árabes, inglesas, estadounidenses, brasileñas, argentinas, griegas, rumanas, del Asia Menor... Cuando el poeta ha llegado a una ciudad ya se ha preparado para la otra. O dicho con melancolía irresistible:

Nuestro deseo es llegar
pero siempre nos vamos.

Tal vez ningún poeta de su generación, ni de la inmediata anterior, ni de la siguiente, ha viajado como él. Aún ahora, a los sesenta y cinco años de su edad, la sed del viaje sigue bebiendo del cansado cántaro. El auténtico viajero sabe que la mejor manera de viajar es hacerlo con la menor cantidad de cosas posible y teniendo en el mundo las menos cosas posibles:

Estar de paso
es la mejor manera
de desprenderse de las cosas
sin hacer demasiados aspavientos.

Los viajes de HGV han dependido de dos formas del azar: los avatares diplomáticos y lo que dicta el viento. Pero los viajes, menos que a una poesía descriptiva de la naturaleza y de las ciudades, lo han llevado a dibujar retratos (donde es un verdadero maestro), a efectuar una suerte de rituales frente a los sitios de artistas, poetas y escritores admirados, o para ahondar breves reflexiones. En su poema "Curriculum Vitae", Gutiérrez Vega dijo que no le tenía temor a lo imprevisto, pero prefería que no pasara. ¿Es lógico, que un hombre que ha viajado tanto, no le gusten los cambios bruscos o sorpresivos? La respuesta es

afirmativa, si tomamos en cuenta ante todo su carácter hedonista, y observamos que el viaje, en su caso, lo busca como un goce quieto, para que las conversaciones con la gente, los instantes de la naturaleza y el conocimiento de la historia, de la geografía y la literatura le digan, con distintas pero hondas voces, algo bello y amable que él convierta después en poemas como pequeñas casas.

Sin embargo, los años vividos en un país cambiarían su forma de escritura y quizá también la manera de asumir la vida y de mirar las cosas del mundo. Quizá ni él mismo, luego de su llegada a Grecia, imaginó lo que significaría esa estancia, la cual duró de 1988 a 1995, y lo convertiría en una de las voces insoslayables del coro actual de la poesía mexicana. En ese decurso publicaría tres libros, o mejor, tres cuadernos de poesía: *Los soles griegos* (1989), *Cantos del despotado de Morea* (1991) y *Una estación en Amorgós* (1996). Una trilogía llena de continuas bellezas.

De principio su poesía siguió siendo sencilla en su expresión, pero sus contenidos se volvieron más, o mucho más, complejos, y la primera persona del singular se volvió más un él y un ellos, como en su gran modelo, el Cavafis de los poemas histórico-morales, o el Pavese de *Lavorare Stanca*, o la poesía de Edgar Lee Masters, o entre nosotros, el Chumacero de *Palabras en reposo*.

Quizás el mirar las puertas y ventanas de la casa de la vejez hizo que el antiguo hedonista empezara a escribir más a menudo poemas con un fondo melancólico y fueran más presentes dos sentimientos casi ajenos en su obra anterior: la ternura y la piedad, incluso hacia sí mismo. De igual forma, en su poesía asimiló admirablemente la gran lección de la lírica griega, desde sus raíces clásicas hasta buen número de lo escrito hoy, uniendo íntima e indivisiblemente ética y estética. Los instantes éticos pueden ser

también momentos de gran belleza, pero entre o debajo de los versos.

Si bien en su poesía anterior había delineado retratos, es durante su estadía en Grecia donde HGV los hace más continuos y hondos: de personajes históricos, de amigos, de conocidos, de gente del pueblo, algo que haría casi simultánea y magníficamente en esos años, pero por muy distintas vías, un poeta de la siguiente generación: Francisco Hernández. Quizá el primero de esos retratos, donde HGV encuentra el camino, está en *Los soles griegos*, en el poema “Fanariota en Atenas”, donde perfila a Kostas, “un hombre triste pero hecho a la vida”, y después en otro, lleno de ternura y luz, “La higuera de Pendeli”, donde dibuja a un grupo de viejos a quien la tristeza de los años y los años de tristeza no ha logrado vencer del todo.

Cuando escribe *Cantos del despotado de Morea*, Gutiérrez Vega se ha apropiado del todo del espíritu griego. Lo fascinante en este libro es la manera en cómo Gutiérrez Vega se convierte a la vez en un viajero en la tierra y en un viajero en el tiempo. El poeta se desdobra históricamente y asiste doblemente como testigo: a la caída de la ciudad de Mistrás a manos de los turcos y a las ruinas actuales de la antigua ciudad bizantina. Entre las descripciones hay retratos extraordinarios trazados en unas cuantas líneas con frases henchidas de sabiduría que nos emocionan como instantes estéticos. Ningún retrato, sin embargo, admiro más que el del propio Déspota, digno en el ejercicio del poder y digno en la renuncia del poder. El poema puede tomarse también como un pequeño tratado de Ars Política.

En *Una estación en Amorgós* el poeta vuelve al presente y al ahora. Pasa un mes en una pequeña isla de las Cícladas, lo cual le sirve para conocer a sus habitantes,

las palpitaciones de la vida cotidiana y los paisajes de privilegio. Gracias a Hugo Gutiérrez Vega, Amorgós es un motivo, o más, una bella presencia en la geografía literaria de nuestro país. ¡Qué hecho extraño! Si no hizo de Lagos lo que en su poesía Francisco González León, o de Jerez como Ramón López Velarde, es decir, un pueblo mexicano modelado en versos con barro eterno, acabó haciéndolo de una pequeña isla griega de la que ya son nuestros, con toda su bondad íntegra y su ternura sin fondo, algunos de sus moradores como el panadero Dimitri, el papa Yorgos, la prostituta Aretí y el doctor Stratos.

Permítaseme, para terminar, una leve variación de lo que escribí poco antes: si Lagos representó para Gutiérrez Vega el pueblo o la ciudad que le abrió las puertas para salir a conocer el mundo, Grecia, paradójica, magníficamente, le dio la seguridad de que ante todo, gracias a los tres libros escritos durante su estancia, vivirá en la poesía y no en las historias de la poesía.

Lagos de Moreno en Grecia

Eduardo Hurtado

Tal vez lo mejor de la obra poética de Hugo Gutiérrez Vega esté contenido en unos cuantos libros. Me refiero a la notable trilogía que el poeta escribió entre 1989 y 1996, a raíz de su estancia en Grecia. Escasamente comentados por la crítica literaria de nuestro país, *Los soles griegos*, *Cantos del despotado de Morea* y *Una estación en Amorgós* deben contarse, junto a otros infaltables como *El tigre en la casa* de Eduardo Lizalde, *Campo nudista* de Gabriel Zaid, *No me preguntes cómo pasa el tiempo* de José Emilio Pacheco y *Delante de la luz canta los pájaros* de Marco Antonio Montes de Oca, entre lo más significativo realizado por la generación de poetas mexicanos nacidos en la década de los treinta del siglo xx.

Al releer la poesía de Gutiérrez Vega reunida bajo el título de *Peregrinaciones*, tuve la sensación de enfrentar un enigma: ¿cómo vino a surgir en este autor, cuyos temas habían enseñado una inclinación primordialmente autorreferencial e irónica, esta otra voz tan sensible a las más hondas preocupaciones de la tribu?

Sin ser en realidad una pregunta, todo enigma reclama una respuesta. Esa respuesta suele ser, a su vez, misteriosa. Roberto Calasso observa que Edipo, al resolver el enigma lanzado por la Esfinge, desplaza hacia sí mismo, en tanto que ser humano implicado en su respuesta, la interrogante planteada. Pues, ¿no es de suyo enigmático reconocer al hombre como “un ser que tiene una voz única y a veces tiene

dos pies, a veces tres, a veces cuatro, y es tanto más débil cuanto más numerosos son sus pies”? Ese desplazamiento le permitió al más humano de los héroes salir airoso de la prueba. Y su victoria se verifica sin simulacros y sin lanza, sin talismán protector. Se trata de una victoria del lenguaje.

Al poner el acento en el poder de la palabra, capaz de explorar el misterio sin liquidarlo, este célebre pasaje parece formular una certera descripción de la poesía: a través de esos raros artefactos llamados poemas, en todo tiempo y lugar algunos hombres se han lanzado a desafiar las más peliagudas incógnitas. Su materia esencial son las palabras, que tras cada tentativa reaparecen ahí, al lado del silencio, misteriosas y desnudas.

En trance de poesía, las palabras quieren decir otra cosa, quizás aquello que supieron decir en otro tiempo, antes de que el uso acabara por confinarlas al infierno de la literalidad. En ese entonces mítico, conjetura Lugones, cada palabra era una metáfora. En el nombre asignado a cada cosa cabía el universo. Todo lenguaje era poético. Las lenguas, infiere Borges al devanar el hilo de esta idea, son poesía fósil. Una de las necesidades del poeta es devolverles su brillo originario. Lenguaje desfosilizado, cada poema representa un intento irrepetible de abordar el enigma mayor: qué es la vida, o lo que viene a ser lo mismo, qué es la poesía.

A la poesía, como el hombre a la mujer o la mujer al hombre, la buscamos para no ser incompletos. Y aunque sólo comparece si uno se empeña en convocarla, su hallazgo, como la magia o el amor, se cumple, si acaso se cumple, en momentos imprevistos. Aunque muchos se empeñen en negarlo, la poesía sólo se le da al poeta en un estado de disponibilidad. No se trata, es preciso aclararlo, de un “estado de ánimo elevado”, noción que a Hugo le molería el hígado,

sino de algo más simple y más cercano: una “normalidad aguda” (Juan Ramón Jiménez). Los antiguos le llamaron inspiración (del latín *spirare*, soplar), esa rara circunstancia en la que ya no es el poeta quien escribe: el soplo de un demonio ha venido a liberarlo de su antigua debilidad.

Tengo para mí que en el caso de Hugo Gutiérrez Vega la aparición de este demonio coincide con el momento en que el espíritu de Grecia, con todo su caudal mítico y fabuloso, sacudió su ser. En la cuna de la lírica y de las más grandes utopías, ahí donde arranca para Occidente la verdadera historia de la eternidad, la poesía lo arrebató como una racha de asombros, de asumida irracionalidad. ¿Tuvo que ver la voluntad en esta especie de privación? No lo sé. Olvidarse de sí mismo es poner lo aprendido al servicio de otra voz. La voluntad, entonces, se reduce al gesto de afinar el oído: no cansarse de oír; oír sin distraerse, para luego cosechar y organizar, con la mayor paciencia, los frutos de la dádiva.

“La voluntad creativa —dice Marina Tsvietáieva— es la paciencia”. Casi todos los poetas (menores o eminentes, marginales o célebres) han debido batallar en algún momento con la propia impaciencia. Algunos síntomas delatan su presencia: el poeta quiere suplir la experiencia con técnica; se atraganta de arte; sueña con descollar por encima de los vivos y los muertos; vive atado a la teoría y al rumor inútil de la literatura. Aunque no hay terapéutica segura contra las incessantes embestidas de esta suerte de virus insidioso, la misma Tsvietáieva lanza una idea que podría resultar de utilidad: si ambos, el poeta impaciente y el poeta que sabe aguardar, están de antemano perdidos (aquéel, víctima de unos afanes literarios; el otro, víctima del demonio); si elegido el camino de la poesía ya no hay otro remedio que perderse, más vale que sea en nombre de la más alta pasión.

El síntoma infalible del poeta infectado de pasión es la escasez de versos inevitables. Nadie está exento: el Neruda del *Canto general* casi nunca es el mismo que ese otro poeta, más esencial y humano, de *Residencia en la tierra* o de *Memorial de Isla Negra*. ¿Y cómo es esto? ¿No es de tiempo completo la condición de genio? Todo hace pensar que Hölderlin estaba en lo cierto: “sólo es genial aquel que está poseído” —y mientras está poseído.

Cuando un autor se empeña en decir algo determinado, afirma Novalis, no surge poesía alguna. El lenguaje es esencialmente misterioso —y no es raro que, al hablar por el gusto de hablar, se exprese la verdad más esplendorosa. La poesía surge ahí donde el poeta se ha dejado entusiasmar por el lenguaje.

En su periodo griego, Hugo Gutiérrez Vega consigue relevar a las palabras para escribir con olas, con cuerpos, con lava y utensilios. Y no es mi intención, entiéndase, cuestionar la importancia del conjunto de su obra, sino establecer un deslinde cuya necesaria subjetividad asumo. Nuestra crítica es flaca, pero lapidaria, inclinada a bautizar con epítetos categóricos el trabajo de un escritor, como si toda obra fuera una masa compacta, susceptible de ser valorada bajo una misma pauta. Individuales, exentos, a los títulos que aludo hay que acercarse sin prejuicios. Para entregarse en plenitud, la poesía pide a cambio una confianza inicial, esa misma con que salimos a las calles por la mañana, dispuestos a dejarnos sorprender por la constante novedad de las cosas. No piden más estos versos en los que Hugo celebra un amanecer en la isla de Andros:

El viento recorrió toda la noche
su invisible camino,
gimió, rompió ventanas, abrió puertas

[...]

La isla navega con su azul cicládico
en las dulces ventanas.

No hay un momento en que no asome el mar.

Todo es mar, todo es cielo reflejando
la presencia del mar.

Un mar tan suave que ni el viento logra
inquietar sus entrañas...

¿No nos enseñan estas palabras, hechas de pura presencia, a sostener un pasado y un futuro? ¿No son mañana y mar así ritmados la memoria tangible de una posibilidad? Por la virtud del canto, la aurora de rosados dedos y el mar de entrañas de uva se nos imponen como una visión contemporánea. Pues lo contemporáneo en poesía es el reverso de lo actual, el testimonio de un instante que es eterno en el tiempo.

Un sueño trascendente recorre estos poemas. El espíritu de Grecia y su mitología secular dejan de ser un territorio abolido. Como en esta oración lanzada al viento desde el templo de Afea:

Señora de la luz,
mujer de fuego

[...]

Reinas al mediodía,
y en tu morada
un perpendicular rayo de sol
marca el momento
de tu triunfo total sobre las sombras

[...]

No hay una sola nube,
la tarde va encontrando

sus caminos,
permanece tu luz
y van brotando
los frutos de la tierra.

Aquí salta otro rasgo antes inédito en la obra del poeta. Theós, la palabra griega para el dios, recupera su antiguo sentido, esencialmente predicativo. Theós es algo que sucede: “es dios el reconocer a los amantes”, afirma Eurípides en su *Helena*. Hugo Gutiérrez Vega, antimoderno como todo poeta genuino, es un agnóstico, pero no un ateo: entiende que una vida en la que los dioses no son invitados, no vale la pena de ser vivida. En la bitácora de sus días griegos, los dioses comparecen a la manera antigua: es dios todo lo que le acontece en cada estación de su experiencia: la luna en un invierno suave de Atenas; los comerciantes judíos, turcos y griegos que en Corinto vocean sus uvas pasas, frutos salidos “del reino misterioso de la cocción solar”; en el camino de Epicteto, la apuesta por las sinrazones que nos redimen de los automatismos cotidianos y nos permiten vivir el cada día del asombro; la mañana del fanariota que imagina una vida perfecta, hecha de crepúsculos continuos, terrazas, cigarrillos perfumados con agua de rosas y la fragancia del té de manzanas; en Sounion, otra vez desde un templo, la presocrática experiencia de vislumbrar todo el mar en un lienzo de mar; frente al Mediterráneo, la voz de Homero que reescribe los cantos en torno al breve viaje de la vida (“Nuestro deseo es llegar, / pero siempre nos vamos”); el reconocimiento, gracias al velardiano olor a pan del día recién nacido, de que vale la pena estar en el mundo; y sobre todo, como en Eurípides, la confusión de los pronombres, el amor, “las caricias de mayor abandono”.

Discípulo de Seferis y de William Carlos Williams, Hugo sabe que todo destino se juega su episodio decisivo en pos de Helena, de todas las Helenas que son siempre la única, del bello simulacro que nos hechiza bajo el suave ondular de una túnica. “Lo demás son las palabras” (Elytis). Todo viaje entraña un intento de retornar a la fresca originaria, a esas eternas muchachas que, en medio del estruendo y la confusión de la guerra, sedujeron a Elitys con su canto: “tienes que vivir, tienes que vivir”. Emblema, como la poesía, de la cotidiana lucha contra la muerte, las voces de unas muchachas ocultas entre las ruinas nos convocan a reencontrarnos cada día con la ración de eternidad que alimenta el corazón de las cosas:

En esa tarde las muchachas corrían por el sendero
y el perfume de los pinos cerraba dulcemente el horizonte.
Nuestras manos iban juntas
y decidimos anotar ese deslumbramiento.
Basta con una tarde recordable, todo es tan frágil,
para sentir el esplendor de lo real.

Como es común en la poesía griega, en esta obra las muecas de dolor o de espanto, de angustia por los humillados o de rabia frente a la abyección de los perpetuos déspotas del mundo, se suavizan con gestos de nobleza, “gestos para detener al tiempo y al destino”. Aquí, en el claro territorio del poema, el “esplendor de lo real” acaba por imponer su urgencia. Lo imaginario y lo visible intercambian atributos. De su perfecto abrazo surgen lo bello y lo verdadero, aspiraciones gemelas. De Lagos de Moreno, su tierra de la niñez, a esa concreta sensación marítima y terrestre llamada Grecia, Gutiérrez Vega tiende un corredor de semejanzas que comienzan en los milagros coti-

dianos, en la inagotable imaginación de lo vivido: “Hoy he pensado en el pueblo de la infancia”, nos dice, “tan distinto y tan parecido a esta isla.” Aquí, o en ese otro aquí que es el allá; en Lagos o en Amorgós, universos humildes y ordenados, todo está por descubrirse, incluso el beso de la tierra, el abrazo último con nuestro destino rural.

Polvo nuevo de la palabra antigua*

Jorge Souza Jauffred

1. El poema único

Para Martin Heidegger, cada texto poético es una onda que surge y se expande desde un poema único, inaccesible, que vibra en el corazón del poeta; así: “cada poema particular habla desde la totalidad del poema único y lo dice cada vez. Desde el lugar del poema único brota la ola que cada vez remueve su decir”.

Estas palabras de un filósofo que ahondó en el significado del poema en diferentes obras,** permiten entender la obra poética del tapatío-laguense Hugo Gutiérrez Vega, integrada por casi veinte títulos, como un solo, intenso y hermoso texto que se despliega nítido y transparente; como un poema que se ramifica —árbol de luz— unas veces aquietado en el instante y, otras, expandiéndose y condensándose en su respirar rítmico y pausado. Luz crepuscular, fuego claro que ilumina las cosas cotidianas y las impregna de melancolía; claroscuro que permite observarlas, transfiguradas, al mostrar las aristas ocultas de su ser.

La poesía de Gutiérrez Vega fluye sin tropiezos. Su tono, suave y sostenido, cubre el corazón de quien la escu-

* Prólogo al libro *Polvo nuevo de la palabra antigua*, Secretaría de Cultura de Jalisco, México, 2009.

** Ver *De camino al habla*, Odós, Madrid, 1987, p. 35. Además, *El origen de la obra de arte y Hölderlin y la esencia de la poesía en Arte y Poesía*, FCE, México, 1958, así como *Aclaraciones a la poesía de Hölderlin*, Alianza Editorial, Madrid, 2005, traducción de Helena Cortés y Arturo Leyte.

cha, de quien la lee, hasta saciarlo. Su ritmo, consistente y sereno, deja en el oído la contundencia líquida de sus evocaciones. El lenguaje que le da cuerpo está tejido finamente y su textura fonética utiliza un código sonoro que traza equilibrios, aliteraciones, contrapuntos, y los conjuga en una arquitectura de media luz, en donde se revela —a través de una sintaxis clara y estructurada— el juego de los significados: el florecimiento semántico del texto, en la perfección de las simetrías verbales.

Las cosas, entonces, sin dejar de ser ellas, son también otra cosa. La palabra poética —al nombrarlas— las transforma e integra al universo que despliega el texto. En ese marco, el lector encuentra en el poema elementos que le permiten acceder a la visión que emerge en el espacio de la lectura. Le faculta observar, por ejemplo, “la incierta amanecida de un jardín submarino”, “una sombra sin caminos /, una niebla constante / borrando la presencia de los árboles”, o “la desnuda visión que en primavera da paso a las muchachas con lilas en los brazos”.

2. El juego del poema

La poesía de Gutiérrez Vega, siempre tocando la profundidad, se aleja deliberadamente del rebuscamiento y del hermetismo para convertirse en un juego entre dos; adquiere la dimensión de un intercambio abierto en el que el poeta construye y el lector recibe —para activarlo en un diálogo íntimo— el dispositivo del poema. Escribe en su libro *Cuando el placer termine*: “Nos encontramos y tengo mucho que decirte. No sé si lo haga bien. Sé que me gusta decirlo. Te propongo un juego con palabras como piedras de colores. Si encuentras en lo que digo algo que te pertenece el juego seguirá, porque mis palabras son

tuyas y de todos. Lo único que hace la poesía es cantar lo que a todos pertenece.”

Ni el placer ni la nostalgia, ni la iluminación, ni la soledad, son ajenos a este movimiento en que el texto se construye a sí mismo en los ojos del otro. El juego se convierte en descubrimiento, iluminación, reencuentro de lo propio en la voz del poeta, recuperación de lo perdido en el verso que bebe el corazón para encontrar secretos olvidados.

Jamás algo trivial, el juego se convierte en testimonio transparente, intenso y (¿por qué no?) divertido y desenfadado; está alejado de la ostentación y la solemnidad, y matizado con frecuencia por un hilo de ironía, lo que permite al poeta definirse, por ejemplo, como “un señor domesticado / que escribe versos / y gesticula en los parques”; o decir frases como: “Debería callarme el hocico / y evitar las calles adyacentes” o como: “Hace muchos años un señor le mordió un pezón y por la noche se acaricia la cicatriz que le recuerda tan inconveniente proceder”. Un libro titulado *Poemas para el perro de la carnicería*, un poema llamado “Oda a Borola Tacuche de Burrón (escrita en versículos chipocludos y dedicada a la Barda Chachis Pachis Palomeque)”, y otro “A la abuela que hablaba con pájaros creyéndolos ángeles”, muestran igualmente ese perfil que se aleja deliberadamente de lo solemne para dejar en claro que prefiere cierto desenfado a la cursilería y al lugar común.

3. El peregrino y sus registros; los diarios de la memoria

Fiel al sujeto lírico que construye en sus textos, Gutiérrez Vega da constancia de sus recorridos por el mundo y por la vida. Nos entrega un registro minucioso de territorios geográficos y paisajes de la memoria, de experiencias y

situaciones, de amores y amistades, paisajes, ciudades, memorias, sueños, personajes.

En sus palabras, el horizonte se multiplica y los caminos conducen a lugares que aparecen ante nosotros ya transfigurados. Regiones lejanas y exóticas como Moldavia, ciudades imposibles como Samarcanda, naciones imperiales como Inglaterra, países casi míticos como Grecia o sitios cálidos como Brasil, han sido reflejados en la escritura del poeta. Ahí, inmovilizados en el texto, esperan solamente una mirada lectora para recuperar la vida y mostrar sus paisajes y lunas, edificios y aromas, tan vivos como entonces.

Y, sin embargo, a pesar de su cosmopolitismo, el escritor conserva los timbres de su lejana infancia en Lagos de Moreno y de su adolescencia en la Guadalajara de los años cuarenta. “A estas alturas, sigo siendo maceta del corredor de mi abuela”, ha dicho en varias ocasiones; por eso, quizá en sus escritos emergen sus años primerizos, así como las montañas y paisajes que amó en aquellos tiempos. Tal vez por eso ha dejado plasmados recuerdos memorables de su abuela que “abría las puertas de la mañana”; del padre, que al borde del camino le señalaba el campo y los maizales; del abuelo, que ya no está pero sigue presente en él, a su manera. La región de la infancia es, entonces, un telón de fondo contra el cual se retrata la mirada viajera del poeta. Por eso no es extraño que revele: “A la orilla de Soria me detuve y vi la torre de la iglesia de Lagos encendida en el aire de Jalisco.” O que afirme: “La noche de lamentos que en Jalisco / suplica a una deidad propiciatoria la fuerza de la lluvia / me dio un alma nostálgica del agua, / la mirada que pregunta a las nubes / el dolor ante vientos destructores.”

Rica en influencias, perfectamente asimiladas a su estilo inconfundible, su voz se alimenta de numerosas fuentes. Están presentes en ella la tradición romántica

vistiendo un nuevo atuendo, las incursiones de los Contemporáneos en la forma de mirar ciertos aspectos del mundo, las libertades y atrevimientos de la generación que surge en torno de la revista *Taller*, y, particularmente, una serie de elementos poéticos que hereda de Ramón López Velarde y de Francisco González León, poeta lagunense que conoció de niño. De ellos, ha mantenido ese sabor a provincia que se manifiesta en muchos de sus textos, además de las numerosas referencias cultas. López Velarde y González León, como Hugo, tensan el lenguaje cotidiano para construir imágenes sorprendentes que abren, en el horizonte del poema, un mundo provinciano configurado por un nuevo lenguaje. Los tres, igualmente, evitan el lugar común y suelen partir de motivos sencillos, mínimos, para convertirlos en elementos complejos de un universo nuevo y sorprendente.

Pero también están presentes en sus obras los ecos de la poesía de otras lenguas. Las voces de las líricas inglesa, francesa y estadounidense (incluyendo la poética *beat*) y —muy especialmente— la suave resonancia de numerosos autores griegos contemporáneos.^{***}

Gutiérrez Vega, apoyado en su sólida formación lectora y en su poder para crear imágenes, construye una poética personal que se manifiesta en la desnudez de las palabras, el uso del lenguaje directo, coloquial, y la expresión de nuevos matices del asombro, la nostalgia, el amor, la sensualidad, el dolor —que se traducen en intensidad y arrobamiento—, la ironía, el humor y cierto toque de amargura.

^{***} Ver, por ejemplo, los textos de Marco Antonio Campos, “Hugo Gutiérrez Vega: las dualidades fructuosas”, y de Gabriel Gómez, “A las puertas del otoño. Los poemas griegos de Hugo Gutiérrez Vega”, en *Hugo Gutiérrez Vega. Palabra de poeta* (coordinador, Alejandro Sánchez), Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2014.

Dado su cosmopolitismo y los constantes viajes y residencias en países extranjeros, no es casualidad que su obra poética haya sido reunida por el Fondo de Cultura Económica bajo el título de *Peregrinaciones* (2002). Peregrinar significa, según la Real Academia de la Lengua, entre otras cosas, “andar por tierras extrañas”, “andar de un lugar a otro buscando o resolviendo algo”. En ese sentido, la poesía de Gutiérrez Vega es el recuento de ese andar por tierras extrañas, tanto en forma literal como metafórica. La palabra peregrinar manifiesta, en él, además, una amplia gama de matices que se expresan de acuerdo con el contexto, y tan pronto nos lanza a las puertas de la ciudad de Bujara, como al territorio de la infancia perdida o a las praderas nostálgicas de la juventud.

Más allá de su connotación geográfica, peregrinar se revela como un desplazarse por los universos instaurados por la poesía. Andar mundos posibles, donde se manifieste “tu esbelta desnudez de enamorada carne”, y donde sea posible detenerse en los pechos de la amada para recorrer su espalda con la lengua y se puedan evocar los deseos en la tarde anochecida, los amores plácidos, los amores sórdidos, pero, también el llanto del desamor, el recuerdo que arde o las memorias del aliento amante que diluye al paso de los días.

Peregrinar es recorrer regiones nebulosas donde sea posible soñar una ciudad, formar sus calles, levantar catedrales en el viento, contemplar una urbe “azul y blanca / bajo la luna de los mongoles”. O más aún, es regresar al territorio de la niñez perdida, para adentrarse en él y tocar una vez más los viejos recuerdos: “una infancia en el campo y en el alma / los olores del heno y de la lluvia”. Y es que nosotros para vivir requerimos / al viento de la infancia.”

No es lo grandioso, lo elocuente, lo magnífico, lo que constituye el brillo del canto del poeta, sino esos mínimos

detalles, tantas veces desapercibidos, que al ser observados y registrados en el texto adquieren las proporciones de una joya. Por eso, resultan ciertas, a la luz de su único poema, las palabras siguientes, fruto de una iluminación:

Lo ves, mujer,
yo tenía razón:
lo que valía la pena
era lo que desdeñábamos
calificándolo de transitorio.

4. La vida sigue siendo un sueño

Peregrinar, entonces, es andar por lugares lejanos y por territorios olvidados en el tiempo, pero también incursionar en los campos del sueño, en regiones donde la vida y la muerte, la identidad y la alteridad se suelen confundir. Gutiérrez Vega se interroga con frecuencia sobre la “realidad” del mundo, de su existencia, y —siguiendo una antigua tradición— traza similitudes entre la vida y el sueño: “Un día soñamos con nuestra propia muerte. / Arribamos a una ciudad sin nombre / y miramos la hora en un reloj sin tiempo.”

Peregrinar es también realizar “el tránsito del sueño”, como lo dice el nombre de un poema, en el que leemos: “¿No terminará nunca la galería del sueño? / ¿Qué hay detrás de este andar sin ver caminos? / ¿Dónde se detendrán nuestras palabras?”. El sueño es a veces la geografía que recorremos; en él son posibles las altas torres nocturnas, el súbito oleaje de la luna o el encuentro amoroso, bálsamo irremediable contra el dolor que acecha, contra la posibilidad del “naufragio más profundo”. Nos dice Hugo

Gutiérrez Vega: “Alta, en la misma tarde / de ese sueño que el viento me arrebató, / te veo llegar callada / con las manos abiertas / en la apagada luz / de aquellos días. / Para sentir tu cuerpo / necesito borrar todas las cosas.”

Imágenes, representaciones, presencia de las cosas que distraen al hombre que recibe el cuerpo de la amada a la orilla del sueño: “Mis manos están ya sobre tus senos / Nada se mueve, / fluye la corriente / bajo el puente de ayer.” En el quieto misterio que asoma al límite de la realidad, la palabra poética traza la dimensión de lo cierto: aquello que se dice es lo real, pertenezca a la vida del hombre o al mundo de los sueños. Por ello, en un poema confiesa: “Yo no soy. Otro hombre se baja de la cama, corre al espejo, calla y recibe su aurora encanecida”. La realidad del día, entonces, se convierte en un hermoso naufragio del silencio, y los sueños, en enjambre, rodean el lecho del poeta —cerca, muy cerca de las viejas memorias— para construir este único presente, tiempo vivo en el que todo se confunde y es posible decir con el poeta: “No sé quién soy, si el niño en la montaña o esta cabeza cana”; o: “siete sueños desbandados por el retorno de la siempre lluvia”.

La concepción de la vida como una construcción del sueño se ve frecuentemente matizada por el olvido, el paso de lo que siempre se repite, los minutos del cuerpo sin cadenas —en los que vuelve, una y otra vez, el mar de la memoria a arrojar a la playa sus gemas olvidadas, sus nostálgicas redes.— En “Palabras para un regreso”, dice el poeta, al volver a ese pueblo que no cambia: “Regreso y me detengo en la plaza, / revivo nuestros corazones de siete años, / inventando lugares siniestros en la calle del río.” Y más adelante se cuestiona: “He regresado y todo sigue igual, pero es distinto; ¿soy el mismo que oyó esas voces

y vio esas mañanas doradas, la luna entre las torres y la puntual guadaña de todos los años?”

Amor, memoria, lejanía, amistad, ciudades reconstruidas, universos en los que la luna es una enorme luz sobre el desierto, encuentros y despedidas constantes, son temas de la obra de Gutiérrez Vega. Temas pulsados en la profundidad del espesor poético. Estamos aquí, en el camino; pero siempre, inexorablemente, nos marchamos. Ése es el motivo de esta nostalgia que mira hacia regiones perdidas del pasado. Ése es el motivo de esta sutil tristeza que nos acompaña y que sólo en los momentos de contemplación o amor, queda provisionalmente relegada: “No somos más que un pañuelo / agitado por el viento de los muelles. / Nuestro deseo es llegar / pero siempre nos vamos./ Somos una risa interrumpida por el invierno; / [...] Pero... somos y eso no nos lo quita el viento. / No seremos, pero hemos sido./ Sirva esto para seguir andando/ por el camino siempre interrumpido...”

Entonces, peregrinar nos permite al poeta y a nosotros (peregrinos como él) seguir andando, mirar “las figuras que viven al otro lado del abismo”, al otro lado de la vida, tender nuestra mirada sobre los otros mundos que hay en éste y sólo revela la poesía cuando los nombra. Ahí están la vida, el laurel, el silencio cortado por rumores, las calles que se dirigen hacia el sol, el amanecer amortajado por el rocío o las madrugadas que se beben desde un balcón. Peregrinamos en la vida y en el sueño, y es por eso que, “como vivimos juntos en el sueño / no puede con nosotros la mañana”.

Pero este viaje no se realiza solo. Nos acompañan el amor y los amigos. Hugo Gutiérrez Vega deja de manifestar que su peregrinación es, en realidad, su vida. La vida. Nuestra vida. Un recorrido circular que comienza y acaba

en el mismo punto: el trazo del poema que le otorga sentido y lo define. En ese tránsito, se abren los espacios a la amistad: reconoce amigos, rinde homenaje a los poetas de su predilección, dialoga con ellos. A ambos, amigos y poetas, les dedica parte de su obra; con ellos mantiene una profunda cercanía que la muerte no logra derribar: “En la noche el paraíso sigue abriendo su rendija, / un fantasma de la luz, / el que hace que los amigos estén siempre aquí.” Y aquí están, en efecto, José Carlos Becerra, Rafael Alberti, Nacho Arriola, Ernesto Flores, Guillermo García Oropeza, Julieta Egurrola y Carlos Monsiváis, entre muchos otros; permanecen aquí, con el poeta, y para ellos es la casa: “Hay para ellos un cuarto, / una cama, dos sillas / y un ropero, un cepillo de dientes...” y poemas, diría yo, muchos poemas, cartas, escritos, en los que los encontramos, a veces como referencia, y a veces retratados por la mano del poeta.

Peregrinar es entonces el nombre de este juego, y nosotros, de la mano del texto luminoso del poeta, nos dejamos llevar por el golpe suavísimo de su voz, por el llamado que escucha nuestro cuerpo, llenándose de olores, de tacto, de elementos sensuales que encienden los rincones del alma que habitualmente se encuentran apagados.

Así, el texto es un camino que se abre a múltiples caminos, un paisaje que se ahonda en otros paisajes. Un canto cuyas notas construyen nuevos cantos, desde cada camino que cruzamos, y una luz que se extiende en el costado del cuerpo, en el sitio preciso en donde el tiempo ha dejado su herida. Bien dice Hugo Gutiérrez Vega:

Somos
la nueva voz,
el polvo nuevo
de la palabra antigua.

Otras voces, otros ámbitos*

Víctor Manuel Cárdenas

Hugo Gutiérrez Vega, ese maravilloso capitán de la alegría, pese a nuestras heridas abiertas, socialmente esqueléticas y musculares, nos ofrece, pese su ausencia física, pero como uno de sus más recientes regalos, la última selección de ensayos breves que realizó y que lleva por título *Otras voces, otros ámbitos*, ciento sesenta y nueve páginas de un libro donde ratificamos, una vez más, que la vida es corta pero intensa, y más intensa cuando se tienen ganas de vivir abiertos, al aire, en los ríos en los cuales la historia del poder nos impone cauces. Son apenas una muestra de las magnificencias de nuestro poeta. Hugo sabía de valles y amaneceres, de ocasos frente al mar, de golpes funestos aparentemente inexplicables y de autores y poemas que acarician y llegan a la eternidad. Las jaulas monótonas si acaso le gustaron para los pericos, aquellos silvestres poderosos que siempre parlotean lo mismo y que imponen sus armas para implantar el terror de la supuesta libertad.

Leer *Otras voces, otros ámbitos* es entrar con permiso a los mundos íntimos y públicos de Hugo. Provocador para vivir la vida, en cuatro apartados donde reúne una selección de anteriores o de sus más recientes, asombrosos y dominicales, bazares jornaleros, Hugo nos invita y nos comparte páginas de su diario público. Sus cualidades de poeta mayor

* Texto inédito y escrito a partir de la publicación de *Otras voces, otros ámbitos* (*Ensayos reunidos*) de Hugo Gutiérrez Vega. Colima, Puertabierta Editores, 2015.

no menguan en cada una de sus páginas, nos ubica en la vida, en la historia, en la amistad, en sus poetas mayores que releía constantemente, a pesar de saberlos de memoria, y en los pasos de nuestros angustiosos siglos XX y XXI. Aun así, Hugo siempre encontró espacio para mirar, observar y enriquecer lo poco o mucho de positivo que encontraba y reconstruía a su paso. Y vaya que viajó. Y vaya que conoció truculencias impuestas por la guerra fría, pero también autores e historias mayores. Y vaya que fue registrando día a día su amplísimo legado de verticalidad, de humor y gran poesía. Sin dejar de ser poeta, en ocasiones se convertía en claro y preciso periodista o ensayista cultural, pues la claridad y la precisión son inherentes a los grandes poetas, y esas cualidades pueden registrarse y observarse en todo lo que tocan.

De López Velarde a Bucarest con Noica; de Noica a Elia-de y Cioran en Chicago o en París; de París a las novelas de Italo Svevo en Trieste; de Italia a sus amigos Poniatowska, Monsiváis, Chema Pérez Gay, Marco Antonio Campos y Ernesto Flores en Guadalajara o en la Ciudad de México; del DF a las exigentes correcciones y al estupendo *Los sentidos de la mirada* de José Hierro en Madrid, con Alberti en el corazón; de España a Inglaterra padeciendo la muerte trágica de José Carlos Becerra, a quien Hugo escribió una dolorosa carta de despedida que se incluye en esta antología maravillosa. Mucho de lo que escribe Hugo en este poema se lo podemos dedicar a él; bien podríamos escribir a Hugo con la herida abierta provocada por su muerte:

... Sin embargo yo sé que no podías dejar el viaje y sé también que la llegada no era el objeto del camino.

Lo que buscabas era llevarte en los ojos todos los árboles, los ríos, los pájaros que pasaban al lado de tu viejo automóvil y que formaban parte de tu cuerpo.

... Todos los días regresabas a tu casa de un día con un asombro nuevo, con un nuevo motivo para mantener los ojos abiertos.

... Como tu compromiso era con la pureza extemporánea, con la más arraigada de las honestidades, hablabas con asombrado amor de la flor amarilla, de todos tus amigos, de tu infancia...

Ahora, con tu muerte (queridísimo Hugo), el río de las palabras ha disminuido su caudal.

La vida sigue sin ti, hermano, pero ya no es la misma ni lo será ya nunca para los que te amamos.

... Gracias por tus asombros, por esa diminuta certeza de alegría que a todos repartiste...

No pretendo agotar todos los temas abordados por Hugo en *Otras voces, otros ámbitos* (Ensayos reunidos). Si acaso mencionar sus miradas a sitios y hechos donde marcó huella: más amigos, siempre muchos amigos, la Escuela de Periodismo, su tiempo memorable en la Casa del Lago, su trabajo diplomático de categoría ejemplar, su amor buscado en la infancia en López Velarde, en Francisco González León, en su hermosísimo Lagos de Moreno; la ya mencionada guerra fría, la transición española, el macabro calderonismo que encuentra en *Te diría que fuéramos al Río Bravo a llorar pero debes saber que ya no hay río ni llanto*, de nuestro amigo Jorge Humberto Chávez...

En fin, como todos sus libros, *Otras voces, otros ámbitos*, es un libro aleccionador para comprender las truculencias y las mínimas certezas alegres de la vida. Los colimenses tenemos por gran honor el que Hugo Gutiérrez Vega nos haya regalado, a través de Puertabierta Editores, dos de sus últimas publicaciones: la antología de poemas *Peregrinaciones*, publicada en 2014 y la reunión de ensayos

jornaleros, *Otras voces, otros ámbitos*, dos libros que ahora nos unen, aunque Gutiérrez Vega ya no vio impresa su antología de ensayos.

Pero aquí está, estoy seguro. Y además también sostengo que por personas como Hugo, vale la pena caminar por el mundo.

Los minutos del paraíso*

Leandro Arellano

El edén divertido

El universo era inagotable y leve y el tiempo se revolvía en su gozo. Transcurría con más o menos suavidad el desarrollo estabilizador. Maravillados por los beneficios de las tecnologías en boga, compartíamos la evolución humana en un prado bucólico que alentaban la prensa, la radio, la televisión, los noticieros cinematográficos... Cicatrizaban las heridas de la Segunda Guerra Mundial, Mandela era enviado al cautiverio, concedían el Nobel a Albert Camus, fermentaba la generación del 68...

Era el tiempo en que se nos abría el paraíso
en todos los minutos del día.
Días de minutos largos,
de palabras recién conocidas.
El ojo de la magia les daba una iluminación
irrepetible.

Es la forma como Hugo Gutiérrez Vega lo dice.
El año ¿1963 o 1964? —no lo precisa la memoria—,
mas de contado corrían las orillas de junio, con motivo de las
festividades de San Juan, el santo patrono. Fresca la noche
que iniciaba, decenas de personas nos congregamos en la

* Inédito.

Plaza Hidalgo, en pleno corazón del poblado, que entonces contaba con unos ocho mil habitantes. Los espectadores y curiosos eran sobre todo jóvenes y adolescentes, aunque no faltaba un buen número de adultos y varios longevos. El tablado tenía como escenografía, al fondo, la imponente arquitectura barroca del Palacio de Herrera, conocida como La Casa de los Perros, construida el siglo dieciocho.

La Plaza, usualmente poco iluminada, esa tarde lucía resplandeciente. La epifanía se extendió no sólo aquella noche, sino tres consecutivas, en que otras tantas veces aclamamos las representaciones de sainetes y entremeses de Los Cómicos de la Legua. Acoger la presencia de un grupo teatral era no sólo novedad en el pueblo sino una revelación. El grupo provenía de la Universidad de Querétaro, a sólo treinta y dos kilómetros de Apaseo.

¿Cómo sospechar que era esa la primera ocasión cuando topábamos con las invenciones de Hugo, cuando su múltiple obra se nos atravesaba? No es improbable que él mismo haya actuado en alguna de las representaciones, pues fue él el fundador y primer director de Los Cómicos de la Legua, el grupo teatral cuya existencia rebasa ya las cinco décadas.

El curso de los años mostró que el teatro sería, como lo es, una de sus aficiones permanentes, y acaso más que el teatro —que cala de distinta manera a cada espectador—, la actuación ha sido una de sus grandes pasiones y la ha mantenido y alimentado toda su vida. Al mediar los setenta, actuó en varias representaciones en la Ciudad de México, como en *La hija de Rappaccini* y *El tío Vania*, y todavía en Atenas, donde era embajador de México, encarnó a Bolívar en *El general en su laberinto*.

Uno de los fenómenos que más nos asombraban en nuestra etapa africana fue la manera como la información de los sucesos se traslada de un país a otro, a través de enormes

distancias y sin la intervención de la prensa u otros medios informativos. Y valía tanto para asuntos importantes como para temas triviales o para simples y abundantes rumores. Noticias de Sudáfrica, Mozambique o del Congo se conocían en Kenia con precisión y veracidad. La rapidez era relativa, como es relativo el tiempo en ese continente que dista de contar con un sistema de carreteras o de tendido ferroviario. En la misma Nairobi todo se corría de voz en voz.

Más o menos del mismo modo tuvo lugar mi segundo encuentro con la obra de Hugo, con las consecuencias de su trabajo, pocos años después, también desde la ignorancia siquiera de su nombre. Hasta Apaseo el Grande —aunque el municipio pertenece a Guanajuato, su cercanía geográfica y su vecindad las tiene con la capital queretana— llegaban los rumores de la agitación que sacudía a Querétaro. En realidad, se recibían más que rumores, pues varios jóvenes apasenses estudiaban en la Universidad de aquel estado: las buenas conciencias queretanas estaban inquietas.

Hugo quiso modernizar la universidad, ponerla al día, darle salida al exterior, vincularla con el jazz y la poesía de Pellicer, Novo y José Carlos Becerra, escribió Monsiváis. Hugo estableció también las Escuelas de Idiomas y de Psicología, y en ésta fluyeron, como debía ser, las teorías de Sigmund Freud. Dicha doctrina se había expandido cuando alcancé el bachillerato, y aunque yo estudiaba en el Instituto Celayense —privado—, hasta nosotros fluyeron las olas queretanas de los estudios psicológicos renovadores con exclamaciones y alboroto, porque en la Escuela Preparatoria —oficial— un profesor de psicología exponía las teorías del psicoanálisis y del pansexualismo.

Hugo se hallaba ya en el extranjero, había retomado su carrera diplomática, representando a nuestro país como agregado cultural en Europa. Se había reincorporado

al Servicio Exterior Mexicano en una de sus más brillantes etapas, cuando la cultura y la inteligencia en nuestro medio se respetaban con la política y la diplomacia.

El edén divertido se agotó con el ingreso a la UNAM. En compensación, el arribo a la Ciudad de México nos abrió el Olimpo privilegiado de la cultura. Hugo encumbraba el vuelo, y lo mismo que otros libros, las primeras obras habían sido descubiertas y leídas por sus amigos y contemporáneos: *Buscado amor*, *Desde Inglaterra*, *Resistencia de particulares*, a los que siguieron *Cantos de Plasencia* y *Cuando el placer termine*, con el que obtuvo el Premio Nacional de Poesía en 1977. Conservo todavía las primeras ediciones de esos libros, cuya lectura nos aportó no sólo regocijo.

Hugo había regresado de Inglaterra y entre 1972 y 1979 ocupaba sucesivos puestos en la dirección de las más importantes instituciones culturales de la UNAM: director de la Casa del Lago, de la *Revista de la Universidad* y de Difusión Cultural.

Lo reconocimos en vivo por vez primera personificando a *El tío Vania*. El cartel que anunciaba su actuación como actor principal todavía lo reproduzco en mi memoria sin dificultad. Espontáneo, albo, imponente, con el espíritu y el pecho en rebosante plenitud, más su formidable voz metálica. Lo aclamamos con entusiasmo, con aplausos y bravos... El personaje chejoviano le sentaba, la representación hubiese complacido a Chéjov. Al paso de los años, Hugo conserva aún —a los ochenta años— el vozarrón nítido y sonoro de entonces.

¿Cuándo lo conocí personalmente? No lo recuerdo. Yo había ingresado a la Secretaría de Relaciones Exteriores y más adelante al Servicio Exterior Mexicano. Los hados nos entreveraron en la diplomacia mexicana entre pasi-

llos y escalafones de la burocracia de Tlatelolco. Conservo en especial la gratísima memoria de haber viajado a una larga reunión de la CEPAL, cuando Hugo se desempeñaba como cónsul general en Río de Janeiro, al mediar los ochenta. Conversamos varias veces y nos introdujo en lo importante de aquella ciudad, que no pudimos admirar de lleno por razones de trabajo, excepto compartir opiniones y restaurantes. Había llevado conmigo, eso sí, un ejemplar de su poesía reunida.

Desde entonces, el trato fue, si no continuo, sí con la confianza que genera el afecto natural. Él se desempeñaba, sobre todo, en la parte más rica, noble y brillante de los activos nacionales: la promoción y la difusión de nuestra cultura; nosotros transitábamos en otras áreas. Distintos motivos laborales nos dieron ocasión para algunos encuentros y conversaciones, mientras se desempeñó como cónsul general en Puerto Rico y, sobre todo, cuando fue embajador de México en Grecia.

El hábito de tomar notas de lecturas, vivencias e ideas lo adoptamos muchos años después de leer lo escrito en aquella etapa por Hugo. A cada nueva relectura ha habido un descubrimiento. Más desde *Buscado amor* hasta *Cuando el placer termine* —que en mi propia visión distingo como su primera época— disfruto con fruición intensa y reposada, un como deslizamiento vaporoso y reconfortante de la palabra elaborada.

La fuente de la gracia

Desde entonces se nos revelaron las virtudes de su poesía, la cual ha mantenido y depurado. En primer lugar, el hecho de que Hugo escribe sin metáforas ni rebuscamientos, en vía recta, lineal digamos:

Conspiran a nuestro favor
una clara madrugada
y un bosque de altas ramas
con los brotes apenas nacidos.
Ayer la tierra desnuda
tenía un dedo puesto en los labios.
Hoy que abre los brazos
es posible tocarla,
decir que la soledad es buena...

Varios poetas y críticos han destacado ya otra de las más sorprendentes —y conmovedoras— cualidades de su poesía, que reside en la aparente contradicción de andar errando por el mundo civilizado —Roma, Londres, Madrid— que, sin duda, lo sazonaron, y no obstante tor-
nar siempre a las maravillas de Lagos de Jalisco:

Regreso y me detengo en la plaza,
revivo nuestros corazones
de siete años,
inventando lugares siniestros
en la calle del río.
Las mañanas doraban
las alas de los canarios
y las plantas recién llegadas
nos hablaban del día.

Por otra parte, yo no creo que Hugo sea un poeta que recurre a la ironía, como no lo hacen sus admirados modelos: González León, López Velarde y Sabines. De su poesía destaca la cadencia y la gracia, un ritmo que nunca se excede ni se rezaga. Hay que cerrar los ojos y escuchar la poesía de Hugo. El tono siempre firme y flexible, abas-

tado siempre, siempre grato, poesía que convoca a vivir, un rasgo que irá fortaleciendo con los años.

Llega un momento en que el tiempo se me confunde con la historia de sus libros.

Como los hombres de la antigüedad o del Renacimiento, Hugo conoce y atiende varios oficios. Desde hace más de tres lustros dirige *La Jornada Semanal*. Ha publicado varios libros de ensayos, académicos y literarios: *Los medios de comunicación, Información y sociedad, El teatro en México, Luis Buñuel, El erotismo y la muerte, Bazar de asombros*, por citar algunos.

Su columna semanal equivale, en literatura, al confort espiritual que nos aporta la lectura de algunos salmos o los Hechos de los apóstoles. Su *Bazar* dominical revela también una curiosidad intelectual nunca acabada, una erudición vasta, su humanismo, su compromiso con la decencia, con la piedad y con la vida civilizada.

Hace pocos años, la Academia Mexicana de la Lengua lo acogió en su seno, como nuevo miembro de número, en una de esas no demasiado comunes coincidencias en que el homenajeado recibe tanta honra como quien ofrece el homenaje. Gonzalo Celorio, en su respuesta al discurso de ingreso, reconoció que Hugo debió de haber ingresado antes a esta institución.

Otro más entre muchos homenajes que ha recibido y recibe Hugo, declaro en estas líneas que acato un compromiso con su generosidad ilimitada, la serena y continua gracia de su poesía y las enseñanzas todas de su obra.

Jorge Valdés Díaz-Vélez, Alejandro Pescador, Andrés Ordóñez y Alejandro Estivill, más jóvenes que yo, se me adelantaron en publicar. Mis circunstancias eran otras. Pero en una comida con Hugo, *Jorge y Pescador* se cuadró mi participación —en 2003— en un número de *La*

Jornada Semanal dedicado a los “Escritores diplomáticos”, que Jorge coordinó. Yo venía escribiendo de tiempo atrás, anotando, ensayando, pero no había publicado. Desde esa ocasión, la charola de mis colaboraciones está surtida casi siempre, y si no, Hugo me lo recuerda: Leandro, necesitamos más textos.

Comparto con él varias aficiones y herencias como las vivencias y obsesiones del Bajío. La afición por la cultura rumana es otra. Desde las ciudades donde nos ha enviado la diplomacia mexicana hemos mantenido con él y Lucinda un afecto creciente y una relación de cercanía estrecha, no esa cotidiana que afloja ciertos resortes y no garantiza lealtad, sino la profunda, la afectiva que puede suspenderse por años y se retoma como si sólo hubiesen transcurrido minutos.

Así sucedió desde nuestras estancias recientes en Rumania, Corea, El Salvador y en Venezuela en la actualidad. En Caracas, hace unas semanas, participó en el 12 Festival Internacional de Poesía. La noche de la inauguración, en un teatro abarrotado —el Teresa Carreño— con un público de múltiples procedencias, poetas de varios países y edades leyeron algunas de sus propias creaciones. Durante el turno de Hugo un silencio reverente se apoderó de la sala, sólo su voz metálica fluía en las ondas acalladas:

“La muerte es grande” dices, y la vida se concentra en tu trenza,
No hemos perdido nada. La mañana sigue entrando en la casa;
entrando sin cesar.

Si nada cesa tú nunca cesarás.

La muerte grande te besó en las mejillas
y nosotros lloramos y reímos.

Estábamos contigo.

Tu memoria no se detuvo nunca.

Los años griegos

La tercera etapa poética de Hugo, plena, llena, abastada, la componen —de acuerdo con nuestra gana— *Los soles griegos*, *Cantos del despotado de Morea*, *Una estación en Amorgós*. En los poemas griegos, Marco Antonio Campos —uno de los mejores lectores de su poesía— ve más sencillez de expresión y complejidad de contenidos.

En efecto, en *Los soles griegos* la totalidad humana se abre y alcanza la plenitud poética, la palabra envuelve al mundo y el poeta abraza la vida. Se eleva al tono franciscano con la confianza de quien ha arribado a la paz, al nirvana poético:

Esta mañana,
nuestros hermanos,
los santos animales
se apoderan,
con su gracia total,
del escenario.

Como Darío, como Nervo, canta a la vida con gratitud apacible y sonriente. En “Fin del verano”, sigue escalando y se remonta no sólo hasta la palabra luminosa, sino también, entreverada, a la sabiduría de la vida consumada:

Pobre verdad la nuestra
y, sin embargo, apretamos los puños
y decimos que la palabra es buena
y la vida es sagrada.
Una derrota mínima no empaña
La gloria de lo creado.

Ya desprovisto de cuidados, revela su fe con serenidad:

Renunciaré a todo menos a la vida,
viviré cada minuto con los ojos abiertos
sin esperar otra cosa que la salida del sol.
Así, cada minuto equivaldrá a una vida entera.

Y en su longeva plenitud —otra vuelta a la niñez—
retorna a la infancia, revelando la fuente que le recrean
los minutos del paraíso original:

... y hay en esta ancianidad
una carga de vida,
una última y deslumbrada salpicadura
de la fuente de la gracia.

Caracas, julio, 2015

Hugo Gutiérrez Vega, poética del peregrino*

León Guillermo Gutiérrez

El desierto tiene una relación intrínseca con la poesía, los dos son territorios que brillan bajo un sol deslumbrante. En el desierto y en la poesía, la condición de soledad es el estado necesario y propicio para que en ambos se manifieste la grandiosidad de su geografía. El origen mítico de los huicholes es Wirikuta, el desierto donde nació el sol y que dio forma al mundo. Para ellos, el desierto es un espacio sagrado, un gran templo que se debe bendecir y proteger. Para el poeta, el lenguaje es el ámbito sacro que se debe preservar, del que nace y toma forma el poema; el templo es la poesía.

Sin lugar a dudas, la palabra peregrino es una de las más emblemáticas del misticismo de todos los tiempos y de las diversas religiones. El peregrino simboliza el viaje terrenal del hombre que, despojado de todo bien material, vence los obstáculos del camino que lo llevarán al destino que por devoción eligió. Las tierras de este singular caminante nunca serán propias ni las mismas. El viajero que emprende la peregrinación sabe que está expuesto a grandes contratiempos y, en su andar solitario, la fe es el estandarte y el escudo que lo guía. La meta del peregrino es la purificación. El desierto como la poesía ha sido el espacio propicio donde los caminantes encuentran su casa natural que es el viaje, errar en las doradas dunas de arena, en el misterio y deslumbramiento del poema.

* *La Jornada Semanal*, núm. 704, 31 de agosto de 2008.

En el Génesis leemos: “La tierra no tenía forma ni contenía nada; negra oscuridad cubría la faz del abismo y el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Y Dios dijo: ‘Que haya luz, y hubo luz.’” Así también, leer las *Peregrinaciones. Poesía reunida* (1965-1999), de Hugo Gutiérrez Vega nos produce la sensación de estar leyendo la bitácora de un viaje que en un principio no tenía forma y que por obra del lenguaje del escriba se convertirá en verdadera luz creadora.

Hugo Gutiérrez Vega ha titulado *Peregrinaciones* a la reunión de los catorce libros de poesía que ha publicado y que, a su vez, son el diario de su triple itinerario: el primero, su andar por las más diversas tierras de los cuatro puntos cardinales; el segundo, su paciente laboriosidad con que ha meditado y escrito su poesía, paso a paso, sin prisas; y el tercero y último, el del caminante que al final del viaje se ha purificado por obra de la poesía en palabras de nostalgia, testimonio, crónica, vaticinio, amor, luto, pruebas de su peregrinaje.

A cincuenta años de su primer libro, quisiera volver a la estación de donde salió el joven poeta y recorrer junto con él el viaje iniciático. Me refiero a su primer libro, *Buscado amor* (1965), en el que dibuja con precisión los futuros paisajes de su largo y espléndido viaje poético, lo que nos lleva a intuir que el poeta-peregrino inició ambos viajes (poético y terrenal) con la seguridad de quien sabe que lleva el equipaje justo. El poeta no sólo nos invita, nos toma de la mano y nos conduce a un periplo que inicia con su primer poema de juventud, donde la luz se abre nombrando el amor y en las palabras se cierne el espíritu del poeta, quien sabiendo que todo está por ser creado comienza en la mañana. Joven sabio que intuye que en ese camino estará solo, dice a los montes, sus únicos testigos: “Este nombre, / hoy viernes de otoño, / dicho ante los montes, / estas palabras / lentamente / deletreadas...”

El poeta también descubre la noche, pero no la de las tinieblas; la suya es la noche incendiada: “Ese grito en la entraña de la noche / oyes amor, / los pájaros del alba.”

La juventud florece, madura, y con ella la fortaleza y el ímpetu rotundo que nos hace invencibles, porque ciegos no miramos las heridas que llevamos dentro, que el tiempo convertirá en llagas. La soberbia y el orgullo de saberse joven hacen que el poeta proclame:

La persistencia de la lluvia
no impedirá que lleguemos a nuestras casas
que el tiempo apenas ha tocado.

Y efectivamente, ese tiempo ilumina y asombra todos los sentidos; ávido, el poeta todo lo siente y todo lo nombra: “El ruidito de polillas incansables, las manchas de la humedad, la pintura y los agujeros de la pared, la barriga caliente, los órganos sexuales encogidos, los pies caídos sobre la madera, las piernas delgadas y ágiles que corren sobre el viejo pavimento cubiertas por una faldita corta.”

Chesterton decía que un hombre que no lleva en sí una especie de imagen soñada de sí mismo es tan monstruoso como un hombre sin nariz. Seguro estoy de que Hugo Gutiérrez Vega, desde su querido Lagos de Moreno, en los Altos de Jalisco, construyó su imagen soñada: poeta y trashumante. En el primer poema, “Madrigal pensativo”, encontramos veladamente una forma de arte poética: “Decir un nombre, lentamente / sin prisa, / dejarlo entre los labios / y madurarlo / para que perdure. / Ha habido otras mañanas / como ésta, / otros días ya arrumbados / y otros nombres ya dichos, / pero dichos de prisa, / sin que puedan / entregar su sabor, / sin que la boca / les arrebatte el aire.”

La poesía de Hugo Gutiérrez Vega está hecha de “palabras lentamente deletreadas”. Poesía para decirla en voz alta, desde los labios, donde se madura la palabra que realmente permanece. El poeta, consciente de que es un eslabón más en la tradición poética, y que más de una, ya pretérita, ha sido arrumbada en los trebejos inservibles, invoca a la meditación y a un ejercicio sin prisas para que la poesía se convierta en una verdadera entrega. El poeta y la palabra se funden en el lenguaje que la boca arrebató al aire.

Varios son los elementos que circundan y sitian este primer libro, elementos que forman la estructura y pilares de una obra poética arquitectónica. Gutiérrez Vega, al igual que el brasileño João Cabral de Melo Neto, previamente formuló cada uno de los trazos, diseñó con cuidado los planos, y, sobre todo, eligió el material de puertas, ventanas, techos y pisos de lo que con el tiempo sería su propia y única casa: su poesía. En este su primer libro, el basamento lo integra un grupo de hermosos poemas de amor, de amor intenso, genuino, en que cada palabra estrecha el abrazo puro de los amantes, sin importar la distancia o el inmenso océano que separa los cuerpos.

Como segundo elemento nos encontramos el inicio de su peregrinaje terrenal; el quinto poema ya está escrito en Roma, me imagino que transcurre el año 1965, el mismo en que entabla amistad con Rafael Alberti, quien en la primavera de ese año escribiría sobre Hugo Gutiérrez Vega: “Hermosa voz, a veces desolada / y a tientas, aunque siempre / capaz de volver clara, pura y joven / del más hondo desierto.”

El exilio del poeta jalisciense es a la vez el puerto que lo ancla al mismo lugar; si bien es cierto que desde niño sus ojos se acostumbraron al cambio de paisajes, en su mente sólo dio cabida a uno solo: el de la casa de la infancia. Además de Roma, en este libro se encuentran París, Dover, el río Sena,

Grecia y sus islas. Pero el poeta no emprende un viaje solitario, se hace acompañar en el homenaje, las citas y dedicatorias de Apollinaire, Novalis, Bergman, Pablo Picasso y sus amigos: Ignacio Arriola, Jorge Galván y Salvador Alcocer. Estos nombres con el tiempo se multiplicarán en una inmensa galería de afinidades, recuerdos, querencias, gratitudes e invocaciones. Creo que este es uno de los hallazgos en la poesía de Gutiérrez Vega, poeta que no grita y magnifica la condición de soledad del hombre, peregrino sereno, que decide dialogar, escuchar, recordar y hacer de su poesía una polifonía de voces. No se trata de una mesa redonda ni de una fiesta donde las palabras a medio decir son arrebatadas por otras palabras también incompletas. Es un viaje en donde el poeta a veces camina meditabundo, otras se deja vencer en la contemplación de cielos y sombras nocturnales. Las voces que invita son aquellas que son producto de largas horas de lecturas, de diálogos con otros viajeros, voces de camaradería, de intensos afectos, y que juntos son el pan y el vino que toma en donde hace posada. De este peregrinaje dice Carmen Villoro:

Con el asombro como único boleto y el equipaje de los sentidos abiertos accedemos a la luz de Samarcanda, nos sentimos frágiles ante el vendaval y la tormenta sobre las piedras inmortales de Plascencia, nos quemamos de frío bajo el sol de Gredos. Ya vamos de Irán a Tlayacapan, a veces en alfombra mágica, a veces “desplegamos las velas más altas / y zarpamos, esperando un naufragio más profundo.” La nostalgia nos alcanza en Castilla, algo de las cúpulas de la ciudad de Soria nos recuerda una torre “encendida en el aire de Jalisco” (quizá sea la de San Julián). Córdoba y Tomelloso, Salvador de Bahía, el barrio de Georgetown en la ciudad de Washington o una pequeña iglesia en el campo de Bizancio son los paisajes que el poeta nos ofrece.

Y más adelante agrega: “No hay como tocar el milagro, como caminar apisonando la tierra de la lejanía; nada como respirar el aullido de la lluvia. Es un viaje que se hace con el cuerpo y con el alma.”

El tono de la poesía de Gutiérrez Vega no es altisonante, de irreverencia, ni tampoco de pálidos matices; equilibra la tesitura en una voz acompasada, no solemne, aunque unas veces es tan grave que las palabras saltan del papel. En un tono narrativo nos da muestra de su habilidad descriptiva, elabora extraordinarios retratos de ciudades, rostros, paisajes, climas. Entre líneas nos comparte su gusto cinematográfico, sus meditaciones sobre el hombre y el tiempo, su ira en contra de la guerra, la búsqueda de su propia voz, la intensidad y arrebató de su amor joven, la nostalgia de la infancia, su lectura del gran Villaurrutia, de su entrañable Francisco González León, y su poeta de cabecera, don Ramón López Velarde. No obstante, la palabra “ciudad” parece inundar todo el libro. Esta palabra es la llama que da calor, que incendia e ilumina el libro. Ciudad siempre distinta y siempre la misma. ¿Será la condición del poeta y su voz?: “No es la misma ciudad / pero son las mismas calles, / las mismas sombras jadeantes y pesadas, / la misma música que lucha con las luces, / la misma sucesión de imágenes rotas / en los charcos, / y el mismo paso de la juventud sorprendida...”

El poeta toma el estandarte de una nueva generación cuya niñez y adolescencia estuvo impregnada por la Segunda Guerra Mundial, y la juventud por los nuevos vientos de libertad donde el poeta se coloca en el centro del poema. Irredento, como todo poeta joven, cierra el libro con la proclama: “Somos la nueva voz, / el polvo nuevo / de la palabra antigua.”

La “nueva voz” con el tiempo se consolidaría como una generación prominente, integrada, además de Gutiérrez

rez Vega, por José Carlos Becerra (1937), Isabel Fraire (1934), Juan Bañuelos (1932), Gabriel Zaid (1934), Francisco Cervantes (1938), Óscar Oliva (1938), Jaime Labastida (1939), José Emilio Pacheco (1939), Guillermo Fernández (1934), Jaime Augusto Schelley (1937), Marco Antonio Montes de Oca (1932), Jaime Sabines (1926) y Thelma Nava (1931), entre otros.

Esta generación trae consigo una zaga extraordinaria. Les antecede el gran movimiento hispanoamericano de las vanguardias, que daría una de las más grandes poesías en español: la generación española del 27; y en México: el grupo Contemporáneos. Más cerca aún están Octavio Paz (1914-1998), Efraín Huerta (1914), Alí Chumacero (1918), Rubén Bonifaz Nuño (1923), Rosario Castellanos (1925) y Jaime Sabines (1925). Sin embargo, en este su primer libro, Gutiérrez Vega abrevó también en otras fuentes, sus paisanos Francisco González León (1862) y Alfredo R. Placencia (1875), Ramón López Velarde (1888-1921), a quien bautizara como el “padre soltero de la poesía mexicana”, además de su atenta lectura de los poetas ingleses, griegos y brasileños. Monsiváis, el también agudo crítico y conocedor de la poesía mexicana, dijo que, en la poesía de Hugo Gutiérrez Vega, la ironía, que se entrevera con la timidez romántica, es una forma de piedad, y el autoescarnio una manera de suspender los juicios para dejarle libre juego a la añoranza, a la serenidad de la desesperación.

El Apocalipsis, último libro del Nuevo Testamento, dice: “Luego contemplé un cielo nuevo y una tierra nueva porque el cielo anterior y la tierra de antes habían desaparecido, y ya no había mar.” Si en el primer poema el poeta está de frente a los montes, en el último se encuentra solo y a resguardo dentro de la casa, porque sabe que el cielo anterior y la tierra de antes han desaparecido: “Desde la

ventana veía / una pequeña asamblea / de pájaros azules / anunciando el fin del otoño. / Estaba solo en la casa del bosque / y sentía, podía sentir, / cómo el corazón se agitaba en el pecho, / mientras los pájaros despedían la estación / y ya caminaba el invierno.”

En el primer libro de poesía de Gutiérrez Vega, asistimos a un viaje por aire, donde se fincan los sueños y los deseos; por barco, porque: “En el mar, uno y todos, está el hombre”, y en el ferrocarril que nos afianza a la tierra, para sembrar las semillas de nuestros árboles y a donde desnudos volveremos.

En el Nuevo Testamento leemos que Jesús, conducido por el Espíritu Santo, permaneció cuarenta días en el desierto y venció las tentaciones del diablo diciendo: “Está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto.” Hugo Gutiérrez Vega, guiado por su voz de poeta-peregrino, durante más de cuarenta años ha rendido veneración al lenguaje como espacio sagrado donde nace el poema y el polvo nuevo de su poesía. Polvo deslumbrante como el sol del desierto.

Cordel en el abismo*

Pedro Serrano

Siempre hay, en la obra de un poeta, poemas que mejor definen sus dudas, sus intereses, que mejor definen, en suma, al poeta. “El Pontífice” es, creo, un poema con estas características. Poema personal, íntimo, usa el título como un espejo, que a su vez se ve reflejado en el espejo fijo del destino. La duda, el pontífice, el destino: son los tres planos en los que se mueve el poema. El poeta es, entonces, el que predice, el que sabe, el que duda. O al revés: el que duda, el que por dudar sabe, el que por saber puede decir, puede predecir. “Vivo en el descalabro”, comienza este poema, y Gutiérrez Vega es un poeta que, antes que nada, duda, y dudar es para él aventarse al vacío, a la conciencia del dolor y a la imposibilidad de la certeza. Así, antes de descalabrarse, decide hacerlo. Podría decir también: vivo por el descalabro, porque, como dice en otro poema, no es la luz, sino un fantasma de ella, un fantasma reconocido, un fantasma sabido que lo hace continuar, lo que lo hace, luego del naufragio, desplegar las velas, las más altas, y zarpar, “esperando un naufragio más profundo”. Poeta consciente, poeta amargo, por lo tanto, sus bromas son a veces más duras, más desoladoras que sus quejas y su poesía, como el amor, lleva esa almendra amarga del que acepta el destino, del que lo conoce y acepta, del que, a fin de cuentas, lo inventa. Porque la poesía es

* *Material de Lectura*, núm. 91, UNAM, México, 1983.

una creación desengañada, esa ficción aceptada y asumida, y los mejores poemas de Gutiérrez Vega son aquellos que, aceptando el engaño, lanzan sus velas para que el desastre, para que el naufragio, sean mayores. Dudar es, en cierto modo, desencantarse. No esa realidad, sino ese movimiento, esa posibilidad, ese ser posible de las cosas es la poesía de Gutiérrez Vega. Poemas como “El Pontífice”, o como “Variaciones sobre una Mujtathth de Al-Sharif Al-Radi”, o “Golfo de California”, son ese movimiento de la nueva duda, de la que nace después del desencanto, de la que hace posible el poema, y la vida de nuevo. Son ese “aguijón de un mar cansado” que “clava sus espuelas en el costado del vacío”, que hace que el poeta asuma su destino, acepte la tragedia de la imposibilidad de salvarse y, paradójicamente, en este asumir la tragedia que es vivir en duda, encuentre una nueva posibilidad, una duda continua que lo destruye y lo crea, que lo deshace y rehace continuamente, trágica y dolorosamente:

Tal vez esta búsqueda
y la certeza del engaño
sean una oscura forma
de la gracia.

Tradición y literalidad: peregrinaciones del deseo*

José María Espinasa

La década de los sesenta fue una época crucial para la poesía mexicana. En ella suceden una gran cantidad de hechos, giros y planteamientos que aún hoy están lejos de haberse puesto en perspectiva. Lo que sucedió tiene muchos niveles: histórico, sociológico, pero, sobre todo, ético y estético. En este último campo es una década que asume (y reivindica) la herencia de Contemporáneos, escribe abajo la luminosa sombra de *Libertad bajo palabra* y de los primeros libros de Sábines. (En narrativa sucedía algo similar: los años anteriores fueron los de *Los días terrenales*, *Pedro Páramo* y los cuentos de Arreola.) La década de los sesenta, en que se publican *Salamandra*, *Blanco* y *Ladera este*, son años de preguntas, dudas e incertidumbres.

La poesía en movimiento (la antología, sí, pero también la idea que ella puso en juego) fue un intento por darle un rostro, labor que por muchas razones fue un éxito, tal vez excesivo, y una de ellas es que la literatura mexicana es poco dada a tener varios rostros, a ser realmente plural y presenta casi siempre variaciones del mismo. Explico: los tiene, pero no los acepta en conjunto, los jerarquiza. Un ejemplo son los Contemporáneos. Estando tan cerca Novo de Villaurrutia representan, sin embargo, dos poéticas distintas, incluso diría que distantes. Los frutos que se desprendieron de Villaurrutia fueron muchos y muy

* *Hacia el otro*, Coordinación de Difusión Cultural, UNAM, 1990.

variados; los de Novo, escasos. Pellicer y Gorostiza, aunque aparentemente más distantes, no representan otra poética. Pero nada sería explicable sin ellos cuatro en las poéticas en la segunda mitad del siglo.

Salvador Novo, se dice a veces, no le hace gran falta a la historia literaria mexicana. Que no cunda el pánico, voy a agregar: aparentemente (cualquier intento de definición histórica es aparente), pero por ahora tratemos a lo aparente como verdadero (cosa harto frecuente). La figura pública de Novo, caricatura de sí mismo, hizo que su poesía tuviera que leerse a contrapelo. Más tarde, la obra de Octavio Paz, múltiple y diversa, vuelve complicado discernir los niveles en que se desarrolla la tradición. En él —es evidente— hay presencia de Novo, o sería mejor matizar: los autores que también Novo leyó.

¿Qué pretendo con esta larga introducción? Señalar uno de los problemas más intensos desde los años sesenta, el de la literalidad de la poesía, ése al que la poesía en movimiento hizo a un lado cuando era su mejor expresión, ése que recorrerá y corroerá la obra de poetas tan poco literales como Marco Antonio Montes de Oca, o dará su sello a poetas tan irónica y perfectamente literales como Eduardo Lizalde o Hugo Gutiérrez Vega. Es a este último a quien le cuadra mejor el segundo adjetivo.

Antes de entrar en materia hay que decir, en descargo de la poesía en movimiento, que hubo una tendencia, en el momento de la antología no plasmada todavía, aunque fuera ya inminente: ni Eduardo Lizalde, ni Gerardo Deniz, ni Hugo Gutiérrez Vega habían escrito aún sus libros importantes, y representan tres opciones muy diferentes del canon instituido en la antología, y son negación y legitimación a la vez de una tradición distinta, ella sí inexplicable sin Salvador Novo y *Nuevo amor*.

Con Gutiérrez Vega sucede algo muy frecuente: sus libros, al publicarse, han gozado de una breve y no siempre afortunada (si acaso cortés) atención de la crítica (da la impresión de que se lo quitaban de encima) y de los lectores. Lo cierto es que no fueron libros de una brillantez inmediata (cosa hartó frecuente en otros autores contemporáneos suyos, cuyos libros son como fuegos de artificio y se apagan pronto). Es hasta que se reúnen entre sí y se apoyan mutuamente que cobran su dimensión real en *Peregrinaciones del deseo* (poesía 1965-1986).

Es por la inercia de eso que llamamos antes historia aparente que al leer a Gutiérrez Vega lo sentimos ajeno a nuestra poesía. Es demasiado literal, tiene demasiada confianza en la lírica como un derecho del “yo personal” (y no del “yo del lenguaje”, que sería en el otro extremo del espectro la actitud de Marco Antonio Montes de Oca, quien también habla confiado). Su primer libro, desde el título, recuerda a Novo: *Buscado amor* (1965). Sin embargo, le devolverá la historia su jugarreta y esto será también aparente. No tiene (ni probablemente quiere) la rispidez y el tono desencantado de Novo. Su atmósfera recordaría, aunque más ceñida, a la de León Felipe. ¿Es un libro de influencias, como parece desprenderse de lo dicho? No, para nada. La personalidad del poeta está de cuerpo entero. Y es que una poesía que habla siempre desde el “yo”, difícilmente puede dejar de parecerse a otros yo que en el mundo han sido. De esto lo salva un poco lo que lo aleja de León Felipe y lo restituye a la tradición villaurrutiana: su aspecto “literario”. Apenas comenzando el libro hay ya un “Homenaje a Apollinaire” (muy bueno, por cierto). Es que el “yo” del poeta no es (aunque individualista) el de aquel que quiere decir al mundo cosas que lo “salven”, sino decir las para hacer uso de la palabra poética, diga lo que diga,

o mejor si digo lo que a mí me pasa. (¿No les suena esto un poco a Pavese, ese autor tan leído en aquellos años?)

Para el escritor resultaba evidente que esta posición frente al texto no se podía mantener por mucho tiempo. Hay quien simplemente deja de escribir, hay quien descubre en esa voz del yo otras voces (y en otras voces la suya propia). Ese escritor sabe que la confianza en lo que se dice es el camino menos indicado para encontrarse con el poema. Sus rasgos estilísticos son ya muy claros: un abierto rechazo a la metáfora y al barroquismo visual, una cierta llaneza en la expresión y una emotividad más que inmediata (o sea: todo lo que no era la buena poesía mexicana en ese momento; y no pretendo defenderlo por su “originalidad”, lo más probable es que la otra poesía tuviera la razón poética de su parte). Pero a los poetas que fundan su escritura en los rasgos mencionados les es esencial el oído musical tanto como conversacional, ese que después de Eliot nadie duda que existe.

La inteligencia del poeta no consigue dominar, sin embargo, las ganas de “decir” y el verso sigue brotando. El contacto con la literatura inglesa, en especial su poesía, menos intelectualizada que la francesa (influencia principal de la tradición poética mexicana), le hizo bien. Su segundo libro lleva por título *Desde Inglaterra* (1972). Es allí donde asume su literalidad plenamente. El poema, para significar otra cosa, antes tiene que significar precisamente aquello que dice y no “otra cosa”, no puede plantearse ya como sentido antes de proponerse como significado y encontrar en este primer nivel algo del segundo, de una manera “elemental”. (Lo mismo se proponía Gerardo Deniz en *Adrede*, un libro de la misma época, pero radicalmente distinto en sus soluciones y que recorre el camino a la inversa.) A este decidido tono anglosajón le aportó un aire de nostalgia que

vuelve al libro algo singular. Da a las palabras y a los versos una velocidad meditativa, no busca la poesía sin tiempo, sino al revés, la poesía del tiempo (más cercano a Robert Lowell que a Eliot o a Dylan Thomas —aunque él no quiera—). Con esto va despuntando algo que después se agudizaría: parece un poeta español contemporáneo.

Al leer la obra en conjunto, uno tiene un poco la imagen del escritor en una doble tarea, escribir mientras es el primer lector de lo escrito por él. En algunos casos, esto produce autocrítica; en otros, indiferencia, en otros, desarrollos teóricos, paralelos a la obra, en otros, esterilidad. No sucede con Gutiérrez Vega ninguna de estas cosas. Pasa algo más primario: bruscos golpes de timón (que al final se van a revelar aparentes), más primarios, pero más vitales: esto es aquello que lo lleva a escribir *Resistencia de particulares* (1972), su mejor libro hasta ese momento. En él se manifiestan al desnudo tanto sus virtudes como sus defectos. Hugo Gutiérrez Vega pasa por “influencias”, por “maneras”, estar sin estar en realidad en ellas, sin vivirlas en profundidad. Sucedió con la poesía anglosajona, sucede en este libro con los poetas árabe-andaluces, sucederá con la poesía española, la italiana, y otra vez con la anglosajona. En principio esto sería a la vez que una muestra de curiosidad por la alteridad, la incapacidad de vivirla en el texto, pero pronto descubrimos que es más un producto de esa confianza en la poesía como comunicación. Esta confianza es el origen de la modernidad (el Artista con mayúscula). Aunque nos parezca hoy como una concepción caduca, el hecho es que sigue dando poemas.

No fue una inmersión a fondo en la lírica árabe-andaluza lo que sucede en *Resistencia de particulares*, pero sí una adscripción muy consciente que fertiliza al poeta mexicano. Las máscaras, sin encarnar, le hacen ganar poder expresivo.

Va refinando su relación con el oficio de hacer versos, se siente más seguro ese “narrar” tan extraño para la poesía mexicana (esto recuerda otra vez a Pavese). Es lo que él indica al lector con sus “claves” cinematográficas, arte narrativo modelo, como en el espléndido “México-Charenton”. Aquí se ven más claramente las referencias personales como un rasgo estilístico. Se trata, pues, de una poesía deliberada y necesariamente autobiográfica, más allá de sus referencias culturales. Sin embargo, por más confianza que se tenga en el gesto poético, no se puede referir simplemente lo vivido. (No hay que ser sentimentalista: la vida no es poesía.) Tiene que haber una disposición a perder la literalidad, un trabajo formal que la ponga en duda. Para un poeta como éste resulta incluso doloroso, y lo hace a partir de un cierto fetichismo más de las cosas que de las palabras. Esto se ve muy claro en *Cantos de Plasencia* (1977), pero, sobre todo, en *Cuando el placer termine* (1977), donde el poeta juega fuerte y apuesta su escritura.

Paralela a esa apuesta va creciendo la nostalgia, se va dejando invadir por el fluir del tiempo. Esto es su mayor riesgo: perderse en un recordar tibio y apoltronado. No sucede así, aunque el peligro latente debilita al conjunto. (Sería éste su perfil español mencionado antes.) La mirada vigilante del escritor quiere encontrar en el humor (que ya lo acompañaba desde antes) el antídoto contra ese “aire envejecido”. Escoge bien el aliado, a pesar de que no maneja ni la iconoclastia de Lizalde ni la aspereza de Deniz. Le da un aliento de un risueño escepticismo el haber encontrado su tono preciso: esos textos que se van formando como a partir de “escenas narrativas”, donde el poema parece ser a la vez una indicación escénica (no hay que olvidar que el autor también es actor).

No es la poesía de Gutiérrez Vega de largas meditaciones conceptuales (frecuentes en la poesía mexicana) ni un

surtidor de metáforas y pedrería de destellos (por eso, no le “sale” del todo bien su vena epigramática). Su tono es el del monólogo (a veces en varias voces) que no exige tensión intelectual ni formal, sino tensión dramático-narrativa. No se crea que son poemas gritones y gritados (como los del ya mencionado León Felipe), no, la mayoría de las veces son dichos en sordina, con un cierto histrionismo que no llega a molestar. En todo este camino siguen creciendo los elementos de fetichismo biográfico a la vez que se carga de referencias culturalistas, lo que da mayor riqueza y diversidad a los textos. Donde se cifra la vuelta de tuerca de *Peregrinaciones del deseo* es en *Poemas para el perro de la carnicería y algunos homenajes* (1979). En el poema que da título al libro Gutiérrez Vega lleva al límite su llaneza expresiva consiguiendo a la vez tensión emocional. Su lirismo personal está allí mejor puesto que en el resto de su poesía. Había que dar un giro, ya amenazaba la repetición y además no se podía simplificar más la versificación, en el mismo filo de los renglones cortados. Como si se hiciera un esfuerzo, los pulmones se llenan de aire y el verso vuelve a tomar vuelo.

A estas alturas de su poesía hay detalles muy claros: la unidad es asombrosa y sus caídas nunca son del todo caídas, sino simples tropiezos, incluso fintas, como hacia el final de *Poemas para el perro de la carnicería* y al principio de *Meridiano* (1982). Dos de estas fintas ponen nervioso al lector: primero, al agravar el aspecto enunciativo del poema, haciendo peligrar su equilibrio, la distancia que difícilmente ha guardado respecto al sermón y al mensaje; segundo, los coqueteos poco afortunados con la metáfora. De inmediato son dejados atrás para trabajar sobre la vena descriptiva y nostálgica que transforma al poema en testimonio de “haber estado allí” en el momento debido. Lo que le da la tensión a los textos, sin llegar a volverlos ásperos, es justamente el haber y el estar.

Mucha de la poesía con esta sensibilidad “memoriosa” viene del último Antonio Machado. La contemplación es evocativa, poesía de circunstancia noble, lo que todos queremos hacer con una cámara al fotografiar y que casi nunca se consigue. En el siguiente libro esto es evidente desde el título, *Cantos de Tomelloso y otros poemas*. Se canta siempre desde fuera, bajo el balcón de la novia o en la lejanía de la patria... o en el exilio del tiempo que no se detiene.

Lirismo autobiográfico rayando en el fetichismo costumbrista, llaneza en el verso y fluidez en el poema, aunque el escritor trata de alargar el aire de su voz, e intenta, en especial en “Horas de la ciudad”, soltarle un poco las riendas al verso y a su aliento narrativo. Al hacer esto, probablemente se da cuenta de que las alas se las corta la uniformidad de la voz. No consigue tomar de Eliot esa sensibilidad para la polifonía de voces y lo uniforme se puede volver monocorde. A esto responde *Georgetown Blues* (1985), que redondea dos décadas de poesía de Gutiérrez Vega. Los esfuerzos por ampliar el registro se hacían presentes en la “Novísima suite doméstica” y hace bien el autor en ya no buscar directamente en Eliot. Lo que funciona en inglés puede no funcionar en español. En cambio, libros como *Poeta en Nueva York* tienen mucho que dar al lector atento. *Georgetown Blues* no es un libro redondo. La voluntad epigramática vuelve a sufrir un descalabro, pero el poema que da título al libro, “Obligaciones del poema en la tarde de Adams Morgan”, y “El regreso del poeta”, apuntan un camino que puede ser muy fértil. De momento cierran un ciclo de la obra. Ahora que lo tenemos reunido en un solo volumen, se le puede comprender mejor, e interrogar esa literalidad siempre engañosa, esa tradición siempre cambiante. “Una tregua (en todas las guerras decentes las hay) no significa una retirada”.

Hablan por mí los sentidos*

José Ángel Leyva

Entre las despedidas recientes de grandes poetas como Juan Gelman, José Emilio Pacheco, Félix Grande y otros, quizás no tan conocidos, como Mariano Flores Castro y Marco Fonz, ambos mexicanos, nos alegra ser testigos del arribo al octavo decenio de vida, de Hugo Gutiérrez Vega (Guadalajara, 1934), uno de nuestros poetas más significativos y uno de los actores culturales más relevantes de la escena mexicana.

Hugo, uno de esos talentos que se hacen notar no sólo en el campo de la poesía, sino además en el teatro, como su memorable participación en el reparto del *Tío Vania*, de Chéjov, dirigida por Ludwik Margules —ese personaje alucinado y lúcido de la dirección teatral—, en el de su memoria extraordinaria, que no sólo es memoria, sino inteligencia y erudición, pero, sobre todo, humor. Hugo es además uno de esos conversadores poseídos por la gracia del verbo y el destello humorístico, no en el estilo de Juan José Arreola, sino en el terreno de la desacralización y la irreverencia, del chispazo irónico. Hugo, ese gran viajero, cronista y editor que nos brinda siempre una alegría con sus años de sabiduría y regocijo, de su gusto por la vida, y, sin duda, como Pacheco, de sus inagotables deudas con el oficio del lector. Hugo nos permite, en esta entrevista, asomarnos sin pudor en su vida y en sus viajes, en su piel y en sus sentidos.

* Entrevista con Hugo Gutiérrez Vega publicada en *Versoconverso, poetas entrevistan a poetas*, Alforja e IMAC, México, 2000, pp. 109-125.

¿Cómo fue el descubrimiento de Hugo Gutiérrez Vega como poeta?

Fue a través de la lectura. Fui un niño muy apegado a los libros porque la realidad no me resultaba gratificante. Seguramente como a la mayoría de los niños muchas veces los deseos son mejores que la realidad, pero sin ninguna carga de dramatismo. Leía a muchos de los escritores de Jalisco, como es el caso de dos de ellos sumamente interesantes, pero que aún hoy en día son poco conocidos, Francisco González León y Alfredo R. Placencia. El primero de ellos es de mi lugar de origen, Lagos de Moreno, Jalisco, y es un poeta muy sensorial, mientras que el segundo es un poeta místico. Tendría unos ocho años cuando me comenzó a interesar vagamente el tema y la curiosidad por conocer a don Pancho. En una ocasión lo vi en la Plaza de Armas del pueblo. Era un hombre delgadito, frágil, vestido de negro, con cuello de palomita y un sombrero blanco de paja. Me le acerqué y le pregunté si era verdad que era poeta. Me puso la mano en la cabeza y mientras me sacudía suavemente el pelo me respondió: “Sí, hijo, pero ya no lo vuelvo a hacer”. Pasé mi primera infancia en Lagos porque mi familia materna era de allí, después fui a vivir a Guadalajara, y más tarde a la Ciudad de México.

González León, una poesía hecha de sensaciones, justo como pregonaban los simbolistas que debía ser. López Velarde afirmó su credo simbolista al expresar que la única originalidad poética son las sensaciones, ya que las palabras pertenecen a un patrimonio común, pero aquellas son intransferibles. A través de la lectura de estos poetas se inició mi gusto por la poesía, y mi obsesión por ésta, en el mejor sentido de la palabra. Luego, como buen hijo de español que soy, vinieron los poetas de la generación del 27. La muy poderosa influencia de García Lorca resul-

tó muy reveladora para toda mi generación. Como en la mayoría de las casas de esa época había libros de Amado Nervo, Manuel Acuña, el *Libro del declamador sin maestro*, los cuales no dejé, por supuesto, de leerlos con mucho entusiasmo. Pero esto sucedió antes de conocer la generación del 27 y entrar por la puerta de la poesía inglesa. Eliot fue mi primer encuentro. Un maestro y amigo, Ignacio Arriola, me dio a conocer a Eliot y a Claudel, dos poetas católicos. En esa época yo era católico. Fue entonces que inicié mi escritura con un poema que se llamó “El niño y el mar”. Cuando terminé la composición me di cuenta de que era un plagio de *Marinero en tierra* de Rafael Alberti. Cervantes decía que los escritores somos ladrones los unos de los otros. No era un plagio excesivamente grave. Creo que esos fueron los pasos preliminares, mis primeras incursiones en la poesía. Después, ya decidido a hacer de la escritura una profesión, inicié mis lecturas de una manera más sistemática e intensiva. En aquella época, quien deseaba tener una relación con las letras estudiaba la carrera de Derecho, y yo realicé mis estudios de dicha carrera en Guadalajara. Después ya hice la carrera de Letras en el DF, primero, luego Letras Italianas en Roma, Letras Inglesas en la Universidad de Michigan. Entendí que la poesía no sólo era una vocación, sino además una profesión.

Has dicho por allí en alguna de tus columnas en *La Jornada Semanal* que hay decisiones solemnes, seguramente ésta lo fue. La región de donde provienes se ha caracterizado por la fuerte presencia de los juegos florales, de la declamación, de la recitación, de la oratoria. ¿Cómo saltaste de ese plano provincial a la visión de largo alcance de la poesía? La poesía inglesa influyó mucho en esa evolución. De cualquier manera, al margen de algunos aspectos *kitsch* de los

juegos florales, decía Gorostiza que sucede a veces que así como Venus nace de la espuma del mar, la poesía nace a veces de la voz. Decir bien la poesía es importante, no en forma declamatoria. En ese mismo sentido, recordemos las palabras de León Felipe, de que para enterrar un muerto cualquiera, cualquiera menos un sepulturero. Los declamadores destrozan cualquier poema. Los juegos florales representaron una época en nuestra cultura, muy importante para los escritores pobres, pues además de la rosa natural también les daban sus quinientos, mil pesos, con lo cual se resolvían algunos problemas de sobrevivencia. Recuerdo una ocasión cuando fui a Zacatecas como mantenedor del fuego. Había un señor de Campeche, de apellido Mac Gregor, que entraba a todos los concursos habidos y por haber. Extrañamente fue el ganador. Digo extrañamente porque el tema era Zacatecas y en su poemario él hablaba de palmeras, playas, mar, islas y unas morenas sensacionales que movían sus caderas con gracia singular. Supuse que le habrían dado el triunfo porque tenía una intención surrealista. Por la noche, después de la ceremonia, le pregunté al hombre cuál había sido su propósito al transformar ese paisaje seco de la tierra de López Velarde en una atmósfera costea y sensual. Entonces, se quedó pensando, se puso pálido, se cogió la cabeza y me dijo: “Ay, señor, me equivoqué, mandé aquí el que hice para Mazatlán, y al puerto envié el que escribí para Zacatecas.” Obviamente ocurrían cosas de ese tipo, donde los participantes hacían una poesía para los organizadores. No obstante, el último ganador de los Juegos Florales de Aguascalientes, antes de que Víctor Sandoval creara el Nacional de Poesía, fue nada menos que José Carlos Becerra.

De cualquier manera, tu pregunta de cómo pasar de una poesía declamatoria, que tenía, por cierto, una inmensa

fe en la palabra, a una de mayores alcances, más moderna, se dio en mi caso por una repugnancia natural al sonsonete, y por mi descubrimiento de la literatura inglesa.

Si dices que en ese tiempo eras católico, supongo que algo de misticismo quedó en ti. ¿O renunciaste a éste del todo?

Creo, definitivamente, que perdura. Uno de mis últimos poemas que publiqué recientemente dice así, más o menos: “Allí, preguntó a nadie, y como de paso, si existía Dios.” Es una inquietud, una preocupación, una angustia que permanece toda la vida. Yo creo que el diálogo con Dios es algo estrictamente personal que tiene a veces momentos tensos, otros de rabia, otros llenos de preguntas o perplejidades, otros de negación. Pienso que en la aventura de los humanos se da ese estira y afloja vital con la idea de la divinidad.

Hay un misticismo como el de Alfredo Placencia que de pronto son rebeliones, y no revelaciones, contra Dios. ¿Cómo sucede en tu caso?

Creo que el misticismo de Placencia es más del lado oscuro del alma que del cántico espiritual. Es un atormentado, para la Iglesia de entonces y la de ahora el pecado de la carne es algo horrible. Placencia practicaba, y con mucho placer, dicho pecado, era, como dicen los tapatíos, un pitoloco. Seguramente por eso me caía muy bien. Pero al mismo tiempo hay un remordimiento, una noción de culpa muy grande después de cada incursión en tal debilidad. Creo que la relación con Dios se da a través de las preguntas sobre el dolor, a dónde vamos, quiénes somos, de dónde venimos, por qué tenemos que morir. Esta débil idea de la existencia de Dios en medio del maremágnum de gozos y frustraciones.

Tu poesía no refleja un interior atormentado, sino más bien contemplativo, una travesía, un viaje en el que se registran los paisajes y las personas que lo pueblan, las atmósferas y los seres que te habitan.

Definitivamente, mi obra poética es una especie de bitácora. Hablo de un viaje que hice muchos años atrás, de los poetas que amo, de las poblaciones y lugares, de las horas de la luz, de las noches, de los sitios donde he estado y pasado. No soy un hombre muy espiritual, hablan por mí los sentidos, soy más sensorial que otra cosa. Entonces, para mí es fundamental lo visto y lo tocado, las pieles que han estado junto a la mía en diversos momentos de mi largo itinerario.

¿Cómo viviste esa experiencia del tránsito de lo rural a lo urbano, a las grandes urbes?

Nací en Guadalajara, pero desde muy pequeño me llevaron a Lagos de Moreno. Mi familia estaba muy en contacto con el campo. Eran agricultores que con el reparto agrario perdieron sus propiedades, no grandes haciendas, pero sí ranchos con sus buenas casas. Sus tierras de cultivo estaban cercanas a la sierra de Comanja, de donde decían bajaban las buenas nubes, las llovedoras, pero con frecuencia llegaba un viento del norte, y se las llevaba. Gran parte del tiempo en estos terrenos de secano era estar pendiente del agua. Mi infancia tiene el sentido, los ritmos y el olor del campo.

Pertenecí a la moral social de los pueblos del Bajío. Mi familia era muy católica, muy cristera, y con ella viví todos los terrores y los prejuicios que corresponden a dicha moral social. Tuvo que pasar la primera juventud para que yo pudiera hacer la crítica de ese moralismo, buscara otras opciones y abominara un poco de esas cosas, de las cuales ya no abomino, simplemente las veo, como decía López Velarde, con una especie de sonrisa depravada.

¿A qué edad publicaste tu primer poema?

Mi primer libro, *Buscado amor*, lo publiqué en Losada, en Buenos Aires, en 1965, a la edad de 31 años. Había publicado poemas en revistas, pero éste fue mi primer volumen. Yo vivía en Roma y salió con un prólogo-poema de Rafael Alberti, muy cariñoso. El segundo, que por una errata fue publicado como *Desde Inglaterra*, que en realidad atendía a un verso de Robert Browning, *In England Now, En Inglaterra ahora*. Vinieron otros libros que tenían, al menos, las atmósferas de los lugares en donde viví. También fueron traducidiéndose a numerosos idiomas. Pero después de la publicación de una antología personal que hizo el Fondo de Cultura Económica, puedo reconocer que es el recuento de un fracaso rotundo de la divulgación de mi obra. No lo entiendo, pero lo tomo con calma, con humor. No me explico esta especie de silencio orquestado, pero intuyo que tiene mucho que ver con el bloqueo de uno de los grupos literarios con más poder en México, y que para fortuna nuestra se va desintegrando. Cuando alguien me pregunta cómo puede hacer para conseguir alguno de mis libros, le respondo que yo tampoco sé, pues ni yo mismo los encuentro.

Y en tu caso, ¿cómo has vivido la relación entre las letras y el poder?

En varias ocasiones he tenido poder, lo que entendemos por poder literario. Fui Director de Difusión Cultural de la UNAM, director de la *Revista de la Universidad*, rector de la Universidad de Querétaro y ahora dirijo un suplemento cultural como es *La Jornada Semanal*, entre otros cargos. Pero he tenido una incapacidad natural para ejercer el poder, prefiero el juego del cambio y del diálogo. La cultura es diálogo, pero cuando conversas con unos no atiendes a otros, y entonces suele ocurrir que los otros cierran sus puertas.

Grecia: resplandor entre ruinas

¿Qué significaba Grecia antes de conocerla?

Sobre todo, la obra de sus poetas, filósofos, dramaturgos, una serie de paisajes y hechos vistos a través de la lectura, del cine y los sueños. Tenía mucho de meta, pues recordaba a José Carlos Becerra. Éramos como hermanos. Él tenía la beca Guggenheim y viajaba por Europa, pero su objetivo era Grecia, recorrerla, hablar con los poetas Ritsos y Elytis. Yo le había dado algunos datos sobre otros poetas como Vrettakos y Livadytis. Por la noche salió de Nápoles rumbo al transbordador, pero en el camino, en la primera curva desde donde ya se veía el mar de Grecia, se desbarrancó. Evoqué con mucha intensidad y frecuencia el accidente y decidí corregir el suceso, pues los hombres podemos y debemos corregir los actos de la naturaleza, que siempre nos derrota, aunque sólo podamos hacerlo a manera de bromas intrascendentes. Así, como una jugarreta al destino, llevé a mi amigo hasta su meta, lo puse a vivir en ese país. Cuando yo fui por primera vez a Grecia, al primero que visité fue a José Carlos Becerra.

¿Qué tanto se parece la Grecia insular y continental que conociste como viajero con la del paisaje de tus lecturas y tus sueños?

Puedo hablar sobre todo de Atenas. Me fue difícil reconocerla. Una ciudad destruida por tantas invasiones, guerras, por la especulación urbana. No obstante, allí está la Acrópolis y otros sitios arqueológicos inmersos en la urbe, además, por supuesto, también el barrio de Plaka. El resto del país se ajusta a nuestras expectativas y, con mucha frecuencia, las supera. Con toda razón dicen los historiadores de la arquitectura que los grandes templos griegos se

encuentran en la Magna Grecia, es decir, en Sicilia: en Siracusa y Agrigento. Sin embargo, no hay nada comparable con una pequeña ruina, Vravrona, por ejemplo, un poblado cercano a Atenas, donde hay un templo insignificante, tres o cuatro columnas, y lo que resta de Eleusis, una piedra informe. Con eso basta para reconstruir la ciudad. Grecia, además de la visión, te exige la reconstrucción. Es un paisaje abierto a todas las posibilidades de la imaginación.

Pero al margen de la longevidad de su cultura y de la riqueza de cada una de sus grandes épocas, el paisaje es algo que infunde un sentimiento particular en el extranjero. ¿Qué te dicen la resequedad de sus tierras y el azul de sus aguas marinas?

Especialmente, la sequedad de algunas de sus islas. Recordemos que el país está dividido en dos grandes secciones, una verde, la de Tracia, Macedonia, Ioanina, y la otra seca, pero con pinos, que es la del Ática. En verano, el olor de las coníferas lo impregna todo. Además del vino, típicamente griego, aromatizado con resina, que los griegos sostienen, y yo estoy de acuerdo con ellos, que es medicinal, sobre todo cuando se bebe en cantidades abundantes. Pues ese paisaje terrenal, rodeado por las aguas del Egeo, ha provocado numerosas obras literarias que recrean sus atmósferas. Estoy pensando ahora en John Fowles, autor de una novela formidable, *The Magus*. Se desarrolla en una isla donde había un colegio inglés en la época de la guerra. En el poblado hay unas cuantas ruinas y una iglesia bizantina, la tierra blanca y muchos pinos. A lo largo de la novela comienza a aparecer una serie de presencias simbólicas que provienen de la mitología clásica y bizantina. Son estas figuras míticas en medio de esa austeridad y desolación lo que nos da la idea de la Grecia eterna.

Es el recuerdo de esa grandeza, de ese paso de la realidad y sus ruinas, más una masa inacabable y ruidosa de turistas que buscan el sol de sus playas, y, tal vez, sus mitos y su historia. ¿No piensas así?

No sólo eso, también la presencia de grandes poetas, ensayistas, narradores, intelectuales y artistas de toda índole. La poesía griega moderna es una de las más importantes de Europa. Es excéntrica, como la califican algunos críticos europeos, y, tal vez por eso, precisamente, es tan buena, por estar a medio camino, impregnada de valores occidentales y del Medio Oriente. Se me vienen a la cabeza los nombres de poetas de la talla de Kavafis, Embirikos, Seferis, Elytis, Engonopulos, Kavadias, Ritsos, Vrettakos, Patrikios; y ensayistas prodigiosos como Papadiamanti (además cuentista y narrador), y Poulantzas y Kastoriadis. Hay narradores excelentes, pero mi interés se centra en estos dos grupos, sobre todo cuando me refiero a la lengua moderna. Algunos de ellos continúan usando la Katharebusa, la lengua pura para escribir, como es el caso de Embirikos, el gran surrealista griego. Es un arreglo interesante el que hacen los escritores griegos modernos, pues cuando le hace falta una palabra al Demotiko, echan mano del Katharebusa o de plano del griego clásico. No les preocupa demasiado la gramática.

¿Qué tan excéntrica en verdad resulta la lengua para un hispanohablante?

No, definitivamente no. De una u otra manera guardamos una secreta familiaridad con el griego. Lamentablemente se han ido perdiendo en los programas de estudio las etimologías, pero siempre conservamos palabras de origen griego sin saberlo. Lo de llamar excéntrica a la poesía de dicho país es resultado de la pedantería europea. Si revisas la historia reciente verás que ha tenido una relación

muy fuerte con los movimientos intelectuales de este siglo. Seferis llevó una estrecha relación con Eliot; Embirikos, psicoanalista, se involucró en el movimiento surrealista, y si alguno ha tenido que ver con el desarrollo contradictorio, con el vaivén del pensamiento europeo, al lado de Camus o de Romain Rolland, es ese poeta, dramaturgo y novelista que todo mundo conoce, Nikos Kazantzakis.

Tu acercamiento a la cultura griega ¿se da a través de la filosofía o de la poesía?

De la poesía, definitivamente. Desde muy joven a través de los líricos, Anacreonte, Píndaro, Arquíloco, Safo. Después vinieron los dramaturgos, como Esquilo, Sófocles, Eurípides, o los comediógrafos: Aristófanes, Menandro, etcétera. Yo hice mucho teatro y éste me acercó definitivamente a la dramaturgia clásica de los griegos. Pero, definitivamente, la puerta de entrada fue la poesía.

¿Recuerdas a la primera figura contemporánea griega que te haya impresionado?

Como a toda mi generación, Kavafis. Con ese griego alejandrino que hablaba, su historia, el silencio que lo rodeó durante tanto tiempo, con esa supuesta excentricidad de una de las poesías más ricas y profundas de nuestro siglo. Muchos entramos por esa gran puerta al mundo griego que Kavafis nos abrió.

¿Estaba Grecia en tus sueños como un lugar que deseabas habitar?

No, en lo absoluto. Aun cuando mantuve mi afición por lo griego, fue siempre una afición lejana. Había estado en Grecia como turista unas tres de veces. Soy un hombre muy simple, por eso me resulta difícil vivir en la Ciudad de Méxi-

co y tratar al gremio literario de esta urbe. Como soy tonto e ingenuo, me resulta muy complicado tratar a personas tan llenas de recovecos, tan rebuscadas como lo son una buena parte de mis colegas escritores. El tercer viaje turístico que hice fue primero a Rumania, pues estaba muy interesado en su literatura y de allí me pasé a Bulgaria. Viajé de Sofía a Atenas, pero nunca pensé que estaría allí por más tiempo. Luego vino el comunicado de que me habían nombrado embajador y me puse a estudiar griego moderno con un “papás”, con un cura de la comunidad griega de Brasil donde yo era cónsul general. Cuando presenté cartas credenciales al presidente de Grecia, mi dominio del idioma me dio para contarle cosas acerca de mi gato. Él se interesó mucho por la profundidad del tema y me pidió que hiciera esfuerzos por continuar hablándole acerca de mi animal. Puedo decir que mi griego moderno alcanzaba para defenderme en los restaurantes. Mis siguientes maestros fueron Nora Moreleón y Paco Torres Córdova. No quiero culparlos de mi falta de dominio del idioma, pues me defiendo al hablarlo y leerlo, y pienso que puedo traducirlo mejor. Debo subrayar que soy todo, menos un especialista en griego moderno. Natalia Moreleón, hermana de Nora, sí es una especialista en griego moderno, lo mismo que Torres Córdova. Decía Melina Mercouri en *Nunca en domingo*, que los idiomas que mejor se dominan son los que se aprenden en la cama, en los que uno se enamora. Éste no fue mi caso.

¿Cómo fue tu experiencia diplomática? Dora Kanoussi afirma que eres el embajador mexicano en Grecia por antonomasia, por la gran actividad cultural que desplegaste en su país. ¿Así te sientes?

Puedo decir que cumplí con mi trabajo, como decía Machado, “a mi trabajo acudo, con mi dinero pago”.

No encuentro, en realidad, nada digno de destacar. ¿Y la literatura?

Bueno, eso estuvo bien. Dedicué una buena parte de mi tiempo a impartir cursos de literatura hispana e hispanoamericana. Eso, por supuesto, le restaba tiempo al contacto con la diplomacia, pero pienso que nadie puede quejarse de mi dedicación, cumplí. Pero sí, al mismo tiempo me convertí en lo que los griegos llaman filoheleno. Pero en eso me he transformado en casi todos los países donde he vivido, filobrasileño, filopuertorriqueño, filoitaliano, y en lo más difícil aquí, en filomexicano. Siempre recuerdo las palabras de Monsiváis acerca de la tradición diplomática de nuestro país en el extranjero; lamentablemente no tenemos embajada mexicana en México para refugiarnos.

¿Cuáles fueron tus primeros contactos y cómo fue tu relación con los poetas griegos?

Llevaba una carta para Ritsos. Habíamos publicado una antología de él en la UNAM, en la colección Material de Lectura, traducida por Jaime Nualart, no del griego, sino a partir de una versión en francés. Tradujimos, aparte, una obra de Kazantzakis para la colección de teatro de la UNAM. Conocí, además, a un par de académicos griegos en Estados Unidos, y uno de ellos me dio una carta para Ritsos. Éste me presentó con varios escritores griegos. Él ya estaba muy viejo y enfermo de anorexia, pero era muy constante en el consumo de sus tres cajetillas diarias de Papastratos, esos cigarrillos griegos que tienen la cualidad de eliminar todo tipo de bichos y alimañas a su alrededor. Ritsos continuaba pintando rostros en piedritas de río. Tengo una pinturita excelente de Pepe Hierro. Continuaba escribiendo. Su obra completa es de 12 volúmenes. Entre la gente que me presentó estaba Vrettakos, con quien

viajé al Peloponeso. Gracias a Vrettakos conocí Mistrás, una relación definitiva. Uno de mis libros se llama *Cantos del despotado de Morea*, esta ciudad esquelética que fue en otro tiempo la capital del principado franco de Morea y después del despotado bizantino de Morea. Esta fue la otra parte de la Grecia que yo deseaba conocer, la bizantina. Para los griegos, los francos son los bárbaros. Fuera de algunos monasterios, todo lo demás se hallaba en ruinas. Vrettakos decía que era una metáfora de Grecia, de todas las culturas que han pasado por esa nación. El estado deplorable de la ciudad le daba una mayor fuerza expresionista a la metáfora. Después llevé una fuerte amistad con Maia María Ruso. Ella tradujo al griego mi poesía en una antología: *Poemas*. Luego con Titos Patrikios y Tasos Denegris. Este último tradujo mis *Cantos del despotado de Morea*. A veces pienso que la traducción es mejor que el original. Con Patrikios viajé mucho, sobre todo en el tiempo. Gracias a él conocí a Embirikos, Sikelianós, un poeta fundamental, sobre todo dos poemas de él, que son “Oda a la muerte de la madre de Dante” y “Oda a la muerte de Palamás”. De dicho poeta destaca su pensamiento anfictiónico, mantuvo la llama délfica como un símbolo de la paz. Recordarás que para que la pitonisa hablara era necesario que todas las ciudades hicieran la paz.

¿Actuaste en el teatro hablando griego?

Sí. Pero en honor a la verdad eran muy pocos parlamentos y no me eran difíciles de memorizar. Con el tiempo supongo que mejoré pronunciación y acento.

De los poetas e intelectuales, ¿con cuáles de ellos estableciste una relación amistosa más allá de tu investidura diplomática?

Con tres. Con Sajturis, un extraordinario poeta a quien vi sólo unas tres veces. Descendiente de una familia rica, abandonó un día su profesión de abogado y se encerró en su casa en el centro de Atenas. De vez en cuando salía a la esquina a un café o a una farmacia para ver pasar a la gente y charlar. Sus libros los entregaba a las casas editoras a través de un amigo y no deseaba saber nada del destino de las ediciones. Era, no obstante, lector de periódicos y de revistas. Un día leyó algo acerca de una puesta en escena de una obra de García Márquez y le llamó la atención que el embajador de México anduviera haciendo desfiguros en el teatro. Claro, ellos tenían a una ministra de Cultura, Melina Mercouri, que también hacía los suyos. Nora Morelón se lo encontró en la farmacia y comenzaron a platicar. Entonces, él le dijo que le gustaría conocer al embajador de México porque tenía ojos de loco. A la semana estábamos sentados en la farmacia iniciando la charla. Cuando él se dio cuenta de que mi griego no era tan bueno como él esperaba, pasamos al italiano, que es menos malo. Me dijo: “Mire, si de pronto me quedo callado es porque ya no sé dónde estoy. Entonces usted se levanta y se va, o yo me voy, porque yo no soporto mucho tiempo a la gente”. Hablamos de su familia, de sus orígenes, de su padre. Me pidió que le contara acerca de México. No se levantó para irse. El farmacéutico se me acercó y me dijo: “Continúe hablándole, no se va a ir”. Mantuvimos así largas horas la conversación y de pronto se puso de pie, me dio dos besos, a la griega, y se retiró. Nos volvimos a encontrar otro par de veces. Me recibía con dos besos y con dos besos se despedía. Nunca mantuvimos una charla formal, no abordamos nada especial ni en concreto, pero puedo afirmar que allí se tejió una fuerte amistad. Pasamos de las confidencias a los comentarios que nacían de la mutua simpatía.

Tasos Denegris, traductor de *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, de otros autores como García Márquez, de Borges (entre otros latinoamericanos), fue mi compañero de parrandas moderadas; Maia María Ruso fue otra de las dos personas con quienes sostuve una relación de amistad sincera. Kastoriadis, parisino sin remedio, fue otra persona a quien siempre busqué.

¿Compartes tú la opinión de mucha gente acerca de que la gran poesía griega siempre abreva de lo popular, a diferencia, por ejemplo, de la poesía mexicana en general?

Sí, definitivamente. Aún en un poeta como Elytis, e incluso en sus momentos más complejos (para mí es el poeta lírico más grande de Grecia, si no el mejor del mundo en este siglo), está presente la tradición popular. La vida académica influye en lo popular y ésta incide en aquella. No podemos dejar de lado un fenómeno similar en España, con figuras como García Lorca y Machado. Pero en Grecia esta característica es muy constante. Mikis Theodorakis ha musicalizado a una buena parte de los grandes poetas de su país. El letrista de ese compositor maravilloso, Manos Hatjidakis, es Nikos Gatsos, autor del poema surrealista más importante de Grecia: “Amorgós”, la isla donde él nació. Mi último libro se llama así, *Una estación en Amorgós*, como un homenaje a este poeta. Yo lo veía en el Megali Britanía (Gran Bretaña), para hacer tertulia en la cafetería. Un día me dijo que había dejado de escribir poesía para hacer canciones, algo que los mexicanos no considerábamos poesía. Por supuesto, yo no pienso así, creo que es otra forma de hacer poemas.

¿Cómo podrías definir las empatías entre la cultura mexicana y la griega?

Creo que no son tantas y a la vez son muchas. Como todos los idiomas occidentales, estamos ligados naturalmente a la lengua griega y a su historia. Es, por decirlo de alguna manera, la lengua materna. Siendo yo embajador, colocamos el busto de Alfonso Reyes cerca de la Acrópolis, con unas líneas que dicen: “Alfonso Reyes, escritor mexicano, autor de *La crítica en la edad ateniese*. Reyes se acercó a Grecia y nos acercó a ella a todos los hispanohablantes”. La visión de Reyes de la poesía, el teatro, la filosofía y en general de la cultura griega es muy luminosa.

¿Qué lugar ocupa Grecia entre los otros países y culturas que has conocido a fondo?

Al lado de España. Son las dos culturas más representativas para mí, por su excentricidad, una más cercana al Medio Oriente y la otra más próxima al África. Como dicen los andaluces, haciendo referencia al desfiladero que separa Andalucía del resto de España: “De Despeñaperros pa’riba, toos alemanes”. Pero siempre he podido adaptarme y ser adoptado por los países donde he residido, como son los casos extremos de Inglaterra o Estados Unidos, en Washington, donde no puedo negar que viví bien.

¿Por qué si uno se enamora de un lugar, como creo es tu caso en Grecia, no quedarse?

A quienes nos hemos dedicado a la diplomacia, suele ocurrirnos que sabemos reconocer el momento en que concluye nuestra estancia. Todo viajero, todo poeta, tiene su Ítaca, y la mía no estaba en Grecia. Pasé por Puerto Rico, una escala muy importante para mí, pues su literatura está entre mis descubrimientos más interesantes. Adelante mi jubilación y vine a esta complicadísima Ítaca llamada México.

Canonicemos a Hugo Gutiérrez Vega*

Juan Domingo Argüelles

Los lectores y amigos estamos celebrando las 75 peregrinaciones de Hugo Gutiérrez Vega: las de la realidad y las del deseo, las de la vida y las de la poesía, y apropiándome de sus letanías, comienzo con una solicitud.

Canonicemos a Hugo Gutiérrez Vega, porque en buena hora, felizmente, propuso canonizar a Jaime Sabines “por haber dado a todas las gentes pequeñas —es decir, todos nosotros— las palabras para expresar el amor, la ausencia, el olvido y los benditos segundos del éxtasis”.

Canonicémoslo como el gran y sencillo descanonizador de la poesía mexicana, y por poseer él mismo muchos de los valores líricos y domésticos que expuso como razones para canonizar a Sabines: la “humanidad adolorida y jubilosa” de uno de nuestros poetas menos canónicos porque se salta —él no a la chiapaneca, sino a la tapatía— todos los preceptos del canon.

Canonicémoslo por ser ese poeta que todavía cree en la amistad, puesto que la entrega y la reparte como migas a las palomas, despreocupadamente, con el candor y la confianza de quien no se pregunta demasiado si esas que parecen ser blancas palomas son tan buenas como se ven a primera vista.

Canonicémoslo, por esto y por otros méritos, y luego, cuando ya lo hayamos canonizado, descanonicémoslo y regresémoslo al mundo terrenal porque aquí se siente

* *La Jornada Semanal*, núm. 733, 22 de marzo de 2009.

mejor que en el Olimpo o en el cielo; porque aquí, “en medio del dolor y de la vida”, está más a gusto, sufriendo y gozando, gozando y sufriendo “el consuelo de la memoria que se opone al olvido”.

Canonicémoslo y descanonicémoslo, reivindicando su derecho, plenamente asumido, a la contradicción, como cuando dijo: “Convencidos de la utilidad, / nos aferramos a aquellos momentos / que no servían para nada”, o más aún, cuando formuló esta declaración de principios tan jocunda: “Miente quien diga / que hago muchas tonterías. / Algún día se darán cuenta / de que mis actos están llenos / de una inteligencia clandestina.”

Poeta de la vitalidad doméstica y, como su paisano laguense Francisco González León, cantor de las cosas sencillas y del mundo íntimo (que son las cosas importantes y el más vasto universo), Hugo, a sus 75 años, sigue sabiendo que hay que reivindicar a diario el derecho a la ignorancia para, como dijo Gabriel Zaid, “ser ignorantes a sabiendas, con plena aceptación. Dejar de ser simplemente ignorantes, para llegar a ser ignorantes inteligentes”; exactamente, todo eso que no se permiten los fatuos y presuntuosos que, cada vez que escriben un verso y cada vez que respiran y aspiran, imaginan la estatua ecuestre que, con seguridad, les levantarán, a costa del erario, en el Paseo del Bicentenario esquina con Reforma Electoral.

Ignorante inteligente, a los quince lustros de edad, Hugo Gutiérrez Vega ha llegado a la conclusión (y así se lo dijo a Marco Antonio Campos, en una entrevista) “de que Rafael Alberti no andaba muy errado cuando dijo de la experiencia y sus frutos: ‘Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos’.”

Los fatuos de la pirotecnia y la pirueta, los alambriistas y contorsionistas de la Poesía Poética, no serían capa-

ces de decir esto ni por asomo. Se toman tan en serio que creen que cuando peen o eructan también hacen poesía, de largo aliento, por supuesto.

Hugo Gutiérrez Vega afirma que, candorosamente, él siempre está dispuesto a deslumbrarse, y que, cuando pierda esta capacidad, sentirá que está próxima la muerte. Por eso no piensa morir, y prefiere que sea la muerte la que piense en él.

Doméstico o domesticado, pero jamás fatuo o presuntuoso, de esos que hablan todo tiempo en verso y a los que hay que decirles “a mí hálame en prosa”, Hugo Gutiérrez Vega no se anda por las ramas del retorcido árbol de lo pretencioso, y en uno de sus poemas autodefinitorios explica y vaticina: “Porque soy un señor domesticado / que escribe versos / y gesticula en los parques, / digo que nada pido. / La vida ha derramado su cornucopia/ sobre mis zapatos, / tengo un auto, dos trajes, / diez pañuelos, y me puedo comprar / nuevas corbatas. / Me inquietan las jornadas submarinas. / Sé volar y lo hago raras veces. / Aquí paré mi tienda. Sólo espero / esa fiesta nocturna. Me moriré / cuando el placer termine.”

No lo olvidemos: sólo tenemos derecho a morir cuando el placer termine. En tanto, hay que escribir para poder vivir y no vivir para poder escribir. Es esta fórmula y este secreto los que no saben, ni sabrán nunca, aquellos poetas a los que se refería Jaime Sabines al describir las diferencias vitales entre los escritores refulgentes y los poetas. Decía en *Malt tiempo* (1972):

Hay dos clases de poetas modernos: aquellos, sutiles y profundos, que adivinan la esencia de las cosas y escriben: “Lucero, luz cero, luz Eros, la garganta de la luz pare colores coleros”, etcétera, y aquellos que se tropiezan con una piedra y dicen “pinche piedra”.

Los primeros son los más afortunados. Siempre encuentran un crítico inteligente que escribe un tratado “Sobre las relaciones ocultas entre el objeto y la palabra y las posibilidades existenciales de la metáfora no formulada”. —De ellos es el Olimpo, que en estos días se llama simplemente el Club de la Fama.

Sabineano y lopezvelardeano por excelencia. Hugo Gutiérrez Vega vuelve terrena la poesía. La pone al alcance del gozo y de la rabia, de la emoción, el sentimiento, el placer, la serenidad y la ira. Lejos del Olimpo. Como cuando, en su “Escrito en 1968” afirma: “No queda mucho por decir / después de tanto discurso. / Los poetas tendrían que hablar / con acciones silenciosas”. Y más adelante, en uno de los finales, antes de la posdata, de este mismo poema, declara: “Debería callarme el hocico / y evitar las calles adyacentes. / Voy exhibiendo la cabeza rota, / los agujeros de los pantalones, / el corazón que por barroca vanidad / espero que algún día sea trasplantado / a un negro de Sudáfrica. / Debería callarme el hocico / y escribir solamente en los retretes/ alumbrado por fósforos, / hacer grandes grafitis con carbón / y terminarlos con la punta de la nariz. / Yo nací en un mundo tan solemne, / tan lleno de conmemoraciones cívicas, / estatuas, / vidas de héroes y santos, / poetas de altísimas metáforas / y oradores locales; / en la ciudad que tiene siempre puesta / la máscara de jade y de turquesa, / y como ahí nací / debería callarme el hocico / y pintar solamente en los retretes.”

Esto es exactamente, como decir, con Sabines, no “lucero, luz cero”, etcétera, sino, sencillamente, “pinche piedra”. Y de qué modo dijo siempre esto Jaime Sabines cada vez que se tropezaba con una piedra, o bien con un poeta de esos del Club de la Fama; esos de las altísimas metáforas, las turbiedades y las masturbiedades.

En Gutiérrez Vega se impone la transparencia y el lenguaje diáfano, porque está consciente de que la poesía tiene que comunicarse con palabras, pero que lo que comunica no son palabras, sino algo que está siempre más allá de las palabras. “Me exijo claridad, nada me dice el turbio soliloquio”, afirma en un verso. Al comentar esta declaración de principios poéticos con Marco Antonio Campos, Hugo le dice: “Apuesto a favor de la transparencia y declaro mi tedio ante el metaforeo delirante y otras técnicas para oscurecer el poema, evitando así que sus trampas y fallas sean demasiado visibles. Sin duda, Borges y Cavafis son mis maestros en estas cuestiones de la simplicidad”.

Canonicemos a Hugo Gutiérrez Vega por esos maestros y esa difícilísima simplicidad. Canonicémoslo para luego descanonizarlo dinamitando su estatua con una carga mayor de su poesía irrenunciable, irreprimible e irrefrenable, como la vida misma que sólo se detendrá cuando el placer termine.

Carlos Monsiváis lo dijo de manera descriptiva y sintética: “Hugo Gutiérrez Vega es un escritor nómada arraigado en la provincia, un deturpador de sí mismo que cede sus reticencias malignas ante una stampa visual”, y sobre todo alguien “que demanda de la poesía la inmovilidad en el tablón sobre el abismo, un orador de prosapia que desearía ser otro ‘abuelo instantáneo de los dinamiteros’.”

Con entera seguridad, mucho antes de que alcancemos a dinamitar su estatua, Hugo mismo se encargaría de volarla en pedazos con un par de canciones, algunos soles griegos y un puñado de poemas para el perro de la carnicería.

Poeta libresco y a la vez desparpajado, como lo ha definido Marco Antonio Campos, Hugo Gutiérrez Vega, el lopezvelardeano, es el que le canta a las cosas cercanas y el que dice, con gracejo, parafraseando a Pessoa: “Aunque

no lo parezca de verdad no quiero nada”. Y al hablar de “las ineptitudes de la inepta cultura” es capaz, con todo el humor y toda la sinceridad, al mejor estilo de Jorge Ibargüengoitia, de apuntar sus disparos hacia todos, pero también hacia sí mismo. Si no, qué chiste.

Cualquiera puede salvarse de los demás, pero nadie se salva de sí mismo. Al referirse a los recitales poéticos es implacable: “Los poetas dijeron versos / y agitaron sus plumas en el gran salón. / Al día siguiente varias sirvientas / lucieron plumas de pavo real / en sus sombreros viejos. / Ellas opinan que los recitales son útiles / a la república”.

Hugo Gutiérrez Vega es de los míos porque Ramón López Velarde es de los suyos: y porque ambos comulgamos (capellán él, yo sólo simple acólito) en la suprema religión del autor de *Zozobra*, y creemos no en el verso intelectual, sino en la poesía que sí se entiende. Gutiérrez Vega se anticipó a muchos de nosotros para devolverle a López Velarde lo que le pertenece y vitorearlo con sus propias palabras que él destinó a Cuauhtémoc: “Joven abuelo: escúchame loarte, / único héroe a la altura del arte”.

Al igual que el vate de Jerez, Gutiérrez Vega cultiva una poesía doméstica y cotidiana, como el pan, como los alimentos terrestres. En este sentido, su obra también se parece a la de González León con la que López Velarde ejemplificaba “el pasmo de los cinco sentidos”, en contraposición, añadía, a esa “lamentable desviación, el verso intelectual” y la parapoésia para intelectuales.

Hugo puede perfectamente hacer suya la confesión que hizo López Velarde en su famosa prosa “De mis días de cachorro”: “Tuve la debilidad de querer convertir lo efímero en permanente”, y también esta otra certeza de “La provincia mental”: “Es saludable asistir a los escenarios en que disputan el candor y la petulancia”.

Así como Sabines tenía su Tía Chofi, a la que inmortalizó en su inolvidable poema, Hugo nos entrega un memorable retrato de su abuela, aquella señora “que hablaba con pájaros creyéndolos ángeles” y “abría las ventanas de la mañana” para que entrara el sol por el balcón cerrado.

Desde la primera página de *Cuando el placer termine*, Hugo Gutiérrez Vega le hace el siguiente aviso al lector, para que pierda toda duda respecto de qué va la cosa: “Mi locuacidad (recuerdo a Chesterton) es más poderosa que mi orgullo, y por ella te encuentro en este bosque de papel. Muchos poetas escriben para levantar el pedestal que los hará visibles dentro de mil años, y pagan su ambición con el alto precio de la inmovilidad; ahí están en los parques, con sus libros bronceados y la mirada siempre hacia dentro de todas las estatuas. Otros cacaraquean anunciando el nacimiento de un nuevo poema y algunos cantan nada más porque sí, sin preocuparles la intemporalidad; cantan aquí y ahora”.

De estos últimos, de los que cantan aquí y ahora, es Hugo Gutiérrez Vega, que pregona sin modestia, pero asimismo sin soberbia que “lo único que hace la poesía es cantar lo que a todos pertenece”.

El miércoles 11, el día de su cumpleaños 75, con su gran sencillez laguense, le dijo, para *La Jornada*, a Mónica Mateos-Vega, esta verdad que todos los que escribimos deberíamos poner, impresa, en letras grandes, en nuestras casas, estudios y bibliotecas, para que todos los días, al releerla, limpiemos nuestras entendederas y le bajemos el volumen al radio de nuestra vanidad: “Salvo uno que otro *best seller*, [los poetas] estamos un poquito en las sombras y eso nos hace inseguros. Para algunos esa inseguridad se convierte en vanidad, por eso hay muchos poetas prepotentes que se creen la sal de la tierra”.

A cuántos de éstos no conocemos. Los vemos a cada momento o, como dijera José Emilio Pacheco (“Envidiosos”), “levantas una piedra / y los encuentras: / ahítos de humedad, / pululando”.

Canonicemos a Hugo Gutiérrez Vega sin petrificarlo. Leyéndolo, simplemente, por el goce gratuito de leer, y rele-yendo su poesía y su actitud, por el placer ético de dudar, ignorar y saber.

Concluyo con una anécdota muy personal, que quizá no viene al caso, pero viene al caso. En 1974, cuando, provinciano y payo de 15 años, llegué a la Ciudad de México, hospedado por gentiles personas, habité en una casa en una privada de la calle Enrique González Martínez, nombre que me era del todo familiar porque a este poeta yo lo leía y recitaba en mi pueblo natal.

Al menos los tres primeros años de mi residencia en esta ciudad los viví entre poetas, en la colonia Santa María la Ribera, y ello reafirmó mi destino. Mis coordenadas de orientación para no perderme en un ínfimo perímetro que me parecía inmenso y que me era del todo desconocido, eran unos nombres y unas calles que me hablaban a mí y me indicaban los puntos cardinales: Enrique González Martínez esquina con Sor Juana, esquina con Amado Nervo, esquina con Salvador Díaz Mirón, paralela a Torres Bodet, muy cerca de Rosas Moreno e Ignacio Manuel Altamirano y casi esquina con Ramón López Velarde.

No pretendo hacer paralelismos presuntuosos y fatuos, pero juro que es verdad que, “cuando vine a México a radicarme”, en los primeros días a mí también, al igual que a López Velarde, me robaron mi reloj, no, como a él, “unos energúmenos que vitoreaban a la Ciudadela”, en la banqueta del Cine Palacio, al consumarse el cuartelazo, sino tan sólo un par de rateros comunes y corrientes, en

la calle Mariano Azuela. Más tarde, al leer *El minuterero y Don de febrero*, supe —como lo sabe Gutiérrez Vega— que, como Dios, López Velarde está en todas partes.

Ahora que las calles tienen nombres de presidentes, diputados, reputados, imputados y demás políticos, y que no sería nada sorprendente que un día pasemos por la avenida Jorge Emilio González Martínez (alias el Niño Verde), esquina con Jorge Kahwagi, en la colonia Jesús Ortega, delegación Elba Esther Gordillo, sería importante (aunque se nos tenga, como dijo López Velarde, por “adictos al retroceso”) volver a la sana costumbre de llamar a nuestras calles con nombres positivamente ejemplares.

Por ejemplo, las calles Hugo Gutiérrez Vega, Carlos Monsiváis, Eduardo Lizalde, Emmanuel Carballo, Gabriel Zaid y Marco Antonio Campos, en la colonia José Emilio Pacheco, para que alguno de mis nietos, que aún no tengo, y de los hijos de los jóvenes de hoy, cuando caminen por ahí, se sientan bien acompañados, protegidos y orientados, y no desamparados y llenos de pánico. El ejemplo, en todo, es determinante. La ciudad es insegura y los rateros dan miedo, pero más terror nos infunden algunos nombres con sólo mencionarlos.

Por ello, insisto: canonicemos a Hugo Gutiérrez Vega con sus propias palabras y por su poesía: porque “en ella late la hermosa y horriblemente débil alianza humana”.

Sobre dos bazares de asombros*

Carmen Villoro

1 (Esbozos y miradas)

Hugo Gutiérrez Vega tiende para nosotros un bazar de curiosidades y delicias que ha ido coleccionando a lo largo de sus tardes de lectura, sus viajes, sus experiencias como teatrero, diplomático y poeta, sus largas charlas de sobremesa en fondas, restaurantes y casas de gentiles amigos. La amistad parece ser la fuente de donde todo brota: recuerdos que son tesoros, objetos valiosos de este bazarista que ahora los comparte con nosotros, sus asiduos lectores.

La primera mesa del bazar es la más grande. En ella se exponen voces de diferentes tamaños, tonos, texturas. Encerradas en cajitas de papel, en pequeños cofres con el interior de terciopelo y cubiertos por la pátina de los años, envueltos en la suavidad de las telas de la memoria o frescas y aromáticas como flores o trufas recién cortadas y servidas en platitos de porcelana. Algunas voces nadan en pequeñas peceras de cristal; otras han sido atrapadas en jaulas de hierro forjado. Cada voz viene acompañada por un boceto del personaje en cuestión; así, el visitante de este singular

* El primer texto es la presentación del libro *Esbozos y miradas del Bazar de asombros*, Colección Periodismo Cultural, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2006, en el marco de la Feria del Libro de Guadalajara en ese mismo año. El segundo texto es la presentación del libro *Voces y paisajes*, la última recopilación de *Bazar de asombros*, publicada por Puertabierta Editores, Colima, y presentada en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara en 2013. Los textos, ya unidos de esta manera, aparecieron en *La Jornada Semanal*, núm. 1074, 4 de octubre de 2015.

bazar puede llevarse en el bolsillo el canto pausado de la poesía de Gorostiza, los sonetos eróticos de Efrén Rebolledo, las imágenes de Copí encerradas en un teatrillo de juguete, los cuentos cinematográficos de Luis Tovar en una de esas cajitas con negativos dentro y una lupa donde uno pega el ojo mientras con el dedo índice presiona una palanquita. Nuestro bazarista Hugo Gutiérrez Vega despliega ante nosotros las palabras de Juan José Arreola y Jorge Cuesta, de Agustín Yáñez y Juan Bañuelos, de Sylvia Plath y de Pablo Neruda, entre muchos otros. En una esfera de luz gravitan los versos de Eliseo Diego; ahí dentro se ha detenido el tiempo y las cosas de la vida simple adquieren su dimensión sagrada.

En la segunda mesa de este bazar nos esperan las sabrosuras. Servidas en sus barros regionales están las descripciones y las recetas de Ana Benítez Muro, quien rinde homenaje a Lupita Pérez San Vicente, estudiosa de la gastronomía de nuestra cultura. Dibujando la rosa de los vientos sobre la mesa, al norte se sitúan la machaca y el cabrito; la riñonada y el chile con queso; las gordas de harina y los dulces de nuez. Acompañan a estos platillos la langosta de Ensenada, el abulón y las almejas chocolatas de La Paz. Al occidente está el pozole de Jalisco, la birria y el tejuino; de Colima, los alfajores y los dulces; de Nayarit, los pescados zarandeados; de Zamora, las fresas y los chongos. Fiambres, cajetas, carnititas, escamoles, chalupas y chiles en nogada coquetean en el mero corazón de la rosa de los vientos. Moles, cebiches y escabeches imantan al sur hasta llegar a la explanada interminable, península de sabores y colores del imperialismo culinario yucateco.

En otro espacio humean los agridulces platillos del oriente. De China, de Japón y de la India; de Sumatra,

de Vietnam y de Filipinas, exóticas recetas para quien se sienta en esta mesa del bazar a comer palabras con palitos.

Hugo Gutiérrez Vega, nuestro anfitrión en este bazar de asombros, le otorga el mismo respetable lugar a los ambientes más sofisticados y a los más sencillos; un homenaje a la fonda del mercado de Santa Cruz Atoyac revalora la sopa de coditos y el agua de zapote.

Hugo sabe que la comida es un vínculo de afecto con la infancia. Por eso, en su bazar no podían faltar las alusiones a las recetas de la abuela y de la tía, degustadas en aquel patio provinciano salpicado de trinos y colores.

Hay un recinto en el bazar reservado al teatro. El visitante puede tomar su silla y sentarse a ver desfilas sobre el escenario de la buena prosa a las compañías de comediantes del virreinato de la Nueva España, bailes, jácaras y autos sacramentales, así como la gran actividad teatral del siglo XIX en la “Jerusalén de América”, el Querétaro amado de nuestro bazarista, donde se ha dado una efervescencia sorprendente de este arte. Juan José Gurrola, John Ford, Ludwick Margules, Mary Shelley, Polidori, Frankenstein, Vicente Quirarte y Eduardo Ruiz Saviñón son las sombras y las luces que aparecen tras el traslúcido telón de los afectos. La mirada curiosa del lector reproduce la de nuestro anfitrión, ese niño que se sigue entusiasmando con el guiñol de la vida.

El cuarto puesto de este bazar se recorre en barquito. Puerto Rico y las islas del Caribe destilan su poesía y su historia bañada de sol y música. Hugo Gutiérrez Vega juega con el paisaje visto desde la altura del recuerdo. Sobrevolamos con él los litorales del mar Cantábrico, Extremadura, Andalucía, Castilla y Galicia, tierras de sus antepasados de la sangre y la lengua. El bazarista nos contagia de su entusiasmo por las comidas, los ritos, las

costumbres, la historia y el arte de lugares tan disímiles como Portugal, Grecia, Roma, los Altos de Jalisco, Chiapas, Oaxaca y Escandinavia. Imágenes que son postales, palabras como llaveritos, *souvenirs* para el alma que el visitante se lleva como si fueran nostalgias propias.

Después de atravesar por el recinto oscuro de las intolerancias, en donde creencias y fundamentalismos generan esa humana maldad que es la causa del terror de nuestra civilización decadente, llegamos a ese espacio amable del bazar tendido bajo un bosque. Las hojas sueltas de nuestro bazarista tienen los tonos del otoño: del amarillo al rojo al sepia se registran los perfiles de amigos y personajes curiosos, retratos y fotografías, caricaturas de situaciones graciosas por absurdas. El sentido del humor, la tristeza y el gozo se mezclan en estas anécdotas. La crítica a la estupidez del gobierno foxista y sus rígidos e ignorantes secretarios contrasta con la avidez y frescura de los estudiantes. Los avatares de un mexicano en Europa y la solidaridad con los latinoamericanos de igual destino. Los personajes de los entremeses cervantinos se confunden con los de la vida real, pero casi siempre los de la vida real los superan en comicidad.

Llegamos a la última mesa del bazar. Aquí los pensamientos en voz alta de Hugo Gutiérrez Vega se exponen en un orden arbitrario, tienen la libertad de saltar de un tema a otro como en esas tienditas de regalos en donde conviven una televisión y un juego de calcetines. Es, sin duda, el territorio más personal del bazarista. Recuerdos de la prepa y de la ciudad natal, Guadalajara; reflexiones sobre los políticos y sus cotidianas torpezas; una crítica aguda a los medios de comunicación y la pobreza de su lenguaje que siembra en las bocas de los jóvenes la palabra “güey”; su simpatía por los caricaturistas, de los que él,

Hugo Gutiérrez Vega, es uno más. Hay en estos pensamientos en voz alta un aire de transgresión y travesura, una fina ironía de la soberbia con que se conducen los poderosos y también se percibe un dolor por los valores humanos que se van perdiendo.

Como en todo bazar, uno se encuentra amigos al transitar por los pasillos. A mí me dio gusto encontrarme a muchos: a Jeanette Clariond del brazo de Alda Merini; a Antonio Sarabia con su anecdótica erudición del Siglo de Oro; a Carmelita Hinojosa y su sentido del humor a cuestiones; a Vicente Quirarte con la estaca escondida en su saco finísimo, y a tantos más. Es un bazar sofisticado, sí, pero no elitista, en él tienen cabida jóvenes y viejos, personas y costumbres de índole variopinta, expresiones artísticas cultas y populares; lo grave y lo trivial, lo eventual y lo cotidiano. Pero como en todo bazar maravilloso, me sentí en un mundo de desconocidos tesoros. Cuánto me falta por conocer, por leer, por viajar, por comer, por vivir.

El libro *Esbozos y miradas del Bazar de asombros* es vital por excelencia. Es el testimonio de un hombre que privilegia la sensualidad sobre todas las cosas. Hugo Gutiérrez Vega es un sibarita y un degustador incansable de la experiencia de estar vivo. Por eso éste no es un bazar cualquiera, es el bazar de un poeta, entendiendo la poesía como la entendía Eliseo Diego: “una forma de mirar a los seres y las cosas del mundo”.

El poeta conversa con nosotros; desde su sensibilidad nos cuenta y nos platica de aquello que registra y colecciona su espíritu vibrante. Con su natural don de buen conversador nos recuerda que todo lo que vale la pena se cuece a fuego lento, sin prisas, como una conversación de sobremesa en aquel patio amable de la infancia.

2 (El conversador)

La conversación es una acción suprema. Es un acto de amor: por la palabra, por los otros, por el mundo. Requiere un estado del espíritu capaz de recibir las múltiples minúsculas semillas tiernas de la vida, acogerlas sereno en el silencio, mantenerse en estado de barbecho hasta que surjan los primeros brotes y ofrecer los maduros frutos de la voz. Conversar necesita el sol de los afectos, la luz del pensamiento y el mantel de cuadritos dispuesto sobre el campo del día. Cuando Hugo Gutiérrez Vega escribe, no lleva a cabo un acto solitario, sino que pone al descubierto un vínculo, una relación con el lector o los lectores a los que se dirige y ofrece siempre un mapa de asociaciones que se cruzan formando un tejido flexible como las redes de los pescadores o las hamacas donde descansa el alma. Ya lo dice Marco Antonio Campos en el prólogo del libro *Peregrinaciones* que reúne la poesía de Hugo, “una poesía directa, coloquial, hecha de la madera múltiple de los árboles diarios” [...] “más conversada que la de otros”. Quienes lo conocemos sabemos que Hugo es un gran conversador en los términos en que lo define el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua*: “Dicho de una persona que sabe hacer amena e interesante la conversación”, porque, como asienta el poeta Raúl Aceves en sus *Desaforismos*: “qué interesante es un hombre cuando está verdaderamente interesado en algo”. Y la definición de diccionario cobra fuerza si nos detenemos en algunos de los usos desusados del nombre conversación: “habitación o morada”, o del verbo conversar: “habitar en compañía de otros”, “tener amistad”. Y sí, HGV hace más habitable el mundo. A lo largo de los años tengo estampas diversas de Hugo el conversador: la mesa

del comedor de su casa en una esquina de Londres cuando lo conocí; del patio barroco de Querétaro donde nos platicó cómo defendió la libertad de las ideas y las palabras; en medio de una tarde fría de la Ciudad de México cuando me recibió en su departamento de Copilco en pijama y pantuflas; en esos hermosos diversos escenarios con el mar al fondo, el atardecer quebrándose en su voz en los encuentros de Puerto Vallarta; en las dos horas enormes que me regaló en la Biblioteca de Los Mangos conversando sobre mi poesía desde dentro de mi corazón. Quien ha escuchado a Hugo sabe que su palabra es un deleite, que es un rey Midas que convierte en poesía lo que toca su voz. Del mismo modo lo que escribe, porque es inseparable de su hablar, de su decir amable; porque escribir es, en el caso de Hugo, otra manera más de conversar. Desde hace años dispuso esta mesita en *La Jornada Semanal* que él dirige, el pequeño bazar donde nos muestra sus íntimos asombros: libros, autores, lugares, películas, piezas únicas... Cada semana hallamos un ensayo sabroso, una disertación paladeable, una afortunada descripción. Me tocó celebrar con él la primera compilación su *Bazar de asombros* en esta Feria del Libro de Guadalajara en 2006, publicada por Conaculta, y ahora, en 2013, festejamos la más reciente, agrupada bajo el título *Paisajes y voces de Hugo Gutiérrez Vega* en la edición Puertabierta.

Vine para felicitarte por esta nueva obra, por tu inagotable vitalidad, por tu generosa erudición y por los innumerables premios, homenajes y distinciones que no alcanzan tu estatura humana y sencilla. Nos dimos cita y estamos aquí contigo algunos de tus amigos. Porque amigos, Hugo, es lo que más te sobra.

Pasiones del peregrino*

Guillermo Vega Zaragoza

I. "Señor, yo sé que usted es poeta"

Al principio es la voz. El amplio salón de clases se inunda con una voz profunda y modulada, que recita (qué palabra tan vetusta, pero no encuentro otra) poemas de algún poeta mexicano del siglo XIX, desconocido aún por los bisoños alumnos. El maestro, alto y robusto, aunque algo encorvado por la edad, de barba encanecida, sostiene un grueso volumen abierto al que no le dirige la mirada, pues se sabe de memoria lo que traen sus páginas. Su actitud y movimientos delicados de las manos tienen algo de sacerdote, de cura impartiendo el sermón dominical, que contradicen los versos que interpreta:

Es tu amor nada más lo que ambiciono,
Con tu imagen soñando me desvelo;
De tu voz con el eco me emociono,
Y por darte la dicha que yo anhelo
Si fuera rey, te regalara un trono;
Si fuera Dios, te regalara un cielo.
Y si Dios de ese Dios tan grande fuera,
Me arrojara a tus plantas ¡vil ramera!

* *Revista de la Universidad de México*, núm. 120, febrero de 2014, pp. 84-88.

El maestro es Hugo Gutiérrez Vega, impartiendo su clase de poesía en los buenos tiempos de la Escuela de Escritores de la Sogem. En realidad, no se trataba de clases: eran verdaderas conferencias magistrales sobre poesía, en especial la mexicana del siglo XIX, que lamentablemente sigue siendo poco frecuentada y permanece casi desconocida. Como libro de texto recomendaba la antología preparada por José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis, gordo volumen que siempre lo acompañaba pero que usaba poco, pues parecía saber al dedillo todo su contenido. Quizá sólo lo abría ante sí como una especie de inconsciente red de protección contra el olvido, aunque yo nunca antes había escuchado a nadie que se supiera tantos poemas de memoria y, sobre todo, los interpretara tan bien.

Así, en su curso redescubrimos al Nigromante, a Guillermo Prieto, a Vicente Riva Palacio, a Ignacio Manuel Altamirano, a Manuel Acuña, a Juan de Dios Peza, a Salvador Díaz Mirón, a Manuel Gutiérrez Nájera, a Luis G. Urbina, a Amado Nervo, y nos descubrió al guanajuatense Antonio Plaza —nuestro primer y verdadero poeta maldito de quien son los versos arriba citados—; a la otra novia de Manuel Acuña, Laura Méndez de Cuenca —de la que hasta entonces tuve conciencia de su importancia, a pesar de que cursé la primaria en una escuela que llevaba su nombre en, desde luego, el Estado de México—; a Manuel José Othón y su “Idilio salvaje”; a Ignacio Rodríguez Galván, en rigor el primer poeta mexicano y, sobre todo, a tres autores fundamentales para la formación de Gutiérrez Vega: Alfredo R. Placencia, Francisco González León y, cómo no, su amado Ramón López Velarde.

Cuando le tocó el turno a González León, Hugo nos contó que alguna vez lo vio de lejos, cuando era apenas un niño de diez u once años, en la Plaza de Armas de Lagos

de Moreno, como cuenta en su *Bazar de asombros*: “Era un viejecito delgado, de cabeza cana y tenía ‘el ademán callado de quien se encuentra apoyado en la orilla de una mesa, pensativo y olvidado’. Vestía de negro y se cubría la cabeza con un sombrero de paja”. En la escuela había leído un poema sobre las manos de su novia escolar donde decía:

Sus manos, lenidades de paloma,
 sus manos escolares que me empuñé en besar;
 sus manos que exhalaban el aroma
 de un lápiz acabado de tajar.

Eso le había encantado, por lo que se atrevió a acercarse para decirle con timidez: “Señor, yo sé que usted es poeta”. Con mirada luminosa, le reviró al pequeño Hugo: “Sí, hijito, pero no lo vuelvo a hacer”.

II. Lujos de la bufonería

La voz de Hugo Gutiérrez Vega apareció en el mundo por primera vez el 11 de febrero de 1934 en Guadalajara, Jalisco. Su madre, doña María de Jesús Vega Anaya, falleció cuando él tenía tres años, víctima de una fiebre puerperal. Fue criado por su abuela materna y su infancia la pasó en Lagos de Moreno. La vida provinciana, con todos sus apegones, definió indeleblemente su personalidad: contradictoria, en constante conflicto consigo mismo, vertida al mismo tiempo hacia lo interno, lo espiritual, las dudas profundas de la fe, y hacia lo externo, la palabra, el amor, la carne y la cosa pública. Ángel y demonio en uno solo. Dice Pedro Serrano: “El poeta es, entonces, el que predice, el que sabe, el que duda. O al revés: el que duda, el que por dudar sabe, el que por saber puede decir, puede predecir...”

y Gutiérrez Vega es un poeta que, antes que nada, duda, y dudar es para él aventarse al vacío, a la conciencia del dolor y la imposibilidad de la certeza.”

Su primer amor fue el cine —o más bien, las películas que se podían ver en los contados cines de Guadalajara en ese entonces—, que le abrió el mundo de la palabra y la representación, que luego se transformaría en sus tres grandes pasiones: el teatro, la poesía y la política (que, como él mismo dice, es otra forma de mal teatro) en su encarnación más noble: la diplomacia.

En las sabrosas conversaciones que tuvo con el dramaturgo David Olguín (publicadas por Ediciones El Milagro y la Universidad Autónoma de Nuevo León en 2012) sobre su vida encima y alrededor de los escenarios como actor y director, Hugo cuenta que su vocación teatral en general siempre fue muy mal vista. Su abuela lo reprimaba y hasta el rector de la UNAM, Guillermo Soberón, cuando actuaba al mismo tiempo que se desempeñaba como director de Difusión Cultural, le llegó a decir:

—Yo no entiendo que se dedique al teatro.

—Pues es que soy actor, señor, es una profesión, y así como usted va a su laboratorio de microbiología y al mismo tiempo es rector, pues yo voy a representar obras y al mismo tiempo soy director de Difusión Cultural —replicó.

—Bueno, Hugo, si no hay más remedio está bien, pero haga usted nada más papeles serios, de acuerdo con la dignidad de su cargo —no le quedó más que decir al señor rector.

—Ya verá usted que sí, el próximo papel es un cardenal.

—Ah, muy bien —concluyó.

Lo que no sabía el rector es que se trataba del personaje del cardenal de la obra *Lástima que sea puta*, de John Ford.

“Las actrices y los actores tienen libertades de las que carece el resto de la humanidad, pagan el precio de ser mal considerados socialmente, pero, como el bufón de la corte, se pueden dar el lujo de decirle al rey sus verdades y a todo el mundo también”, le explica a Olguín.

La primera obra que vio fue *La malquerida* de don Jacinto Benavente, en un montaje de la compañía de la diva teatral de entonces, María Tereza Montoya, en el teatro Degollado. Fue tal la fascinación que debió de haberla visto seis o siete veces: “Me fascinaba sobre todo el momento en que se apagaban las luces de la sala y se prendían las del escenario. Simplemente era el paso de una vida a otra y yo no sabía distinguir cuál de las dos era la verdadera”.

Mientras estudiaba Derecho en la Universidad de Guadalajara (que era lo que hacían entonces aquellos con aspiraciones literarias), lo sedujo la política. Por sus dotes de orador, la política fue un resultado lógico de su facilidad de palabra. Proviendo de una familia tan católica de Jalisco, era casi natural que se iniciara en esas artes en Acción Nacional, del que llegó a ser jefe nacional juvenil del partido y hasta candidato a diputado. Antes de ser expulsado del PAN por “comunista” (quería inclinar al partido hacia la “izquierda cristiana” y apoyaba a la revolución cubana), pasó por la cárcel tres veces, una de ellas por el delito de “disolución social”. Desencantado, aprovechó una oportunidad para estudiar un año y medio en Nueva York un curso para extranjeros, nada menos que en el Actor’s Studio de Lee Strasberg, coincidiendo con algunos incipientes histriones que después serían estrellas, como Paul Newman, Steve McQueen y Faye Dunaway.

De regreso en México, estudió la maestría en Letras Hispánicas en la UNAM y se fue a vivir a Querétaro, en cuya universidad autónoma —de la que años después sería rec-

tor— fundó el grupo teatral Cómicos de la Legua, en la que actúa y dirige obras de Lope de Rueda, Cervantes, Novo, Juan Ruiz de Alarcón, García Lorca, Pío Baroja, Chéjov y farsas francesas de la Edad Media, entre muchas otras. Con esta compañía recorrería gran parte de la república mexicana y pondría en escena por primera vez en lengua española *La cantante calva* de Ionesco. Incluso, el propio autor rumano presenció una de las funciones en el Teatro de la República de Querétaro. Así sería el inicio de la extensa carrera como actor de Gutiérrez Vega, participando a lo largo de los años en montajes de Héctor Mendoza, Juan José Gurrola, Nancy Cárdenas, Salvador Garcini, Eduardo Ruiz Saviñón, Gabriel Weisz, Barbara Dukas, entre otros.

Sin embargo, un desaguisado por razones políticas con la familia Fernández de Cevallos (sí, con quien después sería conocido como “el Jefe Diego”) a principios de los años sesenta, lo puso en una situación peligrosa y comprometida por lo que, circunstancial y providencialmente, pasó a formar parte del servicio exterior. La cosa estuvo así: el papá del Jefe Diego escribió un encendido artículo en el *Diario de Querétaro*, denostando al entonces dirigente juvenil por la “debilidad de sus convicciones”, acusándolo de tráfuga y traidor a la civilización cristiana occidental, de vendido a Stalin y al oro de Moscú por apoyar a Cuba y a los ferrocarrileros de Demetrio Vallejo. Gutiérrez Vega le contestó en el mismo periódico burlándose de manera virulenta del viejo panista tradicional. Los cuatro hijos del añejo político —todos con nombres de reyes godos: Ramiro, Álvaro, Rodrigo y Diego— lo esperaron a la salida de una de las funciones de los Cómicos de la Legua armados de tremendas escopetas. Diego, látigo en mano, le grita: “¡A mi padre no lo insulta ningún hijo de puta!”, y, como diría la Borola Burrón, ¡sopas!, arre-

mete contra él a latigazos. Como puede, Hugo logra darle una patada en la entrepierna al mismo tiempo que sus compañeros salen a cubrirlo ataviados aún como personajes cervantinos con lanzas y espadas de madera. Entre la confusión, los ofendidos hijos del panista terminaron por retirarse. La situación parecería fársica ahora, pero en ese entonces el horno no estaba para bollos, así que Gutiérrez Vega aprovechó la invitación del presidente Adolfo López Mateos, quien providencialmente al día siguiente asistió a una función de los Cómicos de la Legua en el Teatro de la República. Enterado del zipizape de la víspera, López Mateos le dijo: “La situación está difícil para usted, ponga tierra de por medio, hable con José Gorostiza”.

Así comenzó la también larga trayectoria de Hugo Gutiérrez Vega en el Servicio Exterior Mexicano, al que entró aprobando el examen respectivo, es decir, que es diplomático de carrera y no por nombramiento, carrera que duró más de treinta y cinco años, en la cual fue agregado cultural o cónsul general en Italia, Reino Unido, España, Brasil, Estados Unidos y Puerto Rico, y entre 1988 y 1995, embajador de México en Grecia, concurrente en Líbano, Chipre, Rumania y Moldavia.

III. “Oíd esta voz. Oíd con atención la voz”

En el principio es la voz, siempre la voz. En una de sus clases en la Sogem, Hugo Gutiérrez Vega nos descubrió una de las más grandes revelaciones que se le puede hacer a un aspirante a poeta. Va más o menos así: La primera tarea de un poeta es descubrir su propia voz. Todos tenemos una voz al escribir, pero sólo algunos son conscientes de ella desde el principio. Ésos son afortunados, pero otros tienen que lidiar para descubrirla. Y puede suceder

que nos demos cuenta de que no es una voz única, distinguible, sino que es una del montón, muy parecida a las de otros. Entonces viene la segunda tarea obligatoria del poeta: desarrollar la propia voz. No importa si es una voz pequeña o un gran vozarrón; lo principal es desarrollarla hasta volverla distintiva, única, original.

Me gusta pensar que esto de la voz poética es igual a lo de ser cantante. Los cantantes empiezan imitando a otros cantantes. Algunos desarrollan un estilo propio y se distinguen inmediatamente de sus antecesores. Pero otros nunca pueden deshacerse de esa impronta y siempre sueñan igual a otros. O peor: no sueñan a nadie. A esto de sonar a otros, o no sonar a nadie, puede llamarse “el síndrome de cantante de bar de Sanborns”. No importa qué canciones interpreten: siempre las van a cantar como José José, Vicente Fernández o su hijo el Potrillo, que a su vez canta como Javier Solís. O como Nicho Hinojosa, que ha vuelto su estilo precisamente la falta de estilo: todas las interpreta igual, planas y sin emoción distintiva alguna. Y, sin embargo, hay personas a quienes les gusta ese tipo de cantantes. Es lo mismo con la poesía: cientos de poetas sueñan a Neruda, a Sabines, a Nervo o a Paz, siempre a algún otro, pero nunca a sí mismos porque no han encontrado su propia voz, ni siquiera se imaginan que pudieran tenerla.

Otro es el asunto de si la propia voz es la adecuada para lo que se quiere decir. Poetas hay con tremendos vozarrones, que retumban en todo el orbe, en su siglo y en los que vendrán. Estoy pensando en Whitman, Pound, Eliot, Vallejo. Y otros que prefieren lo íntimo, el susurro, la media voz. Pienso en Pessoa, López Velarde, Cernuda. Poetas hay también que poseen múltiples registros, como Neruda, Paz o Machado, y otros cuya voz alcanza para uno solo, pero notablemente, como Sabines o Girondo. Pero

todos comparten la misma condición: su voz es única, distintiva, original y, sobre todo, propia.

Gutiérrez Vega cuenta que una tarde, ante unas quesadillas de flor de calabaza, el mismísimo José Gorostiza —a la sazón encargado del despacho de Relaciones Exteriores— le dio esta recomendación: “Hugo, escriba por lo menos un verso al día para que conserve ágil la mano”. No obstante, don Hugo, que siempre ha sido un *contreras* encantador, apuntó: “Maestro, usted como que no tiene autoridad moral; claro, ya escribió *Muerte sin fin*, ya para qué quiere más, pero después de la ‘Declaración de Bogotá’ no ha vuelto a escribir un poema”. Riendo, Gorostiza le replicó: “¿Y usted cree que tenga ánimos para escribir un poema alguien que dice cincuenta veces al día ‘Reitero a usted las seguridades de mi más atenta y distinguida consideración’?”.

A final de cuentas, Hugo atendió la recomendación y al pasar de algunos años completó su primer libro de poemas, *Buscado amor*, publicado por la editorial argentina Losada en 1965, con un poema-prólogo de Rafael Alberti, a quien conoció en Italia, durante su primer encargo como agregado cultural. El hermoso poema de Alberti describe con acierto la incipiente voz del poeta de apenas 31 años:

Hermosa voz, a veces desolada
y a tientas, aunque siempre
capaz de volver clara, pura y joven
del más hondo desierto.

Desde entonces, Gutiérrez Vega no ha dejado de escribir a diario, como se comprueba cada semana con su *Bazar de asombros*, columna que aparece en *La Jornada Semanal* y cuyos textos recopilados ya suman tres gruesos volúme-

nes. Don Hugo ha escrito al menos un libro de poemas por cada país en el que ha residido en su incansable peregrinar como diplomático, funcionario cultural y periodista. En su obra se cuentan más de treinta y cinco libros de poesía y trece de prosa, algunos de ellos traducidos al inglés, francés, italiano, rumano, portugués, griego y turco.

Es necesario aceptar que, a pesar de que la suya ha sido una poesía reconocida y galardonada —en 1976 ganó el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes con *Cuando el placer termine*—, no fue sino hasta que se jubiló del servicio exterior mexicano y radicó de nuevo permanentemente en el país que se puso verdadera atención a su obra poética. Es un secreto a voces que para figurar en la vida literaria mexicana hay que “hacer presencia” para mover los propios libros, a fin de que se hable de ellos y acercarlos a los lectores. O como decía la abuela: “Santo que no es visto no es adorado”. Y el santo Hugo había estado ausente en forma intermitente del país durante treinta y cinco años, cumpliendo con sus obligaciones como diplomático. Por ello, libros como *Desde Inglaterra* (1971), *Resistencia de particulares* (1972), *Poemas para el perro de la carnicería y algunos homenajes* (1979), *Cantos de Tomelloso* (1984), *Georgetown blues* (1985), *Andar en Brasil* (1988), *Soles griegos* (1990), *Cantos del despotado de Morea* (1995) o *Una estación en Amorgós* (1997) no recibieron en su momento la debida atención o, de plano, pasaron inadvertidos por haber sido publicados en editoriales extranjeras o de limitada distribución.

Afortunadamente, eso se ha corregido y en la actualidad la poesía de Hugo Gutiérrez Vega cuenta con la adecuada valoración y el merecido reconocimiento, no sólo de sus pares, sino de poetas más jóvenes, como Juan Domingo Argüelles (“Sabineano y lopezvelardeano por

excelencia, Hugo Gutiérrez Vega vuelve terrena la poesía. La pone al alcance del gozo y de la rabia, de la emoción, el sentimiento, el placer, la serenidad y la ira. Lejos del Olimpo”), o León Guillermo Gutiérrez (“El tono de la poesía de Gutiérrez Vega no es altisonante, de irreverencia, ni tampoco de pálidos matices; equilibra la tesitura en una voz acompasada, no solemne, aunque unas veces es tan grave que las palabras saltan del papel. En un tono narrativo nos da muestra de su habilidad descriptiva, elabora extraordinarios retratos de ciudades, rostros, paisajes, climas”).

Su poesía se puede encontrar, básicamente, en *Peregrinaciones. Poesía reunida (1965-1999)*, publicado por Difusión Cultural de la UNAM en 1999 —por el que obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia—, que incluye catorce de sus primeros libros con algunos poemas no coleccionados hasta entonces y un prólogo de Marco Antonio Campos que culmina con esta orden: “Oíd esta voz. Oíd con atención *la voz*.”

IV. Como el perro de la carnicería

Además de destacar en la poesía, el teatro y la diplomacia, don Hugo ha sido un distinguido maestro, funcionario universitario y periodista cultural. En la UNAM, por ejemplo, impartió clases en las facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias Políticas, y fue director de Difusión Cultural, de la Casa del Lago y de la *Revista de la Universidad de México*. Desde 1998 es director del suplemento cultural *La Jornada Semanal*, cuyas puertas siempre ha mantenido abiertas a los jóvenes, como le sucedió al que esto escribe hace ya casi quince años.

La cosa fue así: cursaba yo el primer semestre del Diplomado de Creación Literaria de la Sogem. Un día, leyendo *La Jornada Semanal*, descubrí los nombres de un

par de compañeros de semestres superiores en la sección de reseñas. Les pregunté cómo habían conseguido que los publicaran. En ese entonces, ingenuo como era, creía que era casi imposible que te publicaran en un medio tan importante como ése, sobre todo cuando aún no tenías “un nombre”. “Por Hugo Gutiérrez Vega, el maestro de poesía de segundo semestre; él es el director e invitó a colaborar al que quisiera”, y añadieron: “Si tú quieres, llévale un texto”. “Pero aún no soy su alumno”, repliqué. “No importa, es muy buena onda”, me aclararon y me dieron una instrucción específica: “Nomás que dale el texto en un diskette para que no tengan que volverlo a capturar”. Así lo hice. Me apersoné en su salón y don Hugo recibió amablemente el texto en papel y el diskette. Cada semana revisaba ansiosamente el suplemento para ver si había aparecido mi texto, hasta que un mes después apareció: una reseña de un libro de Charles Bukowski. Fui a agradecerle la publicación y me dijo: “Ve al suplemento para que dejes tu recibo y te lleves más libros para reseñar, así no tienes que comprarlos”.

Así empecé a colaborar en *La Jornada Semanal*, que siempre he considerado mi casa y a la que vuelvo recurrentemente, a pesar de largos periodos atareado en otros menesteres. También porque ahí don Hugo me publicó el primer cuento por el que recibí un pago. Tanto así, que conservo una copia enmarcada de ese primer cheque, pues una vez que te pagan por tus adefesios literarios en una publicación importante, ya puedes considerarte oficialmente escritor.

Termino este homenaje a Hugo Gutiérrez Vega —ahora que cumple 80 años y recibió apenas el Premio Nacional de Ciencias y Artes— contando una anécdota más. Cuando su libro *Poemas para el perro de la carnicería y algunos homenajes* apareció en Francia, a algún crítico de ese país le

llamó la atención el título, al que le encontró reminiscencias “surrealistas”, influencias de Breton y demás intelectuales. A Gutiérrez Vega le daba mucha risa todo eso, pues aquel crítico nunca habría podido imaginarse (sólo siendo mexicano) el verdadero sentido de estar “como el perro de la carnicería”: detrás del vidrio y lamiéndose el chile, que de alguna manera es una colorida metáfora del oficio de escritor.

Hugo Gutiérrez Vega y la primera persona*

Luis Tovar

Contra mi costumbre personal y mi preferencia general, estas palabras tienen que ser dichas en primera persona, porque no hacerlo así sería equivalente a un escamoteo, e incluso a una hipocresía. No puedo hablar de Hugo Gutiérrez Vega —Hugo, así nada más, para mí— desde una distancia hoy inexistente, que comenzó a reducirse de modo drástico hace tres lustros, cuando una serie de circunstancias puso a este juntapalabras en el último escalón del equipo de trabajo, que Hugo, en ese entonces, tenía un año de haber formado al frente de *La Jornada Semanal*.

Insisto en revisar la pertinencia de recurrir al “yo” y es, desde su poesía, el propio Hugo quien me da la pauta: “La primera persona me preocupa, / pero sé que no es mía: / todos somos lo mismo, / todo es uno, / uno es todo, / cada hombre es, al fin, / todo este mundo”. Termina de convencerme, para usar la primera persona, el hecho de que mi caso era idéntico al de muchos en México: a Hugo, es decir a su vasto quehacer cultural, comenzando por su poesía —que por supuesto es la parte medular—, lo conocía poco y mal. Escasamente le había leído una plaquette de los Materiales de Lectura de la UNAM, las primeras entregas dominicales de su *Bazar de asombros*, y pare usted de contar. Era, sin saberlo, uno más de la legión de sucumbientes a la tiranía de un muy mediático localismo espaciotemporal: escritor que no

* Inédito.

está aquí y ahora, escritor que no existe. Para ese inmediatezismo poco importa la dimensión artística, intelectual, cultural, de aquello que soslaya: si el soslayado no está en el candelero, si no se pliega a la tesis absurda de que su vigencia se basa en su presencia, peor para él.

Por supuesto que no era peor para él, sino para mí, que hasta entonces me había perdido de escuchar una voz a la que, insisto, muchos no prestábamos atención porque su dueño no estaba en México: con muchos ires y algunos venires Hugo había pasado, entre principios de los años sesenta y finales de los noventa, más de tres décadas alrededor del mundo en calidad de diplomático. Pretexto ideal para ejercitarse en el ostracismo y el ninguneo —tan mexicanos—, la ausencia física de Hugo pospuso el reconocimiento a una trayectoria que, entre otros haberes, incluye un intento muy real de linchamiento a manos de una turba conservadora en el Querétaro retrógrada de los años sesenta, cuando fungía como rector de la universidad autónoma en ese estado; la renuncia a la dirección de Difusión Cultural de la UNAM en los setenta, como protesta por la censura que se ejerció en contra de una obra de teatro; la coordinación del Comité de Recepción de los refugiados chilenos que huían de la dictadura pinochetista y, por motivos de disidencia política, dos o tres paradas en la cárcel e incluso un breve exilio —algo estrambótico, como el propio Hugo dice que siempre se le volvió el “heroísmo”—, en Belice.

Al final de su estadía, entre otros países, en Italia, España, Inglaterra, Estados Unidos, Brasil, Grecia y Puerto Rico, todos los cuales tienen presencia manifiesta en su obra poética, Hugo volvió a México precisamente a dirigir *La Jornada Semanal*, en 1998. Sin ser ningún desconocido para sus pares literarios, estaba lejos de tener el reconoci-

miento ni la memorabilidad de la cual han gozado éstos: he sido testigo presencial del respeto, la familiaridad, el afecto entre Hugo y aquellos otros, verbigracia los hoyidos Bonifaz Nuño, Monsiváis, Chumacero, Pacheco, Gelman, Pérez Gay, Montemayor, Pitol, y los aún presentes Lizalde, Bañuelos, Hernández, Poniatowska. Lo que no sucede todavía, y es improbable que se verifique más adelante, es cualquier suerte de masificación del conocimiento de la obra cultural —poética, ensayística, periodística cultural, teatral incluso— de Hugo. Es un tristísimo lugar común, pero conviene recordarlo aquí: más fácil y más rápido gana fama y respeto cualquier analfabeta funcional que aparezca por televisión el número suficiente de veces, que alguien con treinta y seis libros publicados —sin contar antologías—, un poeta traducido al inglés, francés, italiano, portugués, griego, turco, neerlandés, árabe, serbo-croata y húngaro, que cuenta con dos doctorados *honoris causa*, y ha obtenido, entre otros, el Premio Nacional de Poesía Aguascalientes (1975), el Iberoamericano Ramón López Velarde (2001), el Xavier Villaurrutia (2002) y Poesías del Mundo Latino (2009); tres de periodismo cultural: el Nacional de Periodismo en Difusión Cultural de 1999, el Fernando Benítez de la FIL en 2010 y el Carlos Septién García en 2012; así como el muy tardíamente entregado Nacional de Ciencias y Artes en el área de Literatura en el pasado 2013.

Nacido en Guadalajara hace ochenta años, a Hugo lo he visto —mejor dicho, he aprendido de él con el simple hecho de oírlo hablar— al menos tres días de la semana durante más de ochocientas semanas, y contando. Puedo dar fe, por consiguiente, de que ni los premios ni los hoy multiplicados reconocimientos y homenajes le han hecho variar algo que dice en el mismo poema que cité al prin-

cipio de estas líneas: “Me enferman los enfermos / de importancia, / me asustan los que esgrimen / sus certezas; / me gustan los que dudan, / los pasos vacilantes me enternecen / y me dan miedo los que pisan firme.”

A ese Hugo solidario de-a-de-veras, poeta ídem, periodista cultural que sólo entiende ese oficio desde la inclusión y el diálogo, cinéfilo empedernido, viajante contumaz y hombre de teatro sin remedio, enemigo de todo tipo de autoritarismos y generoso como no he conocido a nadie más, dedico estas líneas.

Gracias, poeta*

Jorge Moch

Para Lucinda, con un abrazo

¿Qué palabras pueden atenuar la tristeza de este adiós? Muchos somos los que acá quedamos en deuda con nuestro querido Hugo. Escribir estas redundantes líneas de elogio hace que uno de pronto odie las palabras, que se sienten traicioneras porque, por más que lo intento, no puedo percibirlo cerca ya y hay que admitir que eso duele. La muerte de alguien a quien queremos suele ser así, desquiciante. El fallecimiento de Hugo, lo dije hace una semana cuando supe de ello y lo repito ahora, nos deja a muchos nuevamente con el sabor a cobre de una peculiar orfandad en la boca.

A Hugo Gutiérrez Vega le debo tanto que esa deuda impagable va a ser ya para siempre. Le debo este espacio y una vasta cauda de aprendizajes obtenidos de algunas muy afortunadas ocasiones en que pude platicar con él, pero desde luego, y, sobre todo, leer sus textos brillantes, su poesía divertida, pícara a veces, siempre enamorada del lenguaje y siempre, también, tributaria del más honesto humanismo. Hugo fue, como bien lo ha sentenciado Marco Antonio Campos, un hombre bueno (título nada fácil de obtener en los tiempos que corren), y aunque no fui íntimo amigo suyo, puedo dar fe de su generosidad y su paciencia, y de que aunque no tuviéramos más vínculo que mi admiración, una incipiente amistad y el trabajo,

* *La Jornada Semanal*, núm. 1074, 4 de octubre de 2015.

en ese orden, sin proponérselo, y muy probablemente sin percatarse, proyectó un ascendente casi paternal sobre muchos de nosotros que de alguna manera nos sentimos arropados por su presencia. Hugo tuvo, tiene y tendrá, siempre algo de padre para muchos de quienes tuvimos la dicha de conocerlo.

Así que estos párrafos son lo mismo de agradecimiento que despedida y semblanza, una mezcla de melancolías y de muy buenos recuerdos. Hugo logró atesorar un anecdotario colosal, algunas veces trágico como todo lo humano, pero casi siempre salpicado de humor. Era un empedernido admirador de Chaplin, de Keaton, de Lloyd, pero, sobre todo, de El Gordo y El Flaco. Creo que no he conocido a nadie con esa capacidad de saborear la vida en tantos y tan diversos ambientes y de trasladarla luego, palpitante y viva, a una escritura exquisita y fresca, erudita, inadvertidamente didáctica en un sentido socrático, quizá, en un helenista consuetudinario como él, y siempre ataviada, como creo que fue su vida toda, de un profundo sentido del deber solidario, o de misericordia como la definiría Agustín de Hipona. Uno de sus últimos bazares de asombros, precisamente en estas páginas, daba cuenta, por ejemplo, de su participación en el Comité de Solidaridad con el exilio chileno a causa del golpe de Estado de los milicos en 1973. Allí queda para siempre también el haber sido perseguido en Querétaro por agitar las buenas conciencias con un teatro “impúdico” y aleccionador, que “soliviantaba” el ánimo de la juventud queretana que se rindió ante el rector amistoso, robusto amante del escenario y de las veladas literarias.

Recuerdo con particular gusto (un gusto que algo tiene de complicidad e involucra también a Luis Tovar, quien no me dejará mentir) a Hugo en un salón de la Feria Inter-

nacional del Libro de Guadalajara, ante un público en el que no faltaron las cejas alzadas y las toses atragantadas, cuando en lugar de una participación solemne se puso a recitar completitas las estupendamente léperas estrofas de “El alma de Sayula”, aquella que ofertaba ciertas talegas...

Porque finalmente quien recuerde a Hugo Gutiérrez Vega deberá hacerlo sin regatearle una sonrisa a su recuerdo. Que sea la risa y no el llanto la rúbrica de su feliz paso por el mundo. Que gane siempre la eutrapelia y se chinguen las caras largas, las condecoraciones y los discursos engolados y (para usar un poco lo coloquial de su natal Guadalajara) cursientos.

Ese humorismo libertario logró fijarlo primorosamente en su poesía. No me puedo resistir y ya me callo para dejar que Hugo mismo se despidiera con unos versos de “Aunque no lo parezca de verdad no quiero nada” (*Resistencia a particulares*, 1974), que acrisolan su espíritu encabritado, magnífico, insolente: “A mi invitación al juego / contestas con una declaración escrita. / A mis saltos chaplinianos / respondes con tu cara de discurso. / A mi tristeza de Buster Keaton / opones tu deseo de subir. / Te saco la lengua amigablemente. / Yo seguiré representando mi farsa. / Quédate en la tribuna aquilina / y que una trompeta ronca / te despida del planeta. / Desde la fosa común te saludaré con mi corbata. / Hasta tu mausoleo llegarán mis proyectiles: / pasteles de crema, / helados de frambuesa.”

Gracias, poeta, por tanta dulzura.

Bemol sostenido*

Alonso Arreola

Murió Hugo Gutiérrez Vega, director de este suplemento, escritor admirado, persona querida... El día que nos enteramos, 26 de septiembre, fuimos gobernados por un raro desorden mental cuyas singladuras permanecen. Estas líneas son producto de ello.

“Volvimos a quedar huérfanos, carajo”, nos escribió Jorge Moch (*Cabeza al cubo*) al saber la noticia. Luego publicó: “Le debo tanto, tanto al poeta”. Iban a dar las nueve de la mañana. Tres horas después comenzaríamos la marcha para recordar a los 43 de Ayotzinapa. Luis Tovar fumaba afuera de la funeraria donde había comenzado el velorio. En su rostro insomne se asomaba el desamparo. Presto a ayudar a los deudos y a recibir a los amigos, pudo corregir el nombre del vate en las pantallas de Gayosso como último acto de redacción compartida. De este lado de la moneda le seguía siendo fiel a un hermano mayor, a un padre putativo. De entre los muchos y magníficos versos de Hugo que Luis (*Cinexcusas*) estuvo tuiteando ese día, nos quedamos con estos, tan agoreros: “... hasta que un domingo al tender la mano / otra mano saldrá del espejo / y ya nunca habrá lunes”.

Dos días después hablamos por teléfono con Francisco Torres Córdova (*Monólogos compartidos*), quien conociera a Gutiérrez Vega en Grecia, hace muchos años.

* *La Jornada Semanal*, núm. 1074, 4 de octubre de 2015.

Lo escuchamos contrito. Su desaparición removía otras congojas. Habló de un tiempo de fragilidades. Nos conmovió. Es de los que saben dialogar con la muerte, hacer revisión con sus duelos. Por él supimos —en otras conversaciones— muchas cosas sobre el pasado diplomático y literario de Hugo. Apenas colgamos llegó otra llamada: nos invitaban a conducir un concurso de música en un foro cultural. Dijimos que sí en automático, nomás para comprobar que podíamos seguir adelante. Súbitamente, recordamos el día en que Hugo nos propuso escribir sobre lauderos y construcción de instrumentos musicales. Salimos a la calle.

Acodados en la barra de un café, abrimos el libro *Bazar de asombros* que Gutiérrez Vega editara hace quince años. Imaginamos el tomo póstumo que podría sumarse con lo que publicó en *La Jornada Semanal* desde entonces. Buscando señales, los textos que trataban despedidas y muertes centelleaban como luces de neón de manera inevitable. Se nos antojó que el escritor hablaba sobre los normalistas asesinados: “Estos muertos son para mí tan necesarios que no podría vivir sin ellos”; “Tal vez sea mejor así... que los muertos entierren a los muertos”; “Ante la muerte se impone la genuflexión. Sólo ante la muerte”.

Cruzando un Coyoacán londinense (neorromántico, diría Hugo) a base de lluvia y charcos, recordamos su estar en el féretro. Si aún así pudiera leer, qué pensaría sobre la columna de despedida —ésta— que preparábamos. Caímos en la cuenta de que su ingreso a la memoria nos ayudaría a mejorar el rumbo, como antes pasó con nuestros propios abuelos, pues suponer que algunos ausentes hacen juicio de nuestros actos perfecciona los caminos.

Siguiendo el hilo familiar y recordando el velorio, nos dio gusto saber que Bruno, el nieto músico, haya tenido

largo y buen trato con él. Pensamos luego en las Lucindas (esposa e hija), tan amables. Entonces pudimos concentrarnos en el último encuentro que tuvimos con Hugo, justo hace un año, en el Hotel de Mendoza de Guadalajara, cuando coincidimos por asuntos literarios y, una vez más, nos mostró su cálida conversación a propósito de personas y lugares de Jalisco. Aunque no podía caminar, estaba contento por la cátedra que lleva su nombre en la ciudad. En fin. Terminamos con el desorden.

Hoy que sale un primer suplemento sin el visto bueno de sus ojos, le agradecemos dejarnos convivir bajo su fronda en este bazar de letras durante tantos domingos, aun y cuando la distancia entre nuestro esfuerzo y el oficio admirable de quienes nos rodean fuera tan grande y evidente. Con cariño abrazamos a sus deudos en casa, pero también a quienes desde la orfandad firman los textos circundantes. Huéspedes pasajeros de esta columna sonorousa que dejara a nuestro cuidado por un tiempo, nos sentimos honrados de haberlo conocido y tratado —menos de lo deseado—, en una época de tanta rabia y furia.

Buen tránsito, Hugo. Se te recordará siempre.

**Coordinación editorial**

Iliana Ávalos González

Coordinación de producción

Sol Ortega Ruelas

Cuidado editorial

Jorge Antonio Orendáin Caldera

Juan Felipe Cobián

Diagramación y diseño

J. Daniel Zamorano Hernández

El viajero que solía volver.***Aproximaciones críticas a Hugo Gutiérrez Vega***

se terminó de editar en el mes de septiembre de 2019

en las oficinas de Hipertexto – Netizen Digital Solutions

proyectos.mexico@hipertexto.com.co

+52 (55) 7827 7068.

Para su formación se utilizaron las tipografías

Chaparral Pro, de Carol Twombly y Avenir, de Adrian Frutiger